Ana Alonso
LOS TEJADOS DE PARÍS
ANAYA

Ana Alonso

LOS TEJADOS DE PARÍS

ANAYA

OTOÑO DE 2022

Judit

Capítulo 1

UN tintineo de campanas rasgó el vacío y flotó insistente en la oscuridad. El teléfono vibró bajo la mano derecha de Judit, aflojada por el sueño. Sin abrir los ojos, palpó el cristal de la pantalla hasta descolgar. Sentía el pelo aplastado y sudoroso entre su mejilla y la almohada.

—Judit. ¿Estás bien?

Era Marian. Judit recordó la pesadilla de la madrugada, la policía interrogándola, la nube de periodistas en el vestíbulo vanguardista del hotel, siempre congelado por exceso de aire acondicionado.

—¿Judit?

Se incorporó, pulsó el manos libres y buscó a tientas el interruptor de la lamparilla de noche. Una luz dorada bañó su rincón de la cama. Se reflejaba como un farol en el espejo del armario, dejando en penumbra el resto de la habitación.

Se acordó de que el mar estaba fuera, al otro lado de la explanada de cemento del Parc del Fòrum, aquel mar sin olas, silencioso, domesticado como el resto de la ciudad. En el rectángulo de la ventana brillaban las luces distantes del puerto.

—Hola, Marian. Lo siento, estaba durmiendo.

—Mejor. Estaba preocupada. ¿Has abierto redes?

El falsete alegre de la voz de su mánager sonaba apresurado y ronco. Mala señal.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Qué pasa?

—Tenemos que actuar con cabeza. Hay que medir bien cada paso. No has contestado a nadie, ¿verdad?

—Estaba durmiendo.

—Bien. Mejor.

En el silencio que siguió, Judit oyó rodar un carrito de servicio por el pasillo enmoquetado, al otro lado de la puerta.

Alguien habría pedido la cena… ¿Cuándo se había hecho tan tarde?

—¿Se sabe algo de Miki? —preguntó.

—Sigue detenido. La chica a la que atropelló ha muerto en el hospital hace un par de horas. Lo tiene crudo.

Judit pensó en la joven atropellada. No había visto ninguna foto suya. Por lo visto, estaba paseando a su perro, que había resultado ileso en el accidente.

Parecía todo tan irreal. Ella había ido mil veces en aquel coche rojo, deportivo, pretencioso. El típico coche de *youtuber*.

—Todavía no han encontrado a la chica que iba con él. Si sabes algo…

—Ya os he dicho a todos que no. No sé qué pensáis, ¿creéis que me presenta a todas las chicas con las que me pone los cuernos? Quiero decir… me ponía.

—Pero conocerás a alguna, seguro. Judit, tienes que contar todo lo que sepas. Te están echando la culpa a ti. Dicen que Miki se dio a la fuga para hacerte bajar del coche y que no te vieras implicada. Hay que encontrar a la que iba con él. Piensa a ver si se te ocurre alguien.

A Judit se le ocurrieron varias posibilidades. Estaba Irina, la modelo rusa que sonreía como una serpiente, o eso le parecía a ella. Y aquella mexicana tan guapa que en internet se llamaba «Nereida rosa». También podía ser alguna de las chicas de la fiesta de clausura de la convención de *influencers*, la noche anterior. Le había visto tonteando con varias.

—Si hubieras anunciado antes que ya no estabais juntos…

—Cortamos hace tres días. No ha dado tiempo. Y además, tú misma dijiste que era mejor esperar a que terminara la convención.

—Ya lo sé. Solo digo que es mala suerte —insistió Marian—. Te están poniendo como la mala de la película. Has perdido como medio millón de seguidores en unas horas.

—¿En TikTok?

—TikTok, Twitch, YouTube… En todas partes.

—Son fans de Miki. A mí solo me seguían por ser su novia.

—Ya. Pero eso a los patrocinadores no les importa. Están nerviosos.

«La que está nerviosa eres tú,» pensó Judit, pero no lo dijo.

Ella, más que nerviosa, se sentía triste y también, de un modo extraño, sucia, como si la tragedia de la noche (su todavía novio oficial bebido a ciento treinta por las calles de Barcelona y dándose a la fuga después de atropello) le hubiese empapado de sudor la camiseta negra y las sábanas arrugadas.

—Tienes que escucharme bien, Judit. Tú eres una chica muy sensata y sé que me vas a hacer caso, ¿a que sí? De momento, quédate en la habitación, no mires mensajes, ni siquiera WhatsApp. No te metas en redes, en ninguna. No cojas el teléfono, será la prensa.

—¿Tú crees que se ha enterado todo el mundo?

—Nuestro mundo sí. Las noticias vuelan.

—Yo estaba pensando en mis padres…

—Se enterarán antes o después. Y, si pueden, les llamarán.

—Nadie tiene sus datos. Espero.

—Muy bien, Judit. Siempre juiciosa. No eres como Miki, no se te ha subido el éxito a la cabeza. Escucha, ya sé que te va a sonar fatal en este momento, pero yo te aseguro que podemos dar la vuelta a la tortilla y hacer que todo esto juegue a nuestro favor. Los que están furiosos porque no has apoyado a tu novio cambiarán de opinión cuando sepan que lo habíais dejado. Ojalá no hubieses dicho eso de que él conducía siempre demasiado deprisa, pero ahí ya no podemos hacer nada.

—Se lo dije a la policía. No lo he posteado en mis redes.

—No sé a quién se lo dijiste. El caso es que se ha filtrado con tu voz y todo. Hasta hay memes ya… Pero tú de eso ni te preocupes, ya nos encargamos nosotros. Es cuestión de tiempo, hay que dejar que las aguas vuelvan a su cauce. Y, si tenemos la suerte de que la chica que iba en el coche dé la cara… Alguien ha podido verla, quizá alguna cámara… Yo creo que antes o después saldrá.

—Estoy muy cansada —murmuró Judit.

Notó el picor de las lágrimas en los ojos. Había sido una semana de pesadilla. Las discusiones a gritos con Miki, las sonrisas falsas en los *photocalls* después de las broncas, las payasadas continuas de todo el grupo de *influencers* en el

restaurante del hotel, las fiestas sosas e interminables…

Solo quería darse una ducha y volver a dormir. Sentía la boca pastosa. Se acordó de que la relaciones públicas del hotel le había dado una pastilla para que se tranquilizara, un orfidal o algo así. Por eso estaba tan aturdida.

—Tú descansa. No hagas nada y no te preocupes de nada. Le vamos a dar la vuelta —insistió Marian, creyéndoselo cada vez más a medida que hablaba—. Le daremos un enfoque feminista. Mira, es un buen momento, tu personaje se nos estaba agotando. Había que darle un giro y esto nos puede venir que ni pintado. Si lo vendemos bien, tu ruptura puede darte más de lo que te quita. Tenemos que explotar esto bien. Tú ya has hecho cosas en la línea #thatgirl. Podemos probar por ahí.

A Judit le hacían gracia las expresiones *boomers* de Marian, como aquello de «que ni pintado». Aunque los continuos tratamientos estéticos y su melenita con mechas platino le daban un aspecto juvenil, en el fondo no dejaba de ser una señora de la edad de su madre. Una señorona del barrio Salamanca, como decía Miki.

—Vale, Marian. No te preocupes. Y gracias.

—De nada. Cógeme el teléfono si te llamo. A mí sí, ¿vale?

—Sí, claro. Pero ahora me voy a dar un baño.

Después de colgar, encendió el aire acondicionado y se fue a llenar la bañera. Apagó la luz del cuarto de baño y escuchó el borboteo del agua sentada en el váter. Fue a por el móvil y encendió una *app* de cromoterapia. La pantalla proyectó una luz verde sobre los azulejos negros.

Se desnudó y se metió en el agua. Estaba ardiendo. Tuvo que esperar a que su piel se adaptara para poder sentarse, y luego tumbarse.

Cerró los ojos. El vapor le empapaba la cara y el pelo. Tenía la nuca apoyada en el borde fresco y liso de la bañera. Era una sensación agradable. Durante un rato, no pensó en nada. Era un cuerpo hundido en el agua caliente, un manojo de terminaciones nerviosas estimuladas por la humedad y la temperatura. El mundo de fuera había dejado de existir.

Cuando empezó a notar frío, se desprendió de la gravedad

del agua para ponerse trabajosamente en pie y alargó el brazo hasta alcanzar el albornoz blanco.

Se envolvió en su grueso tejido de toalla, se ató el cinturón y regresó descalza a la habitación en desorden. Ahora tenía frío. Apagó el aire acondicionado.

Volvió al cuarto de baño a por el móvil y, en un impulso, buscó el nombre de su hermana. Tres tonos más tarde, ella lo cogió.

—Qué raro que me llames —dijo Marta—. ¿Pasa algo?

Marta estaba estudiando tercero de Medicina en Valencia. No se llevaban bien… ni mal. Marta era tres años mayor que ella, y nunca le había hecho demasiado caso.

—No pasa nada. ¿Qué tal?

—Estoy estudiando. La verdad es que no me viene muy bien hablar ahora. ¿Es algo urgente?

—No, nada. Se me ocurrió llamarte, solo eso.

—¿Estás en casa con los papás?

—No, estoy en Barcelona.

—Vaya vida. No sé ni cómo sabes dónde estás cuando te despiertas. Yo lo llevaría fatal. ¿Muchas fiestas?

—Bueno, sí… Lo normal. Es trabajo.

Marta soltó una risotada.

—Ya. Mis amigas dicen que qué envidia. Que te paguen por ir a fiestas. «Nosotras aquí matándonos y tu hermana ganando dinero por hacerse fotos…». El mundo está loco.

Judit ignoró el insulto que latía en aquella observación. Se alegró de que Marta tuviese amigas. Siempre le había costado relacionarse.

Sabía por su madre que su hermana estaba encantada con su nueva residencia universitaria. No parecía consciente de que el dinero para pagarla salía de aquellos *photocalls* y aquellas fiestas que despreciaba tanto.

—Si alguna vez quieres venir conmigo a una de estas cosas, solo tienes que decírmelo.

—¿Yo? No sabría qué hacer. A mí eso no me llama. Pero sí te dejo invitarme a un buen restaurante cuando vengas a Valencia. ¿Vas a pasarte por aquí pronto?

—No sé. No tengo delante la agenda.

Por primera vez, pensó que, a lo mejor, todos aquellos bolos y compromisos se caían después de lo ocurrido con Miki. La invadió una mezcla de miedo y esperanza. Por un lado, sería maravilloso tener algo de tiempo libre.

—Oye, ahora no puedo hablar, no quiero perder la concentración. Ya hablaremos, ¿vale? —dijo Marta, intentando sonar amable.

—Vale, no te preocupes. Cuídate.

Marta nunca la hacía sentir bien, pero, al menos, ahora sabía que su familia todavía no estaba al tanto del atropello ni del escándalo en redes. No sabían nada.

Un poco más tranquila, decidió pedir algo para cenar. Llevaba casi veinticuatro horas sin probar bocado. Después de una semana en aquel hotel, donde había estado alojada durante toda la convención, se sabía la carta del *room service* de memoria. Marcó en el teléfono fijo la extensión del restaurante. En cuanto se lo cogieron, pidió una ensalada de salmón y nueces, unos nachos con guacamole y unas croquetas.

—¿Para dos personas? —le preguntó la camarera.

—Sí, sí. Para dos —dijo para justificar el exceso de comida —. Que lo dejen fuera y llamen a la puerta para avisarme.

—De acuerdo. En veinte minutos lo tiene arriba.

Ahora que estaba esperando la comida, no podía dejar de pensar en lo vacío que sentía el estómago. Para hacer tiempo, salió a la terraza. No eran más que las ocho y media, pero se había hecho completamente de noche. El mar era solo un vacío negro entre las farolas pálidas del Parc del Fòrum y las luces amarillas del puerto.

Se quedó apoyada en la barandilla mucho tiempo, dejando que la brisa fresca y pegajosa de Barcelona le secase el pelo. Le gustaba alojarse en los pisos altos de los hoteles. Desde allá arriba, el mundo parecía de juguete. Tan perfecto e irreal como una de aquellas viejas simulaciones de los Sims.

Escuchó un par de golpes decididos en la puerta. Esperó a que el carrito y los pasos se alejasen por el pasillo para abrir y recoger la bandeja. Se la llevó a la cama, se sentó con las piernas cruzadas bajo el albornoz todavía húmedo y probó los nachos mientras, con la otra mano, encendía la tele.

Noticias en inglés. Noticias en árabe. Noticias en un idioma que no identificó. Siguió zapeando hasta encontrar un canal de dibujos animados. Estaban poniendo un viejo capítulo de *Bob Esponja*. Lo había visto muchas veces de pequeña, se lo sabía de memoria, aunque la serie nunca le había gustado mucho. Le producía una mezcla curiosa de fascinación y repugnancia.

Pasó rápidamente por un par de canales de deportes y otro de cocina. En el siguiente estaban poniendo cine antiguo, en blanco y negro. Soltó el mando.

No recordaba haber visto nunca aquella película, pero reconoció a la actriz: Audrey Hepburn. Le encantaba Audrey. Tenía ojos de lista y sonreía como si realmente estuviese contenta.

La siguiente media hora fue casi perfecta. Las croquetas de jamón ibérico estaban cremosas y sabrosas, el guacamole, suave, los nachos, crujientes, y la historia de la película, deliciosamente improbable, la atrapó desde el primer momento. Audrey era la joven hija del chófer de una familia rica. En la película, se llamaba Sabrina. Estaba enamorada del hijo pequeño de la familia, un inútil y guapo donjuán llamado David. El hijo mayor, Linus, era Humphrey Bogart. David no hacía ni caso a Audrey, así que ella intentaba suicidarse poniendo en marcha a la vez los ocho coches del garaje… La rescataba Linus.

Y entonces, para olvidar, Sabrina se iba a París. Allí aprendía a hacer suflés y a vestirse como las francesas. Por alguna misteriosa razón, París la transformaba. Le devolvía las ganas de vivir.

Capítulo 2

—DEBERÍA ir contigo. —Marian posó con cuidado la taza de café en la mesilla baja y se repantingó con aire soñador en el sillón de cuero amarillo, tan incómodo como todos los asientos de diseño que amueblaban la zona VIP del aeropuerto—. ¿Por qué no voy contigo?

—Porque tú eres más de Madrid que de París —contestó Judit removiendo el descafeinado en su vasito de cristal.

—Completamente. Pero eso no significa que no me guste París. Hace unos años iba una vez al trimestre a comprar ropa. Imagínate. Era un poco *fashion victim* en aquella época. Todavía no había aparecido en mi vida el concepto de armario-cápsula.

Judit no dijo nada. Aquello de disponer de unas cuarenta prendas minimalistas de colores sosos y precios astronómicos para ir siempre «elegante a la par que sencilla» le parecía una estupidez de ricos. Ella también era rica, realmente rica, mucho más que Marian, pero tenía la sensación de que se trataba de una situación provisional en su vida, de que el dinero se iría tan fácilmente como había llegado. Por eso, cuando pensaba en la gente adinerada, nunca se incluía a sí misma.

—¿Te lo has pensado bien? —preguntó Marian—. Las tornas están cambiando muy deprisa. Ya casi nadie cree que tú fueras en el coche de Miki. Lo han dicho hasta en la prensa. No tienes que irte si no quieres.

—Pero sí quiero. Es lo que más quiero del mundo.

—Bueno... Haces bien. Haces bien en aprovechar el momento. Es un movimiento audaz, es fresco. A tu patrocinador le ha encantado. ¡No me lo habría imaginado nunca! Por cierto, no te olvides de ponerte el chandal negro de You Too en los entrenamientos de la mañana cuando te grabes.

El nuevo que te mandaron, el que tiene el logo más visible. Y, por lo menos, di algo sobre ellos en uno de cada dos vídeos. Con lo que les va a costar tu apartamento… no es mucho pedir.

Judit recordó las fotos del apartamento que le habían enviado. Parecía un palacio, con techos altísimos, suelos de madera y elegantes chimeneas del siglo XIX… Le costaba trabajo imaginarse viviendo allí.

—No necesitaba un sitio tan lujoso. Podríamos haber buscado algo más normal y lo habría pagado yo.

—Pero eso es justamente lo que no puede ser. Quieren pagar ellos. No es decisión tuya, a no ser que quieras romper el contrato.

Judit se encogió de hombros. No sabía muy bien lo que quería. Hacer publicidad de aquella marca deportiva no le importaba. La ropa era cómoda y de buena calidad, aunque no le parecía nada bonita. Quizá más adelante tendría que plantearse si seguía representándola o no. De momento, tenía cosas más urgentes en las que pensar.

Marian consultó su reloj.

—Deberíamos ir hacia el control de pasajeros. Aunque tengas acceso prioritario, es mejor no apurar el tiempo.

Judit hizo ademán de levantarse, pero Marian la detuvo.

—Espera. Último repaso. ¿Qué vas a hacer si te aborda la prensa?

—Yo no iba en ese coche. Le deseo a Miki lo mejor. No tengo nada más que decir.

—¿Y a los fans de Miki?

—Gafas y capucha, ni una palabra.

—¿Y a los tuyos?

—Os quiero. Sonrisas, *selfies*, lo que haga falta. Y estad atentas a mi canal. ¿He aprobado?

—Sobresaliente, como siempre. Sobre todo, nada de nervios.

Caminaron juntas hasta el acceso a las puertas de embarque. Allí se despidieron con un breve beso postpandémico. Judit se concentró en el desagradable ritual de pasar el control de pasajeros: zapatos fuera, chaqueta, pulseras, reloj y móvil a la bandeja, líquido de las lentillas en bolsa transparente… Casi

resultaba agradable tener que prestar atención a cada detalle y no poder pensar en ninguna otra cosa.

Se estaba poniendo las botas al otro lado de la cinta de equipajes cuando oyó un siseo justo detrás de ella.

—Puta. Has dejado tirado a tu novio.

Se volvió y vio a unos adolescentes que se alejaban entre risotadas. Uno de ellos era el «héroe» que la había insultado. El más alto se volvió un momento a mirarla. Llevaba un aparato en los dientes. Tendría catorce años como mucho.

Por un momento, pensó en ir detrás de ellos y echarles una bronca, o en buscar a los adultos responsables del grupito, si los había. También podía quejarse a Seguridad. Cualquiera de las tres opciones la obligaría a entrar en una espiral interminable de explicaciones y discusiones. No se sentía con fuerzas.

Caminó sobre las interminables cintas transportadoras de la T4 hasta llegar a su puerta de embarque. En la cinta que iba en dirección contraria, una chica la saludó con timidez. Otra pronunció su nombre en voz alta mientras le daba codazos a su madre con muy poco disimulo. En los dos casos respondió con una sonrisa fugaz y un brusco cambio de dirección en la mirada.

Lo que estaba haciendo era ridículo. Solo ella sabía lo ridículo que era. París no la convertiría en Audrey Hepburn, ni siquiera en Sabrina. En su programa no estaba previsto que aprendiese a hacer suflés. Sus patrocinadores le habían asignado una especie de guía para su estancia en París, un tipo que trabajaba como relaciones públicas en uno de los hoteles más lujosos de la ciudad. Él se encargaría de conseguirle invitaciones a fiestas, inauguraciones y desfiles. Lo único que tenía que hacer era dejarse ver dos o tres veces a la semana en lugares de moda, grabarse los vídeos matinales para TikTok y colgar en todas partes miles de *reels* y *selfies*. De momento no iban a dictarle los contenidos. Aunque todo lo que publicase tendría que pasar por las revisiones y controles habituales, confiaban plenamente en su experiencia. Por eso la habían contratado, después de todo. Sabía cómo moverse en redes. Lo único que esperaban era que Judit B siguiese siendo Judit B en

su nueva etapa parisina. Sé tú misma. Eso le decían siempre.

El problema era que estaba agotada de ser ella misma. Quería cambiar, ser otra persona, ser una chica normal y anónima en París. Algo que, por lo visto, no le estaba permitido.

Notó la vibración del teléfono en su bolso. Rebuscó hasta encontrarlo y descolgó.

—Hola, Miki.

—Hola, corazón.

Se hizo un silencio en el que todo quedó detenido, como cuando le das a la pausa en un vídeo.

—Me han soltado —anunció Miki por fin—. Libertad bajo fianza. Me van a empapelar. Hay mucha gente que me tiene ganas.

«Has matado a una persona», estuvo a punto de contestar Judit, pero no lo hizo. Lo último que quería era discutir con Miki.

—¿Es verdad que te largas? —preguntó él.

—Sí. Estoy en el aeropuerto. En cinco minutos o así embarcaremos.

—A París, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho Fer.

Fernando Verdiales era el mánager de Miki. No se llevaba nada bien con Marian, pero eso no les impedía ponerse en contacto cuando necesitaban coordinarse. Seguramente, era la propia Marian quien le había contado lo de su traslado.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera? —preguntó Miki.

—No lo sé. Unos meses.

—Hasta que pase lo mío, ¿no?

—No tiene nada que ver contigo.

—Escucha. —La voz de Miki sonaba de pronto fría y profesional—. Solo te llamo para proponerte una cosa. Vamos a reconciliarnos, ¿vale? Lo anuncio yo primero y luego tú. Tiene que parecer muy de verdad.

—O sea, que estás pensando en una reconciliación de mentira.

—No me líes. ¿Es que quieres que nos reconciliemos en

serio?

—Ni de broma.

—Pues entonces, no me líes —repitió Miki, impaciente—. Es solo para los medios. Me lo debes.

—Yo no te debo nada.

Miki soltó una risotada áspera al otro lado.

—Eres increíble. No serías nada sin mí y lo sabes. Pero escucha, no quiero discutir. Vamos a hacerlo hoy mismo, ¿vale? Tú haces eso y yo me encargo de aclarar de una vez por todas lo del accidente. Hasta te pienso pedir perdón.

—¿Por qué?

—Por lo de Ruth. La que iba conmigo. Va a confesarlo en redes. Paga mi productora.

—Me da igual lo de Ruth. Me da igual todo, pero no quiero montar una farsa, Miki. ¿De qué te sirve a ti que nos reconciliemos?

—Si la gente ve que tú me perdonas, me perdonarán más fácilmente. Tú quedarás como la buena de la historia y yo como la oveja descarriada que vuelve al redil. Una historia preciosa.

—Solo que no es verdad —replicó Judit suavemente.

—Qué cabezona eres. A ti te da igual, solo puede beneficiarte. Es bueno para los dos. ¿Me vas a decir que no solo por venganza?

—Miki, yo no quiero vengarme de ti. Siento mucho lo que te está pasando. Es solo que no quiero mezclarme.

—Ya estás «mezclada». Si no vuelves conmigo, la gente no lo entenderá. Pensarán que eres una aprovechada. Muy cariñosa y tal cuando todo eran ventajas, pero sale corriendo como una rata cobarde cuando la cosa se tuerce. Te van a crucificar. Y yo les ayudaré.

—Vaya. Pues nada, gracias.

—No es una amenaza. Solo quiero que entiendas la situación. ¿Me vas a ayudar?

—No, Miki. Lo siento, están llamando ya para el embarque.

Se oyó una especie de risa contenida.

—A lo mejor no te acuerdas, pero hace dos semanas estabas enamorada de mí.

—Sí me acuerdo. Fuiste tú quien lo reventó todo.

—Lo que te pasa es que eres una paleta de Elche de la Sierra. Quieres vivir las relaciones como en el siglo pasado. Te da miedo vivir en el siglo XXI.

—¿La sinceridad es del siglo pasado? Pues entonces sí, soy del siglo pasado. Adiós, Miki. No me vuelvas a llamar.

Capítulo 3

El coche que la recogió en el aeropuerto Charles de Gaulle era cien por cien eléctrico, y tan silencioso como su estirado conductor. Acurrucada sobre la tapicería de cuero blanco del asiento trasero, Judit se sentía a la vez protegida y separada de la ciudad. En los anchos bulevares ardía el otoño, y los edificios que los flanqueaban parecían tan vivos y antiguos como los árboles. Pero pasaban borrosos y enseguida quedaban atrás, como fotogramas de una película.

Empezó a llover justo cuando estaban aparcando, y lo agradeció. La lluvia en París no era más exclusiva ni refinada que la de su pueblo en la sierra manchega. Era solo eso, lluvia. Algo que amaba desde pequeña y que la anclaba al mundo real.

El chófer se limitó a dejar su maleta verde en la acera y se marchó sin esperar a que ella encontrase en el móvil los códigos para abrir las sucesivas puertas del edificio. Marian le había explicado que el apartamento se encontraba en un inmueble elegante del siglo XIX con un patio para los carruajes y dependencias para la servidumbre. Por eso había tantas entradas con sus correspondientes códigos de seguridad.

Al pulsar el último timbre, oyó una voz femenina que graznaba una advertencia en francés. Supuso que era la conserje y se identificó.

—*Esperre* usted —dijo la mujer en español—. Bajo dentro de un pequeño momento.

La mujer le estrechó brevemente la mano y se presentó como *madame* Nicole Bernard. Su arrugado rostro contrastaba con sus abundantes rizos rubios y su esbelta figura.

—Es el quinto piso. Aquí no hay ascensores. Tendrá que subir el equipaje a pie.

La escalera era amplia hasta el tercer piso y estaba cubierta

con una gruesa alfombra granate en el centro. A partir del cuarto, los escalones eran de madera y formaban una hélice que se iba cerrando cada vez más. Subir por allí con su enorme maleta exigía una proeza de equilibrio. Uno de los peldaños estaba torcido y a punto estuvo de rodar escaleras abajo.

—Le he dejado la cocina llena de comida —explicó *madame* Bernard, que subía detrás de ella y en ningún momento le ofreció ayuda—. Yo soy por la comida saludable. Espero que esté de acuerdo conmigo. Avena, *yogurres* de avena y leche de avena. La fruta es del mercado ecológico de Saint Germain. Me he permitido comprar dátiles *medjoul*, son excelentes. ¿Le gustan? También aguacates. Y varias clases de queso. Si *quierre* carne o pescado, le daré el contacto de algunas tiendas. Yo no las visito. Estoy en contra del sufrimiento animal.

Mientras hablaba, Nicole Bernard abrió la puerta del apartamento. La sensación al entrar era luminosa y acogedora. Enfrente de la puerta, al fondo, las cristaleras del salón parecían flotar en un mar de nubes plateadas, como la cabina de un antiguo dirigible.

—Es muy bonito —dijo Judit.

Madame Bernard la miró como si la observación no pudiese ser más estúpida.

—Ocho mil euros al mes —contestó—. ¿Qué esperaba?

Había frondosas plantas de interior en el recibidor y en el salón, pero muy pocos muebles: un sofá rojo muy vanguardista, una mesa baja hecha con cajones de fruta sobre la cual se apilaban algunos libros de arte y un piano de cola.

—¿Se puede encender? —preguntó Judit señalando a la chimenea de mármol.

—No es muy práctico, pero se puede.

Madame Bernard abrió de par en par una doble puerta acristalada que daba al balcón.

—Esto es lo mejor. Mucha gente *matarría* por estas vistas del Sena. Es usted una mujer afortunada.

Judit salió. Allí estaba el famoso río, una cinta de oro líquido que reflejaba las nubes plomizas. A la derecha, distinguió las torres de la catedral de Notre Dame, alzándose espiritual entre un puñado de tejados de pizarra.

—No me puedo creer que esté aquí —murmuró Judit.

La conserje la oyó y la entendió. Por primera vez, esbozó algo parecido a una sonrisa.

—París es el *corrazón* del mundo. Y esto es el *corrazón* de París. Bienvenida —dijo—. Quizá no es feliz aquí, pero este apartamento es mejor que la felicidad.

Cuando se quedó sola, Judit buscó en la agenda del móvil a su madre. Marcó.

—Judit, estaba nerviosa. Ya has llegado, ¿no? Menos mal. Le diré a la abuela que ya puede apagar la vela, cualquier día nos quema la casa.

—Esto es precioso, mamá. Tenéis que venir a verme.

—Sí. A lo mejor vamos en el puente de la Constitución. Aquí dan puente este año en todos los colegios públicos y privados. Pero, claro, papá… no creo que pueda cogerse esos días.

—Os va a gustar mucho.

—¿Ya has visto la ciudad?

Judit se echó a reír.

—Mamá, acabo de llegar del aeropuerto.

—¿Y estás sola?

Siempre le hacía aquella pregunta, aunque supiese de sobra la respuesta. Y siempre se la hacía en un tono de lástima infinita que la hería. Le hacía sentir que todo en su vida era un fracaso.

—Sí, estoy sola —contestó con impaciencia.

—Estás mal. Te lo noto en la voz. No sufras, hija. Y menos por un gamberro como ese.

Judit miró al techo y contó hasta siete. No quería irritarse. Sabía que no le iba a servir de nada.

—No estoy sufriendo. Me alegro de que se haya acabado. No iba a ningún sitio.

—Pero parecías tan enamorada…

«¿Cuándo?», se preguntó Judit, perpleja. Miki nunca había ido a la casa de sus padres en Elche de la Sierra. Ellos no los habían visto juntos. Lo único que sabían de su relación era lo que ella publicaba en las redes.

—¿Puedo hablar con papá? —preguntó, impaciente—. ¿Está en casa?

—Está en la cocina cortando jamón. Te lo paso.

Un momento después oyó la voz de su padre.

—No hagas caso a mamá. Ve demasiadas telenovelas turcas. Tú disfruta, que es a lo que has ido allí. Disfruta de lo que tienes, que muy poca gente lo tiene.

—Voy a disfrutar. Aunque se supone que he venido a trabajar.

Su padre se rio con ganas.

—Claro que sí, hija, tú sigue tomándoles el pelo. Si a ellos les va bien, ¿por qué no te va a ir bien a ti? Manda fotos de ese palacio. Se las quiero enseñar a los colegas para que se mueran de envidia.

—Pero vais a venir a verme, ¿no?

—Sí, mujer. Ya nos apañaremos.

Su tono desmentía claramente la afirmación. Significaba que ni siquiera se planteaba tomarse en serio su pregunta.

—Yo os invito. Os puedo mandar los billetes.

—No hace falta, hija. No somos pobres de pedir.

Judit se mordió el labio. Siempre terminaba ofendiéndolo sin darse cuenta.

—Bueno, voy a deshacer el equipaje y tal.

—Muy bien. Tú disfruta. Y manda muchas fotos.

Después de colgar, Judit se quedó quieta en medio de su elegantísimo salón parisino escuchando el rumor lejano de los coches y el más sutil y cercano del río. Se quedó mucho tiempo así, congelada en la luz del atardecer, completamente inmóvil salvo por las lágrimas que habían comenzado a rodar por sus mejillas.

No sabía por qué estaba llorando. Ni siquiera se sentía triste. Era otra cosa.

Forcejeó con la puerta de la terraza y consiguió abrirla. Fuera hacía mucho frío. Se habían encendido las farolas de los muelles y sus luces doradas se reflejaban en el agua.

—¿Qué hago aquí? —dijo en voz alta.

Como en respuesta a su pregunta, le llegaron las notas de un violonchelo engarzadas unas a otras en una limpia y melancólica melodía. La música parecía brotar del agua misma del río. ¿Quién estaría tocando allí a esas horas?

Se quedó escuchando hasta que la melodía se acabó. Pensó que el intérprete haría un descanso y después tocaría algo distinto, pero se equivocó. Seguramente se habría ido.

Regresó a su salón, cerró con cuidado la ventana, encendió una lámpara de pie y se dispuso a grabar su primer directo desde París.

Capítulo 4

—ESTÁN gustando —dijo Marian. Judit oía su voz muy dentro del oído, empujando a través de los auriculares almohadillados —. Hay muchas *teens* un poco desconcertadas, lógicamente. Pero tu base se amplía. Muchos nuevos seguidores en la franja de los veinte a los treinta. Seguidoras, sobre todo.

—¿Cuántos son muchos?

—Déjame ver… Más de quinientos ayer en YouTube. El vídeo que grabaste en tu terraza con los tejados y todas esas cosas un poco locas que ibas diciendo… Tienes carisma, nena. La locura chic vende.

Judit se echó a reír.

—Así que soy una loca chic. Qué cosas tan bonitas me dices.

Eran poco más de las once. Regresaba con varias bolsas de papel del mercado ecológico de Saint Germain, y se había perdido. Al final, había logrado salir al río. Desde allí no le sería difícil encontrar el Museo de Orsay. Su casa estaba a pocos metros.

Se sentó en un banco para posar las incómodas bolsas y poder continuar con la conversación. El sol del otoño arrancaba destellos plateados de la superficie del agua. Pasaban algunos barcos turísticos, pero también barcazas con bidones de colores… parecían sacadas de una postal antigua.

—Hay una cosa que sí podrías mejorar —dijo Miriam—. Mira, todo el mundo sabe lo de tu ruptura con Miki, así que no tienes por qué ocultar tu tristeza. No es natural, y a ti te valoran sobre todo por tu naturalidad.

—Pero es que no estoy triste por Miki. No como todos esperáis.

Los últimos meses de relación habían sido una pesadilla. No se daba cuenta mientras lo estaba viviendo, pero ahora que se había acabado, solo sentía alivio. Y no tenía ningunas ganas de

hablar de Miki en sus redes.

—Mira, no hace falta que te pongas a llorar ni nada por el estilo. Basta algo sobrio, alguna alusión con una sonrisa melancólica. Tienes que mencionarlo, que la gente se acuerde de lo que estás pasando. Tus seguidores de siempre lo esperan, es lo menos que puedes hacer por ellos.

—¿Y qué quieres que diga exactamente?

—No sé —contestó Marian, aunque, por el tono de su voz, era evidente que sí lo sabía—. Se me ocurre que podrías decir algo como… que es triste disfrutar tú sola de algo tan hermoso como París. O que todo sería perfecto si no te faltara algo. O… París es el sitio perfecto para lamerse las heridas… Bueno, no sé.

Había ido perdiendo confianza a medida que exponía sus opciones. Seguramente, al pronunciarlas en voz alta no le sonaban tan bien como las había imaginado.

—Bueno, no te preocupes, ya se me ocurrirá algo —zanjó Judit, deseosa de cambiar de tema.

—Vale, lo dejo en tus manos. Ya sabes que confío plenamente en ti. Por cierto, te voy a mandar el ejercicio que hice ayer con mi *coach*. Es fabuloso, deberías tener unas sesiones con él. Voy a mandarte unos diagramas. Son varios conjuntos, tú tienes que dibujarlos con sus intersecciones. Uno es el de «qué quiero hacer». Otro el de «qué puedo hacer». Otro el de «qué sé hacer». Y el último… «qué debo hacer». Busca la intersección de los cuatro y sabrás cómo enfocar tu vida.

—Suena muy interesante —dijo Judit con sinceridad—. Oye, estoy sentada en un banco al sol y llevo queso, mantequilla y otras cosas que tengo que meter en la nevera…

—Vale. Entonces, solo dos cosas muy rápidas. Una, el nuevo patrocinador. Es una marca de joyería ecosostenible. Se llama Cráter. Te mandarán muestras en unos días y tendrás que hacer una videorreunión con su gente de *marketing*. Lo vamos hablando.

—¿Son bonitas?

—¿Las joyas? Bueno, sí. Bisutería de precio medio. No está mal. Y lo otro es que esta tarde a las cinco pasará un úber a recogerte para llevarte al hotel Crillon. Allí te recibirá Erik,

que va a ser tu guía en la vida social parisina. Me han dicho que es genial. Déjate aconsejar, él conoce ese mundo como nadie.

—No te preocupes.

En cuanto Marian se despidió, Judit se sacó los auriculares y los guardó en su cajita blanca, que se cerró con un suave clic. Iba a levantarse para proseguir su camino, pero la música que venía del jardín de abajo, junto al río, la mantuvo clavada a su asiento.

La melodía principal estaba a cargo de un violonchelo. El acompañamiento era una grabación de piano. El conjunto sonaba diferente a todo lo que ella había escuchado antes. Apacible y melancólico, pero también ferozmente audaz algunas veces, y otras, delicado como encaje antiguo.

En un gesto automático, Judit buscó la grabadora del móvil y pulsó el botón. Registró la pieza hasta el final.

La siguiente era más rápida y alegre, pero también tenía ese fondo nostálgico que reflejaba tan bien la atmósfera de la ciudad. Judit se guardó el móvil, cogió las bolsas y buscó una escalera para bajar al jardín. Quería ver al músico de cerca.

Resultó que se trataba de un violonchelista muy joven, seguramente de su edad o poco más. Tocaba con expresión soñadora, los ojos fijos en algún punto indeterminado en la distancia. Los tenía muy azules, de un azul grisáceo moteado de verde y castaño.

Los paseantes del jardín no parecían hacer demasiado caso de la música. Una anciana se paró a escuchar, aplaudió suavemente en mitad de la pieza y se largó sin dejar ni un céntimo en la funda abierta del violonchelo. Allí, sobre el forro de terciopelo rojo, se veían un par de monedas de un euro y mucha calderilla.

Judit rebuscó en su bolso. No estaba acostumbrada a llevar efectivo encima, pero, milagrosamente, encontró dos euros. Dejó las bolsas en el suelo y fue a arrojarlos al músico.

El violonchelista asintió sonriendo al ver su gesto y, por un momento, la miró a los ojos. Judit se sintió turbada, le devolvió la sonrisa y regresó a por sus bolsas. Se alejó a toda prisa del lugar, pero la música continuó largo tiempo

resonando en sus oídos, cada vez más suave y distante.

Subió los cinco pisos del apartamento sin detenerse ni una vez a respirar. Una vez dentro, dejó las bolsas en el centro del salón y salió a la terraza. Desde allí se oía también la música.

Pensó en lo injusto que era todo. Ella, que no había hecho nada en la vida aparte de jugar a Minecraft, grabar vídeos tontos y salir con un *influencer*, estaba viviendo como una princesa en un apartamento de lujo. Y allá abajo, un músico con un talento evidente se veía obligado a mendigar para vivir.

Regresó al salón, se dejó caer de bruces sobre el sofá de diseño y enterró la cara en el terciopelo granate. Lloró un buen rato en aquella postura. En medio de su arrebato, le producía cierta satisfacción saber que aquello no se vería por TikTok ni por Twitch ni en ningún sitio. Le pertenecía solo a ella, y no lo iba a compartir.

Capítulo 5

El úber se detuvo ante la fachada del hotel Crillon, en la *place* de la Concorde. Con su frontón triangular y sus columnas dóricas, la construcción tenía el aire solemne de una iglesia neoclásica o de un edificio gubernamental, suavizado por las amplias cristaleras que filtraban la luz dorada del interior. Judit bajó al aire frío de octubre y se quedó un rato mirando el obelisco iluminado en el centro de la plaza, sin decidirse a entrar.

—*Mademoiselle*, *monsieur* Eric la espera en el jardín de invierno —le dijo un hombre mayor disfrazado con una extraña librea—. Si me lo permite, la acompañaré.

Judit le dio las gracias y lo siguió escaleras arriba hasta la recepción del hotel. Atravesaron un bosque de espejos y mármol con lámparas hábilmente colocadas en cada rincón para arrancar destellos del barniz de los cuadros y la caoba de los muebles. Un rumor de conversaciones lejanas y serenas la acarició al pasar. Allí dentro, parecía imposible que sucediese nada malo. Era todo irreal, como un decorado de una obra de teatro antigua.

En el jardín de invierno, los muebles eran más claros y la decoración un poco menos asfixiante que en el resto del hotel. Las esbeltas plantas de interior parecían princesas de la jungla secuestradas en las entrañas de un palacio de cuento.

Un hombre alto y elegante de piel color avellana salió a su encuentro sonriendo. Iba vestido de negro de pies a cabeza.

—Por fin te tenemos aquí, Judit —dijo en un español perfecto—. Gracias, Mauricio, ya puedes retirarte. Mauricio es mexicano, pero lleva más años en el Crillon que cualquier otro conserje. Sin él, estaríamos perdidos. Bueno, ven a sentarte conmigo. Pediremos un servicio de té completo. ¿Te gusta la langosta? Aquí no hay té sin sándwiches de langosta. Las

meriendas del Crillon son legendarias, ¿lo sabías?

Judit dijo que no.

Se sentaron en una mesa que daba a un patio acristalado. Había otras mesas ocupadas, pero estaban lo bastante lejos como para que el ruido de las voces no resultase molesto.

En cuanto se instalaron, dos camareros se acercaron con bandejas de plata cargadas de toda clase de cosas ricas. Había una especie de tarta de calabacín (Erik especificó que se trataba de una *focaccia*), *scones* con crema fresca y confitura, pastelillos de todas clases y gofres de cereales con pepino y salmón. El té olía a cítricos y a canela. Los emplatados eran tan espectaculares que daba pena destruir aquellas obras de arte para probarlas.

Al principio se dedicaron más a comer que a hablar. Erik le contó algunas cosas sobre el arquitecto del edificio, que había sido construido en el siglo XVIII por orden de Luis XV. Tenía una voz grave y tranquilizadora. Judit intentaba prestarle atención, pero los sabores de todas aquellas delicias la distraían.

—Sabes disfrutar. Eres de las mías —sentenció Erik con una sonrisa aprobadora.

—Disfrutar de algo así es bastante fácil. Todo el mundo sabe —contestó Judit después de un sorbo de agua.

—Te equivocas. Casi nadie disfruta. Es un arte que se ha perdido. La gente está demasiado ocupada intentando ser famosa o poderosa o rica. Pero tú ya eres todo eso, ¿no? Y solo tienes dieciocho años.

—No soy poderosa. Y no soy tan famosa ni tan rica como la gente que viene a este hotel… seguramente.

—Bueno, claro. Para eso deberías tener pozos de petróleo en el golfo Pérsico.

El español de Erik sonaba fluido y espontáneo. No tenía ni una gota de acento.

—¿Has vivido en España?

—En Barcelona, un tiempo. Tuve un novio de allí. Por desgracia, no funcionó. También he vivido en Santiago de Chile. Pero mi ciudad es París. En cuanto paso mucho tiempo fuera, me vuelvo un ser gruñón e irritable. No hay que sacar a

un felino de su hábitat natural.

—¿Tú eres un felino? —preguntó Judit divertida.

—A veces. En realidad, no hay que sacar a ninguna criatura de su hábitat natural. Mira estas pobres plantas. Seguro que por sus tallos circula más café que savia. No pueden ser felices.

—París parece un buen lugar para ser feliz.

Erik la miró con curiosidad.

—¿Eso crees? Te equivocas. París es una ciudad perfecta para ser desgraciado. Para sentirse solo y deprimido, para eso es el mejor lugar de la tierra. Pero la felicidad… es muy poco chic. No va con el estilo parisino.

—Entonces, ¿por qué te gusta tanto vivir aquí?

Erik se encogió de hombros.

—Supongo que, en el fondo, soy como la ciudad. Intento separarme de ella, escandalizarla, fluir entre mis diferentes identidades vistiéndome cada día de una manera (no aquí en el trabajo, por supuesto). Pero París nunca se escandaliza. También es fluida y no binaria. Imposiblemente elegante y, al mismo tiempo, insoportablemente vulgar. Pero, por encima de todo, terriblemente aburrida.

—No te entiendo.

Erik asintió, como admitiendo que había ido demasiado lejos.

—Perdona. Quiero decir que es aburrida para alguien que viene de España, acostumbrada al tapeo, a los bares abiertos hasta las tantas de la mañana, a las calles llenas… Aquí es diferente. La mayor parte de los parisinos se levantan temprano, tienen trabajos horribles y odian su vida. El ocio es sofisticado y elitista. Deja fuera al noventa y cinco por ciento de la población… o más.

Todo aquello sonaba un poco deprimente, así que Judit decidió no hacer mucho caso. Se metió en la boca un trocito de hojaldre de albaricoque con vainilla de Tahití y cerró los ojos para saborearlo. Era la perfección absoluta, y no estaba dispuesta a dejar que las quejas ingeniosas de Erik le arruinasen el momento.

Él pareció comprender su actitud, así que no siguió con sus argumentos. Pensativo, se bebió sorbo a sorbo su té. Después

se sirvió otro.

—Eres una chica curiosa —dijo—. ¿Eres inteligente?

Judit alzó las cejas, sorprendida.

—Eso tendrán que decirlo los demás, no yo.

—¿No eres inteligente? Si no sabes si lo eres, es que no lo eres.

—Sí lo soy —dijo Judit un poco irritada—. ¿Y tú? ¿Eres inteligente?

—Por supuesto. Pero no estamos hablando de mí. Si tengo que ayudarte a moverte por la ciudad, necesito conocerte mejor. O sea, que inteligente. Muy bien. Es bueno saberlo. ¿Y guapa? ¿Eres guapa?

Judit se echó a reír, pero el ceño fruncido de Erik la hizo comprender que la pregunta iba en serio.

—No irás a decirme eso de que tú, por ser un hombre, no puedes juzgar si soy guapa o no lo soy. O esas excusas raras que pone la gente.

—No soy un hombre… en ese sentido. Ya te lo he dicho, intento transitar por la complejidad de los roles tradicionales con algo de creatividad. Pero te lo repito, no estamos hablando de mí, y no has contestado a mi pregunta.

—Es que me parece absurda. La belleza es algo exterior, y yo no me veo por fuera. Así que ahí no puedes pedirme opinión a mí.

—A lo mejor es que no me he expresado bien. ¿Crees que eres guapa?

Judit reflexionó un momento.

—Creo que sí. No espectacular, pero tengo «algo». Sé que gusto.

—¿La gente se enamora de ti?

—A veces.

—Sé que has tenido una ruptura dolorosa. Aunque no pareces muy afectada.

—Esa relación nunca funcionó. Ni siquiera sé por qué empecé a salir con Miki. Físicamente, no me gustaba mucho al principio. Pero él se empeñó tanto… No paró hasta conseguir tenerme completamente enganchada. Y entonces empezó a agobiarse.

—Suena todo muy adolescente.

—Bueno… Somos adolescentes.

Erik ladeó la cabeza y la miró unos segundos.

—Marian me contó de dónde te ha venido la idea de París. Fue por *Sabrina*, de Billy Wilder. Billy Wilder es Dios, por supuesto, ya lo dijo ese director de cine vuestro, Trueba. Pero nena, alguien debería haberte dicho que el París de *Sabrina* es un decorado, y que hacerte fotos delante de la Torre Eiffel no te vuelve glamurosa ni te convierte en Audrey Hepburn.

Judit intentó concentrarse en el crujiente bocado de tartaleta de chocolate que estaba masticando, pero el tono y las palabras de Erik empezaban a arruinarle la diversión.

—Ya sé lo que piensas. Que soy una pueblerina española que cree que va a aprender estilo solo con venir a París. Pues no tienes ni idea —protestó, animándose a medida que hablaba —. A mí me dan igual las fiestas, los desfiles de moda y todo eso. Me gusta pasear a la orilla del río, quiero ver los museos, ir al teatro... Y, sobre todo, quiero estar sola.

—Bueno. Entonces, has venido al lugar indicado.

Continuaron comiendo un rato en silencio. Judit no se sentía intimidada ni molesta. Se alegraba, eso sí, de haber dejado claras las cosas.

—¿Por qué te hiciste *youtuber*? —preguntó Erik, rompiendo el silencio—. Si lo que quieres es estar sola y tranquila, parece una elección extraña.

—Técnicamente, ahora mismo, soy más *tiktoker* y *streamer* que *youtuber*. Y no lo decidí. Fue algo que pasó. En los últimos cursos de primaria y en la ESO no tenía amigas. Siempre era la rara de mi clase, y estaba llena de granos. Pasaba mucho tiempo jugando a Minecraft, y empecé a grabar partidas comentadas. Un par de *youtubers* muy conocidos hablaron de ellas y empezaron a multiplicarse mis seguidores. Me invitaron a un congreso de YouTube y conocí a Miki… Él es una estrella, gana muchísimo dinero.

—Y os hicisteis novios. Buen resumen, no es necesario que me cuentes el resto. Antes de que vinieras, me he preparado la entrevista. He visto algunos de tus vídeos. Eres extremadamente ingeniosa. Sutil, elegante, divertida. Me

sorprende que el público haya sabido valorarte.

—A mí también —contestó Judit en broma.

Sin embargo, Erik no se rio.

—Escucha, Judit. No me han contratado para que te dé consejos de este tipo, pero me caes bien y voy a hacer un poco de hermano mayor. Tú tienes una brillantez espontánea que no deberías vender. Ahora tienes suficiente dinero. Has decidido venir a París porque no te llena lo que has conseguido, estás buscando algo. Y, si es así, París si puede ayudarte. Lo que necesitas ahora es cuidar tu alma.

—No eres como esperaba —dijo Judit—. No pareces un relaciones públicas.

Erik asintió.

—Me da de comer. Y me gustan los sándwiches de langosta. Pero, volviendo a nuestro asunto, parece que tus patrocinadores y tu mánager quieren ayudarte a dar un giro a tu carrera, a construirte un nuevo personaje. No sé qué esperan exactamente, pero les daremos lo que quieren en la medida de lo posible. Te ayudaré a colarte en las mejores fiestas, en los desfiles más exclusivos, a conocer a algunas *celebrities*… Así ganarás tiempo para descubrir lo que quieres tú. ¿Te parece un buen plan?

—Me parece un plan maravilloso —contestó Judit en tono cálido.

Se sonrieron.

—Excelente. Creo que ha llegado el momento de dejar el té y pasarnos a los cócteles. Se sirven en el bar, ven conmigo —dijo Erik poniéndose en pie—. Ya verás, el Carol Channing es puro terciopelo… pero tú eres casi una niña. Te pediremos uno sin alcohol.

Capítulo 6

—Tu primer desfile. ¿Estás emocionada?

Judit había quedado con Erik a las puertas del Gran Palais, donde se celebraba el desfile de la colección crucero de Chanel. Una multitud de curiosos se arremolinaba detrás de las vallas metálicas que habían colocado para proteger la entrada de los invitados. Había gente de todas las procedencias, y casi todos tenían el móvil en la mano para fotografiar a los que desfilaban al otro lado de la barrera.

—Estoy un poco nerviosa —confesó Judit—. No sabía qué ponerme. No tenía nada de Chanel, y no sé qué hay que ponerse en estas ocasiones.

Erik echó una ojeada admirativa al sencillo vestido de punto negro con cuello de pedrería del mismo color.

—Pues yo te veo perfecta —dijo—. Además, relájate… A ti nadie va a mirarte.

Le pareció un comentario un poco cruel, pero tenía razón. Después de pasar los múltiples controles de seguridad, entraron por fin al gran recinto de hierro y cristal donde iba a tener lugar el desfile. Judit se quedó con la boca abierta al ver que casi todo el espacio lo ocupaba una alargada playa. Una playa de verdad, con arena y con un mar tranquilo cuyas olas grises lamían suavemente la costa.

—¿Cómo lo han hecho? —preguntó—. Es imposible…

—Con dinero y audacia, nada es imposible. Esta gente sueña a lo grande, eso hay que reconocérselo. Mira, allí está Charlotte de Mónaco, ¿la ves? Y esa de allí es Caroline de Maigret. Yo la adoro.

—No la conozco, ¿quién es?

—Bueno, fue modelo… y ahora es *influencer*. Una de las musas de Chanel. Embajadora de la marca, pero me gusta porque tiene sentido del humor. Se ríe de sí misma y de toda

esta tontería. También tiene personalidad. Se las arregla para ser la más chic del universo sin renunciar a su lado más salvaje y roquero. Mira, ¿esa no es Angelina Jolie? Juraría que es ella.

Mientras hablaban, el Gran Palais se había ido llenando de gente. La pasarela por la que iban a desfilar las modelos serpenteaba sobre la playa, y junto a ella, siguiendo su trazado, había tres largas hileras de asientos. Sobre cada uno reposaba una bolsita de tela blanca con el logo de la marca. Se sentaron en sus lugares de la tercera fila, y Judit abrió su bolsa. Había una caja con un frasco grande de perfume. Chanel 9.

—Pero esto cuesta por lo menos cien euros…

—Un detalle para las clientas —dijo Erik—. Pero tú mira a tu alrededor y no pierdas detalle. Es a lo que has venido, ¿no?

Judit miró. Casi todas las mujeres iban muy maquilladas y llevaban distintos modelos de trajes y chaquetas de *tweed* de Chanel. A la mayoría les quedaban fatal, pero parecían encantadas consigo mismas. Las más jóvenes se hacían *selfies*, se grababan hablando y gesticulando exageradamente. Eran *influencers* de todo el mundo. Había unas cuantas coreanas, alguna italiana, y varias chicas mexicanas y brasileñas. También había muchas mujeres de más edad, las verdaderas clientas. Parecían muy satisfechas por formar parte de aquello, pero a Judit le pareció que, en el fondo, allí todo el mundo se sentía fuera de lugar.

Cuando empezó la música, la gente se sentó y el rumor de las conversaciones se fue acallando. A lo lejos, por la izquierda, apareció la primera modelo. Desfiló al compás apabullante de la percusión avanzando decidida con sus larguísimas piernas. El traje rosa y negro que llevaba era muy bonito. El lujoso *tweed* se adaptaba como un guante a los movimientos de la muchacha. Detrás de ella salió otra modelo, y después otra. Era todo tan rápido e intenso que no sabías adónde mirar. Se disparaban flashes, se oían exclamaciones, pero la música anodina y brutal ahogaba el resto de los sonidos.

En unos minutos, todo había terminado. Las modelos salieron juntas a saludar, detrás apareció la diseñadora, resonaron los aplausos y la playa se fue quedando vacía. Las *influencers* ocuparon el espacio abandonado por las

protagonistas del desfile para fotografiarse con aquel mar, que, después de un rato mirándolo, parecía más pequeño y falso que al principio. Erik y Judit se dirigieron juntos a la salida.

—Tengo que volver al hotel —dijo Erik—. Hoy tenemos mucho jaleo. Un buen número de esas señoras enjoyadas que has visto dentro se alojan con nosotros. Tres mil euros la noche. Hay que estar a la altura.

Se despidieron y Judit se alejó caminando sola en dirección al Sena. Un grupo de mujeres que rondarían la treintena corrieron tras ella hasta alcanzarla.

—Perdona. Te hemos oído hablar en español —dijo una, jadeando.

—Solo queríamos preguntarte. ¿Has estado dentro? —preguntó otra señalando la bolsa.

—Sí. Tenía invitación —contestó Judit casi en tono de disculpa.

—¿Y cómo la conseguiste? Es imposible conseguirlas.

—Vine con un amigo.

—Ah… claro.

Se hizo un breve silencio.

—¿Ha estado bien? —preguntó finalmente la única mujer que no había hablado.

—Sí, muy bien. Ha sido muy bonito.

Satisfechas, las mujeres le dieron las gracias y se fueron. Judit se rio para sí misma. Normalmente, la abordaban para hacerse fotos con ella. Ella era la famosa. Pero en el desfile de Chanel no era nadie. Nadie la había reconocido. Resultaba un poco desalentador y, al mismo tiempo, reconfortante. ¿No era eso lo que había ido a buscar a París, el anonimato?

Encogida y con la cabeza agachada para protegerse del frío, cruzó hasta el Sena y caminó a toda prisa por el muelle. Se sentía un poco absurda. El espectáculo al que acababa de asistir la había llenado de tristeza. Pensó que todas aquellas mujeres con chaquetas de miles de euros que miraban hacia la pasarela no querían, en realidad, la ropa que estaban viendo, sino los cuerpos delicados y los rostros jóvenes y perfectos de las modelos. Y las modelos, a su vez, querían probablemente el dinero de aquellas señoras que las observaban como si fuesen

caballos en una feria de ganado. Al final, todas terminarían frustradas y vencidas, porque lo que querían era imposible. La ropa no era más que una excusa para que, durante un rato, cada grupo pudiera soñar que algún día se cambiarían las tornas. El espectáculo se invertiría, las compradoras desfilarían sintiéndose adoradas y perfectas y las modelos disfrutarían en la oscuridad del espectáculo. Entre aquellos dos ejércitos irreconciliables estaban las *influencers*, parloteando consigo mismas como caricaturas de Narciso y sin enterarse de nada.

Necesitaba desintoxicarse de tanta ambición melancólica, y estaba llegando al Museo de Orsay, que todavía no había visitado… Decidió entrar.

Podría haber cogido un plano o una audioguía, o haber preguntado a los vigilantes dónde estaban los cuadros de los impresionistas, pero, en lugar de eso, se puso a caminar sin rumbo, mirando todo lo que se encontraba, deteniéndose en cada escultura neoclásica, en cada pequeño paisaje de principios del XIX. No tenía prisa. Descubrió que le gustaba aquella sensación de contemplar sin saber muy bien lo que estaba viendo. No miraba los carteles que acompañaban a las obras, y tampoco se hacía demasiadas preguntas. Simplemente, miraba. Miraba y sentía cosas. «Ese antebrazo del ángel es tan liso y perfecto que me gustaría tocarlo». «Ese vestido parece de seda. Nunca he visto un vestido de ese color». «Parece que el cielo se está enredando en las copas de los árboles». «¿Esto será bronce?».

Estuvo por lo menos dos horas dando vueltas por las salas de la antigua estación reconvertida en museo. Cuando llegó a la zona de los impresionistas, se encontraba cansada. Pensó que lo mejor sería volver otro día y resolvió ir en busca de la salida, pero, de camino, un cuadro la atrapó y no pudo ignorarlo. Era un paisaje nevado de Monet. Estaba en una ilustración de su libro de Historia del Arte de segundo de bachillerato, pero el original no tenía nada que ver con la ilustración. El sol reflejaba la nieve y proyectaba en ella las sombras azules de una valla. No era nieve, sino un recuerdo de la nieve, una nieve soñada, añorada, querida, reinventada en los laberintos de la memoria. «Me estoy poniendo demasiado

poética», se dijo Judit riéndose un poco de sí misma. Preguntó a un vigilante por el trayecto más corto hacia la salida.

Su apartamento quedaba muy cerca, pero en el jardín del muelle estaba sonando otra vez aquella música de violonchelo distinta de todas.

«Hoy es un día muy raro», pensó Judit. El desfile, el cuadro de la nieve y ahora eso…

Mientras bajaba los desgastados peldaños de piedra hacia la música, se acordó del poder del flautista de Hamelin, capaz de arrastrar tras él por igual a los niños y a las ratas. Intentó recordar las facciones de su «flautista». La otra vez no se había atrevido a mirarle con demasiado descaro.

Caminó despacio hacia el músico y se quedó de pie a cierta distancia, inmóvil y con la cabeza un poco inclinada, como si estuviera rezando. Pasó así unos cuantos minutos, hasta que la música se detuvo y, como despertando de un sueño, Judit levantó la mirada.

El músico la estaba observando.

Turbada, Judit abrió el bolso y buscó una moneda, pero esta vez no encontró ninguna.

Se acercó para disculparse. Por alguna razón, le pareció necesario.

—Lo siento, hoy no llevo nada. Pero tu música es…

Se interrumpió al darse cuenta de que estaba hablando en español y de que el violonchelista, probablemente, no podría entenderla. Sin embargo, se equivocaba.

—Gracias. Te he visto ahí escuchando. Se nota que sabes escuchar —le dijo.

Se sonrieron.

—Hablas muy bien español —observó Judit.

—Sí. Mis padres son de Barcelona.

—¿Y cómo has terminado…? Perdona, no debería inmiscuirme, pero es que no lo entiendo. ¿Cómo alguien que toca tan bien puede acabar aquí? Eres buenísimo. Yo creo que, si supiesen lo bueno que eres, te contratarían en cualquier orquesta.

—Eres muy amable. Gracias.

—Tengo un amigo que trabaja en el hotel Crillon. En el bar

de allí hay un trío de cuerda tocando. Por lo menos, un día que yo estuve. Le puedo preguntar, a ver qué me dice.

—Tengo entendido que allí solo contratan a mujeres.

—Ah… ¿Conoces el hotel Crillon?

El chico se encogió de hombros.

—De oídas.

Judit asintió.

—Oye, no sé cómo plantearte esto, pero… ¿Necesitas algo? Puedo bajarte comida si necesitas. Tengo mucha en casa.

—No te preocupes. Con lo que saco tengo para comer.

—¿Y dónde duermes?

Eran muchas preguntas, pero al muchacho no parecía importarle.

—Hay una anciana que me deja una habitación a cambio de que toque un rato cada día para ella. También me da comida. Me quedaré allí hasta que me eche.

—¿Y después? ¿No tienes familia?

El músico hizo un gesto vago hacia el cielo o hacia el río.

—Están siempre por ahí. Nómadas. Vagabundos. No puedo contar mucho con ellos.

Judit se imaginó una tribu de acróbatas, payasos y malabaristas. Gente de circo. Era increíble que, en un ambiente así, el chico hubiese aprendido a tocar tan bien.

—La música que interpretas… ¿de quién es? Es que me encanta, pero no sé mucho de música clásica.

—No es música clásica. Son composiciones mías.

—¿En serio?

El músico asintió. Judit juntó las manos y se mordió el labio. No sabía qué decir.

—Bueno, tengo que irme.

—Yo también —dijo el músico—. Ya es hora de cambiar de sitio. La gente se cansa de oírte si das mucho la lata.

—Yo jamás me cansaría de oírte.

—Gracias.

El joven se levantó, recogió las monedas de la funda del instrumento y se las guardó en un bolsillo. Después depositó el violonchelo en el interior de la funda con mucho cuidado y cerró la cremallera. Por último, plegó la banqueta en la que

tocaba. Judit se había quedado allí plantada observando la operación sin pensar en nada en concreto.

El muchacho le tendió la mano. Tras una breve vacilación, Judit se la estrechó.

—Me llamo Lau —dijo él.

—Yo soy Judit.

—Pues encantado, Judit. ¿Tú crees que volveremos a vernos?

—Sí —contestó Judit, y sintió una calidez agradable en su interior al decirlo—. Estoy segura de que sí.

Capítulo 7

PULSOS de luz verdosa iluminaban de manera intermitente el flujo de siluetas oscuras que poblaba la fiesta revelando aquí un rostro, allí un corpiño de lentejuelas, más lejos el centelleo de las burbujas en una copa de champán. Un momento después, todo volvía a sumergirse en la negrura para emerger en el siguiente haz luminoso completamente cambiado: otros rostros, otros vestidos, otros líquidos de distintos matices. Era como si las cosas y las personas existiesen de manera muy breve, como si lo único que pudiese durar a través del tiempo fuese la música. Y la música era, sobre todo, un empaste machacón de bombo y bajo que servía de base a anodinas melodías electrónicas, tan parecidas unas a otras que Judit tenía la sensación de estar oyendo siempre la misma canción.

La fiesta estaba resultando tan aburrida como había augurado Erik… o incluso peor. Llegaron juntos y saludaron a algunas personas: modelos retiradas que Erik conocía de toda la vida, modelos en activo que parecían conocerle a él más que él a ellas, músicos, bailarines y artistas de todo pelaje vestidos de manera llamativa, productores, diseñadores, estilistas, fotógrafos… Sus efusivas muestras de alegría al saludarse unos a otros sonaban deliberadamente falsas, como si todos quisieran dejar bien claro que eran demasiado importantes para interesarse realmente por el resto de los invitados. Judit se sentía dentro de una representación teatral: presentación, besos, carcajadas con la mirada ya en otra parte, alguna pregunta insulsa del tipo: «¿te gusta París?» o: «¿Ya habías venido por aquí?», y unas cuantas risas desganadas de despedida antes de pasar al siguiente corrillo. Después de media hora repitiendo aquel ritual, Erik consideró que ya había cumplido con su papel de guía social y se unió al pequeño grupo de personas que bailaban en el centro del loft

donde se celebraba la fiesta. Llevaba un vestido de raso verde agua y una boa de plumas blancas que ofrecía un violento contraste con su piel oscura, y Judit pensó que estaba muy guapo. Se había imaginado que, al vestirse con ropas femeninas, Erik adoptaría un tono más juguetón y festivo, que gesticularía de una manera exagerada… Pero se había equivocado. Se movía y hablaba con la misma elegancia de siempre.

Judit también bailó un rato, aunque la música no le decía nada. En los fogonazos verdosos que barrían la pista, sus ojos se encontraban a veces con los de alguna de las personas que le habían presentado. Se sonreían sin alegría, y aprovechaban el siguiente pulso de oscuridad para evitarse. Al cabo de un rato, optó por bailar todo el rato con los ojos cerrados. De esa manera, al menos podía dejarse llevar por el ritmo y no pensar en nada.

Cuando se cansó de bailar, se acercó a la barra y pidió un vaso de agua. Con él en la mano, salió a las escaleras en busca del baño. Estaba encajado en un rellano y tenía forma de triángulo. La puerta se cerraba insertando un alambre en una argolla de la pared. La iluminación consistía en dos velas gruesas que ardían en un rincón, en el suelo, y proyectaban sombras temblorosas en las paredes. Allí se estaba muy bien. Giró el grifo y dejó las muñecas un buen rato bajo el chorro de agua fría. Había una ventana con cristal esmerilado a la izquierda del váter. La abrió. La luna centelleaba sobre los tejados de pizarra perforados aquí y allá por láminas de luz dorada que brotaban de sus claraboyas. Era otra ciudad, aquella, una ciudad silenciosa y tranquila, que no fingía ni se esforzaba ni esperaba nada. El verdadero París.

Judit sacó el teléfono y empezó a hacer fotos. Probó diferentes ángulos, jugó con el zoom para captar un sinfín de detalles. Una cornisa iluminada por debajo por una farola blanca, una enredadera cayendo en cascada de una sucia terraza, el reflejo de la luna en un cristal… Incluso se subió a la tapa del retrete para buscar otra perspectiva. Estaba allí encima cuando alguien golpeó la puerta con impaciencia y tuvo que dejarlo.

En el rellano se había formado una cola de cuatro personas. Ni siquiera las había oído llegar, tan enfrascada estaba en su reportaje de los tejados. Una de las chicas la miró a los ojos, otras dos la miraron al bolso y, tras comprobar que no era de los «buenos», la ignoraron. El último de la fila era un señor con gafas que parecía tan fuera de lugar como ella. Un crítico de arte, pensó Judit. Lo saludó como si lo conociera y subió de nuevo a la fiesta.

Media hora más tarde, Erik a acudió a rescatarla del sofá donde se había quedado medio dormida.

—Bueno, ¿has tenido suficiente?

—Sí. —Judit apagó la grabadora. Había decidido registrar los sonidos de la fiesta, por si podía usarlos en algún montaje —. ¿Qué hora es?

—Solo las dos de la mañana.

—Pensé que era más tarde.

—Ya. A mí también se me ha hecho largo.

En el úber que los recogió para regresar a casa no hablaron mucho.

—Tu vestido es precioso —dijo Judit en un momento dado —. Y te queda muy bien.

—Gracias. Me lo pongo mucho. Me hace sentir segura.

Era la primera vez que empleaba el femenino. Judit lo miró con curiosidad.

—¿Cómo decides si vas a vestirte de hombre o de mujer cuando sales?

—No lo decido. Me pasa.

—¿Nunca tienes dudas?

—Nunca. Es algo que sabes.

—Cuando te vistes de mujer, ¿te sientes mujer?

Erik rio brevemente.

—Claro que no. Es decir, creo que no. ¿Cómo voy a saber qué siente una mujer? Me siento yo. Me siento yo siempre, cuando me visto de mujer y cuando me visto de hombre.

—Debes de sentirte muy libre por dentro para poder cambiar así.

—Mira, Judit, no tiene tanta importancia. Las mujeres estáis acostumbradas a fluir entre diferentes formas de vestir y de

comportaros continuamente. A veces adoptáis una actitud más masculina, a veces más femenina. Yo diría que sois todas no binarias.

—No sé. Nunca me he planteado nada de eso. Siempre me he sentido bien como mujer. Y me gustan los chicos.

Erik resopló y miró al techo.

—El mismo malentendido de siempre. La identidad y la orientación sexual no son lo mismo. Me parece increíble tener que estar explicando algo tan evidente a estas alturas.

—Lo siento. Tú perteneces a la alta sociedad parisina y yo soy una chica corriente de Elche de la Sierra. Hay muchas cosas evidentes que no sé.

—No intentes hacerme sentir mal —dijo Erik sonriendo—. Me encanta ser una esnob y no me siento nada culpable por ello.

—Y a mí me encanta tu sinceridad —contestó Judit devolviéndole la sonrisa.

En un gesto inusitadamente cálido, Erik le cogió la mano y se la apretó. Siguieron así mientras el coche rodaba por el centro casi desierto de París. Durante unos minutos no hablaron.

—¿Qué pasa con los bolsos? —preguntó Judit—. Me he fijado en cómo los miran. Es como si el bolso te llevase a ti, en lugar de llevarlo tu a él.

—Querida, los bolsos gritan quién eres y lo que vales. Al menos, es así para mucha gente. Qué pasa, ¿estás pensando en comprarte uno bolso «de esos»? Tú puedes permitírtelo, me imagino.

—¿Cuánto cuestan?

—Bueno… Un Birkin puede andar por los treinta mil. Eso es el top. Los de Chanel son más baratos. Aunque yo me iría a un Céline de la época de Phoebe Philo, si realmente quieres que te tomen en serio.

—Ni en sueños voy a gastarme treinta mil euros en un bolso. ¿Estás loco?

—También puedes conseguirlos más baratos si son *reused*. O sea, utilizados.

—De segunda mano.

—Sí. Aunque eso no suena bien. Nosotros decimos *preloved*. Amados previamente.

—Suena como si los hubiesen abandonado sus amantes.

—Sí, algo así. Mira, tengo una idea. Mañana te llevo a Resee. Tienen un hospital de bolsos. Y también otras prendas *preloved*, todas magníficas. Catherine Deneuve les vendió casi toda su colección. Imagínate.

—No me interesa mucho la ropa.

—No seas condescendiente. Estás en París. Te pagan un apartamento en el muelle de Orsay para que muestres al mundo la vida parisina. No tienes que comprar nada si no quieres, pero necesitas ver ese lugar. Mañana tengo libre la mañana. Te recojo a las once y echamos un vistazo.

—De acuerdo.

El úber se detuvo ante la puerta del edificio de Judit. Erik continuaba hasta el hotel Crillon. Además de trabajar allí, vivía en una de sus habitaciones.

Antes de irse a dormir, Judit se puso los cascos y estuvo escuchando su música. Era como una desintoxicación del aburrimiento de la fiesta. Sin pensarlo mucho, empezó a montar un vídeo con las fotos de los tejados. Quitó la música y montó sobre las imágenes el ruido de las conversaciones. Luego bajó el volumen y contó algunas de las cosas que había sentido. Volvió a subirlo, dejando que hablasen los ruidos de la fiesta. Y después, poco a poco, fundió aquel rumor con el violonchelo de Lau. Al final, durante un par de minutos, solo quedaban los tejados de París y el violonchelo.

Capítulo 8

—Es brillante. —Erik, con su atuendo negro de los días de trabajo, miraba la pantalla del móvil con una sonrisa de arrobo, a pesar de que el vídeo ya había terminado—. Judit, eres buena. ¿Por qué has perdido tu vida jugando a Minecraft? Eres realmente buena.

Se habían sentado en un banco de piedra de la avenida Victor Hugo, muy cerca del edificio de Resee. Cada uno sostenía un vaso de café en la mano. Judit quería la opinión de Erik sobre aquel vídeo de los tejados que acababa de colgar en sus redes.

—Jugar a Minecraft no fue una pérdida de tiempo. Aprendí mucho. Entonces, ¿te parece que está bien?

—Es ingenioso, melancólico y divertido al mismo tiempo. Estética impecable. Si quieres que te diga la verdad, creo que está demasiado bien. Eres una *tiktoker* con más de diez millones de seguidores, no puedes hacer cosas tan buenas.

—Te estás burlando de mí.

Erik buscó su mirada.

—No, Judit. Estoy hablando un poco a locas, es verdad, porque yo no sé nada de esos mundos en los que tú te mueves ni sé cómo son tus seguidores, pero lo que sé con seguridad es que tu vídeo es arte. Y yo no pronuncio esa palabra a la ligera.

—No les va a gustar. No le va a gustar a nadie.

—¿Lo ves? Me estás dando la razón.

—Eso no es lo que se supone que debes contestar —dijo Judit en tono de reproche—. Se supone que eres mi amigo, tu deber es animarme.

—No soy tu amigo. Me pagan por ser tu guía y tu mentor.

Como para desmentir sus palabras, rodeó los hombros de Judit con su brazo largo y bien torneado y la atrajo hacia él. Judit apoyó la cabeza en su hombro.

—Eres terrible conmigo —murmuró, cerrando los ojos.

Erik depositó un beso leve en su pelo.

—Lo sé. No puedo evitarlo.

Permanecieron así unos instantes, hasta que Judit se enderezó.

—Marian lo va a odiar. Me va a echar la bronca.

—¿Sabes a qué me recuerda? A una película de Marguerite Duras, *Son nom de Vénice*… no recuerdo el resto del título. Era la banda sonora de otra película, India Song, montada sobre imágenes de habitaciones abandonadas. O ese es el recuerdo que tengo yo. Muy impactante. Y lo tuyo igual. La fiesta y los tejados. Y tu texto. ¡Una delicia! Hasta la música es portentosa. ¿De dónde la has sacado?

—La grabé en la calle. Es de un músico que suele estar tocando en el parque que hay debajo de mi casa.

—Ten cuidado con eso. Por los derechos, los *royalties* y todo eso.

—Es un vagabundo. No creo que esté pendiente de *royalties* y cosas así.

—Pero la música que interpreta la habrá compuesto alguien, y ese alguien puede reclamar si usas su obra sin su permiso. Pregúntale al vagabundo quién es el compositor. Y, si no lo sabe, retira la música.

—Me dijo que era él.

—Ya. O sea, que tienes a Beethoven convertido en un sintecho a las puertas de tu casa. Te ha mentido, mujer. Dale dinero y sácale la verdad.

Tiraron las tazas vacías en un contenedor y llamaron al timbre de Resee. Les abrieron enseguida. Por lo visto, Erik había pedido cita.

En la puerta había una muchacha muy joven, delgada y bajita. Reconoció en seguida a Erik. Se besaron tres veces en las mejillas.

—Cuánto tiempo. Al final, el Alaïa que te gustaba se vendió. Una lástima, con lo bien que te quedaba.

—Debí comprarlo, pero me quedaba un poco justo. ¿Te gusta Alaïa? —preguntó Erik mirando a Judit.

—No sé quién es.

La muchacha la miró con una mezcla de estupor y lástima.

—Azzedine Alaïa es uno de nuestros diseñadores favoritos —aclaró Erik—. Desde que murió, nos falta algo. Sin Alaïa y con Celine sin tilde, el futuro de la moda francesa se presenta casi distópico, ¿verdad, Janine?

—Bueno… Veremos. Phoebe Philo está montando su propia marca.

—¡No perdamos la esperanza!

Judit no sabía tampoco quién era Phoebe Philo. Empezaba a cansarse de aquella conversación en clave.

—Bueno, ¿qué os busco? Han llegado unos bolsos de Hermès increíbles.

—No, bolsos no. A Judit no le interesan. Búscale algo muy especial, algo de su talla… Que se pruebe cosas.

Pasaron a un estudio con dos balcones abiertos a la calle. El crujido de las hojas otoñales agitadas por el viento se mezclaba con los ruidos del tráfico. Había largos percheros con ruedas contra una pared, varios espejos y un equipo de fotografía en el suelo. Esperaron un rato.

—Bueno, ya está —anunció Janine a su regreso—. Judit, te he dejado en el probador varias prendas de tu talla que yo creo que te pueden ir bien. Hay de todo. Chanel, Saint Laurent, Céline, por supuesto, y también algo de Missoni, The Row… A ver si algo te gusta. Sabrina no tardará en llegar, Erik. Dijo que le apetecía tomarse un café contigo.

Judit pasó al probador, que era una habitación grande con una pared entera de espejos y un sillón tapizado de brocado. Las prendas estaban todas colgadas de una barra sujeta al techo. Judit se puso primero un vestido de terciopelo negro con un ribete de encaje blanco. Se vio guapísima con él. Parecía otra.

Salió a buscar la opinión de Erik. Se lo encontró hablando en inglés con una mujer rubia de mediana edad. Se la presentó como Sabrina. Era una de las dos fundadoras de la empresa, una americana que había trabajado como estilista para la revista *Self Service*.

—Estás preciosa —dijo en inglés—. Ese corte *baby doll* te sienta muy bien. Pareces una muñequita.

—Estás muy guapa —corroboró Erik—. Si te sientes bien así.

Judit no estaba muy segura de querer parecer una muñequita. Se probó otras cosas: un vestido de punto de Chanel, un conjunto de pantalón y blusa de Missoni, un traje de Courrèges de los años setenta… Todo le sentaba bastante bien, pero se veía a sí misma disfrazada.

Al final eligió una falda plisada dorada que no tenía etiqueta y un jersey negro de cachemir reciclado. Volvió a probarse el vestido de terciopelo y le gustó más que la primera vez. Para ser prendas usadas, le parecieron muy caras, pero Erik le animó a comprárselas, y se fiaba completamente de su criterio.

Después de pagar y despedirse de Janine y Sabrina, bajaron a comer a un japonés que había cerca. El *sushi* y las *gyozas* sabían a plástico. Judit había dejado el teléfono sobre la mesa y lo miraba de reojo cada vez que aparecía un globo de alerta de sus redes.

—Vamos, míralo —dijo Erik mientras cogía la última *gyoza* con los palillos—. Te mueres de curiosidad, y yo también. ¿Qué ha pasado?

Judit recorrió rápidamente su Instagram, su TikTok y su YouTube.

—Hay muchos *likes* —murmuró—. Muchísimos.

—¿Cuántos son muchísimos? ¿Cientos? ¿Miles?

Judit levantó la mirada hacia Eric.

—Cientos de miles.

Eric emitió un suave silbido.

—No puede ser. ¿Cientos de miles? ¿Un vídeo de tejados tiene cientos de miles de *likes*? Por favor… ¡Ni siquiera había gatitos!

—No te burles. Muchos de mis seguidores le dan *like* a todo lo que cuelgo. No importa lo que sea.

—No me extraña que las marcas te cuiden como te cuidan.

Judit había vuelto a la pantalla. Estaba viendo los wasaps.

—Marian dice que quiere hablar conmigo. No sé si es buena señal. Cuando escribe así, de una manera tan escueta…

—Bueno, no pienses en tu mánager ahora. Si quieres un

consejo, yo lo primero que haría sería ir a buscar al músico. Pregúntale quién es el compositor de lo que has colgado y ponlo en los créditos.

Se despidieron en la puerta del japonés. Erik había quedado con un amigo por aquella zona, y Judit regresó caminando a su apartamento.

A pesar de que estaban a mediados de octubre, hacía calor. El sol se reflejaba en la ancha cinta del Sena y los árboles de los muelles crepitaban en el viento como hogueras rojas y amarillas.

Distinguió el sonido del violonchelo mucho antes de llegar al parque. Dibujaba una línea delicada contra el fondo bronco del tráfico.

El corazón se le aceleró un poco. Bajó las escaleras del parque demasiado deprisa. Estaba impaciente por resolver aquello. Quería hacer las cosas bien.

Lau acababa de terminar una pieza. Por primera vez, había un corrillo de gente a su alrededor. Casi todos aplaudieron, y él saludó inclinando la cabeza con una sonrisa.

Varias personas arrojaron monedas en el estuche del violonchelo. Judit esperó a que se fueran retirando. Había sacado de su bolso dos billetes de cincuenta euros. No quería que el viento se los llevara, así que se arrodilló para sujetarlos con algunas de las monedas que la gente había dado.

Cuando se incorporó, los ojos de Lau estaban fijos en ella.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó con aspereza.

Dos ancianas que se habían quedado esperando por si se reanudaba la música cuchichearon entre sí y se alejaron. Judit recogió los dos billetes de la funda y se los tendió a Lau.

—Tienes razón, dejarlos ahí ha sido una tontería. Perdona.

Lau no alargó la mano para coger el dinero.

—Es demasiado —dijo—. ¿Por qué quieres darme tanto dinero? No puedo aceptarlo.

—Pero tu música vale eso y mucho más. Acéptalo, por favor.

Se quedó con la mano tendida y los dos billetes tiesos entre sus dedos. Lau hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ya te he dicho que no. Dame un par de euros si quieres.

No pienso aceptar más que eso.

Judit arrojó los dos billetes dentro del bolso y cerró la cremallera.

—No tengo monedas, lo siento. —La voz le temblaba un poco—. Escucha, ese dinero… No te lo doy por que sí. Grabé tu música y la he utilizado en un vídeo que he subido a las redes. Tiene muchas visitas. A la gente le encanta. Justamente quería preguntarte el nombre del compositor, para nombrarlo en los créditos.

—Ya te dije que el compositor de toda mi música soy yo. No tenías derecho a utilizarla sin mi permiso. ¿Me has grabado a mí? ¿Salgo yo en el vídeo?

El tono era casi agresivo. Judit posó las bolsas de Resee en el suelo. No sabía cómo afrontar aquello.

—Tú no sales. Solo sale tu música. Y quiero pagarte por ello. Pero, si no estás de acuerdo, puedo retirar el vídeo.

—Sí. Retíralo, por favor.

—Muy bien.

Volvió a coger las bolsas y se alejó hacia un banco que estaba vacío. Se dejó caer en él y cerró los ojos. Dejó que las lágrimas le resbalaran por las mejillas. Solo quería desaparecer.

Al cabo de unos minutos, oyó pasos que se acercaban. Abrió los ojos. Lau estaba mirándola. Había recogido, y llevaba el violonchelo colgado del hombro.

Abrió su banqueta, se sentó frente a ella y le cogió una mano.

—Oye, perdóname, por favor. Soy un idiota. Sé que no lo has hecho con mala intención. Perdóname. No quiero que llores.

Judit retiró la mano con suavidad.

—Solo quería ayudarte. Tu música es maravillosa. Es lo más conmovedor que he oído. Quería que todo el mundo la oyera también. Debí pedirte permiso, pero pensé… Lo siento.

—Vale. No importa. No hace falta que quites el vídeo. Pero no me menciones, por favor. No quiero.

—Pero ¿por qué? Eres buenísimo. Si la gente te conoce, tu vida mejorará. ¿Es que quieres vivir el resto de tu vida en la

calle?

—No vivo en la calle.

—Bueno, con esa mujer. Me da igual. Vives para la música, eso está claro. ¿No te gustaría hacer lo mismo, pero que la gente lo reconociera? ¿Tocar en salas de conciertos? ¿Sacar un disco?

Lau la miró con una expresión extraña, como si él mismo se hiciese por primera vez esas preguntas.

—A lo mejor sí —murmuró—. A lo mejor sí me gustaría.

A Judit se le iluminó la cara. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

—Escucha. Yo sé algo de esto, ¿por qué no te fías de mí? Podemos colaborar. Yo puedo hacer que tu música circule, que la gente se enamore de ella.

—¿Tienes una discográfica?

—No. Soy *streamer*. Y *tiktoker*. ¿Sabes lo que es eso?

Lau sonrió.

—Sí. Claro que lo sé.

Judit sonrió también.

—Para ser un sintecho, estás muy al día.

—No soy un sintecho, ya te lo he dicho.

—Bueno, para ser un músico callejero. ¿Eso es correcto?

—Sí.

—Pues eso, que estás muy bien informado. La cosa es que yo puedo hacer que tu música se conozca. ¿Por qué no me dejas ayudarte?

Lau se echó hacia atrás en su taburete. Sus ojos permanecían clavados en Judit. Ya no sonreía.

—No estoy muy seguro de que nadie pueda ayudarme.

—Yo sí —afirmó Judit con absoluta confianza—. Por favor. Déjame intentarlo.

—¿Qué propones?

—Pues… Seguir difundiendo la música con mis vídeos. Decide tú las condiciones. El dinero… o un contrato… Puedo pagarte un piso de alquiler. O puedes venir a trabajar conmigo a mi apartamento. Hay sitio de sobra.

—¿Me estás invitando a vivir en tu apartamento?

—Bueno, yo decía a trabajar. Pero, si no tienes otro sitio

adónde ir… Es decir, cuando esa mujer te eche… En mi apartamento hay sitio, sí.

Lau la miró con incredulidad.

—Estás un poco loca, ¿no? Soy un sintecho. Un chico de la calle.

—Acabas de decir que no lo eras.

—Pero podría serlo. Podría ser un psicópata, un enfermo, un depravado… No me conoces de nada.

—Eso no es verdad. Conozco tu música. Conozco tu corazón.

—Yo no estaría tan seguro.

Judit se escurrió hacia la izquierda en el banco para ponerse en pie sin chocar con las rodillas del músico.

—Bueno, lo del apartamento ha sido una tontería, pero todo lo demás iba en serio. Piénsatelo, ¿vale? No tienes nada que perder.

Echó a andar hacia la escalera que subía a la acera. Pensó que él le diría algo antes de que estuviese demasiado lejos, que al menos le daría las gracias, pero se equivocó.

Capítulo 9

DURANTE una semana entera, llovió. La acuarela emborronada del cielo descargaba durante toda la mañana una llovizna fría y plomiza. Por la tarde se abrían algunos claros, y un sol glorioso incendiaba de destellos el cobre húmedo de las hojas otoñales… pero la noche caía enseguida y la lluvia regresaba más intensa, repiqueteando como cristal en los tejados de pizarra.

El parque junto al río se vació de música. Era inevitable. Probablemente Lau se habría ido a tocar a un lugar a cubierto, quizá alguno de los largos corredores del metro. Seguro que allí sacaba bastante más dinero que en el muelle de Orsay.

Judit pensaba en él a menudo. Lo echaba de menos. Se sentía avergonzada por su conversación con él. No podía creer que se hubiese atrevido a proponerle lo que le había propuesto. Pero su única intención había sido protegerlo, y no tenía nada de malo. A lo largo de la historia, mucha gente con dinero había cuidado y protegido a los artistas que no lo tenían. Si no, ¿cómo habría sobrevivido el arte? Judit no era ninguna experta en música, pero sabía con seguridad que lo que hacía Lau no era algo corriente, que sus piezas tenían una magia frágil y exquisita y merecían que el mundo entero las conociera. Era tan absurdo que se viralizaran contenidos sin ningún valor, como los que ella misma había colgado tantas veces, mientras algo tan bello como la música de Lau permanecía oculto… Ella no tenía la culpa, claro, pero, aun así, el contraste la hacía sentirse fatal.

Quizá para aplacar un poco aquel malestar, se volcó de lleno en el trabajo y la edición de sus vídeos. Las fiestas nocturnas se multiplicaron, y Judit se fue haciendo una experta en grabarlas y editarlas. Erik se ocupaba de facilitarle acceso a las ventanas con mejores vistas de los tejados contando con la

complicidad de los organizadores, que veían con buenos ojos la publicidad gratuita que les procuraba la joven *influencer* española.

Todas las mañanas, Judit salía bajo la lluvia a comprarse un café y un *croissant* recién hecho en la cafetería de la esquina. Desayunaba de pie bajo el toldo rojo del establecimiento, como si, de camino al trabajo, hubiese hecho un alto rápido para recobrar fuerzas. Después regresaba al apartamento y se metía de lleno en la edición. Lau le había dado permiso para utilizar sus grabaciones, pero procuraba no abusar de ellas. Algunos vídeos no llevaban música, solo el golpeteo monótono de la lluvia. Aún le quedaban algunos cortes del parque sin utilizar, pero prefería reservarlos, por si Lau tardaba en regresar.

El tiempo cambió y se sucedieron varios días de cielos despejados y frío intenso. Lau seguía sin aparecer por el parque. Fue entonces cuando Judit empezó a pensar que la culpa era de ella. La estaba evitando. Quizá había pensado que era una acosadora loca que no lo iba a dejar en paz y había decidido irse a tocar a otra parte. Lo más probable, de todas formas, era que no eligiese siempre el mismo sitio para trabajar. Iría cambiando de parque, quizá tocaría en la calle algunas veces, en el metro… Pensándolo retrospectivamente, resultaba bastante extraño que hubiese ido tantos días seguidos al muelle de Orsay. Por allí no paseaba demasiada gente. Habría sacado más dinero en alguna zona más turística. A lo mejor, después de todo, su deserción no tenía nada que ver con ella.

Aun así, se sentía abandonada. Era una estupidez, pero no podía evitarlo. Lau había sido la única persona con la que había hablado de verdad desde su llegada a París, aparte de Erik. El hecho de que viviese como un vagabundo resultaba un poco inquietante, pero todas las dudas las despejaba su música. Los verdaderos artistas a veces eligen el camino más difícil, se decía Judit con una vaga sensación de culpa. Ella siempre había elegido el camino fácil. Había renunciado a ir a la universidad para ganar dinero con sus contenidos desenfadados y un poco tontorrones que, en el fondo, a nadie le importaban de verdad. Había sido perezosa y cobarde.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Erik mientras regresaban de una de aquellas fiestas en las que todas las sonrisas eran forzadas y nadie conversaba de verdad—. Te noto apagada. No pareces la misma de los primeros días. ¿Te estás aburriendo de París?

—No es eso. Es que no estoy acostumbrada a tanta lluvia.

Iban en uno de aquellos úbers que olían a perfume caro, conducidos por un hombre que jamás se giraba para que pudiesen verle la cara.

—Te sientes sola —afirmó Erik, mirándola con insistencia.

Ese día llevaba unos pantalones dorados y un top negro que le favorecía mucho. No era ropa masculina ni femenina. Era, simplemente, el estilo Erik.

Judit intentó encontrar una respuesta, pero no se le ocurrió nada que decir.

—Escucha. Estás trabajando muy duro en esos vídeos. Necesitas un respiro. Mañana tengo la mañana libre, ¿qué te parece si hacemos una salida juntos? Te voy a llevar a uno de mis museos favoritos de París.

—¿Cuál? A lo mejor ya lo he visto.

—No lo has visto. Mañana lo verás, es una sorpresa.

Quedaron a las once en la puerta del apartamento para ir andando. Cuando Judit bajó, faltaban unos minutos para las once, pero Erik ya había llegado. Iba vestido de negro de la cabeza a los pies, como casi siempre durante el día. Sobre el jersey de cuello alto, llevaba una americana de cuero que le sentaba muy bien.

—Tienes cara de no haber dormido —le dijo a Judit después de saludarla con los tres besos de rigor.

—He dormido poco. Tanta fiesta no me sienta muy bien.

—Son condenadamente aburridas, ¿a que sí?

—Bastante.

Mientras hablaban, habían empezado a caminar en dirección a la pasarela de Senghor para cruzar el río. Un viento desapacible rizaba la superficie del Sena. El chillido de las gaviotas se mezcló con la sirena ronca de una barcaza.

—El músico del parque, el chico del que te hablé… No lo he vuelto a ver —contó Judit.

Sin aflojar el paso, Erik la miró de reojo.

—¿Y eso te disgusta?

—Es que… creo que se enfadó conmigo. Cuando le pedí permiso para usar su música en los vídeos.

—Pero te dio el permiso. Tan enfadado no estaría.

—Ya… Pero la idea no le gustaba, se notaba. Y no quiso aceptar mi dinero. ¡Con lo bien que le habría venido!

—Pues ya sabemos algo más de él. Es más orgulloso que materialista. Yo que tú, no me fiaría mucho.

—No seas cínico. —Judit sabía que no hablaba en serio—. No sé a dónde habrá ido en estos días de lluvia. Debe de ser duro para alguien que vive en la calle.

—Él no vive en la calle. Me dijiste que se alojaba en una pensión, ¿no?

—No. Una anciana le deja un cuarto. Pero me dijo que eso se podía acabar en cualquier momento.

Estaban atravesando el jardín de las Tullerías. El viento trajo a sus oídos los ecos de un acordeón interpretando sin mucho acierto *La vie en Rose.*

—Judit, estás romantizando todo lo de ese músico. No lo hagas.

—El verbo romantizar no existe, lo sabes, ¿verdad?

—En francés sí. Vamos, necesitas un baño de color.

El museo resultó muy diferente de lo que Judit había imaginado. No había cuadros enmarcados, sino dos salas ovaladas cubiertas por los grandes lienzos de nenúfares que Monet pintó para el Gobierno francés como regalo para celebrar el fin de la Primera Guerra Mundial.

Cuando entrabas en una de aquellas salas, era como estar dentro de las pinturas. Judit podía sentir la atmósfera densa y cargada de aromas del verano, el zumbido de los insectos sobre el agua estancada, pero, sobre todo, el color, los infinitos verdes y negros del agua, el verde más intenso de las hojas, las llamas rosas y blancas de las flores flotantes. Se habría quedado horas allí, fundida con aquel juego infinito de reflejos, como una rana diminuta que nunca conocería otro universo, o una carpa atrapada bajo el agua contemplando al trasluz su superficie, que para ella era el cielo.

—Gracias —fue lo único que pudo decir cuando salieron del edificio al aire desapacible del jardín.

Erik le sonrió.

—Sabía que te entusiasmaría. Normalmente, en los círculos donde me muevo, nadie vendría a ver esto. Una exposición de Rothko, a lo mejor. Basquiat, puede. Arte conceptual, por supuesto. Pero las viejas *nymphéas* de Monet… ¿Para qué? Ya no están de moda.

—Pues qué gente tan boba —dijo Judit sonriendo. No podía estar de mal humor después de aquel baño de nenúfares.

Erik tenía que volver al hotel Crillon, así que caminó sola de regreso a su apartamento. Cuando estaba cruzando de nuevo la pasarela Senghor, una débil melodía de violonchelo le erizó la piel.

Era él, estaba segura. ¡Lau había vuelto!

No le importó que la vieran correr por la acera del muelle. Necesitaba correr. Temía que, si se retrasaba un segundo más de lo imprescindible, la música y Lau se disolvieran, como la carroza de Cenicienta al sonar las doce.

Lo vio desde las escaleras, una figura sentada entre los árboles, en el sitio exacto donde se solía instalar siempre. Se detuvo un instante a recobrar el aliento y caminó más tranquila hacia él.

Lau dejó de tocar cuando la vio y una sonrisa encantadora iluminó su rostro.

—Esperaba que vinieras —dijo.

Ella también sonrió.

—Te he echado de menos —murmuró, casi para sí misma.

—Yo también a ti. Estaba dispuesto a tocar todo el día, hasta que aparecieras. Y toda la noche, si hacía falta.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—Bueno… Fui un idiota la última vez. Y después… He estado muy confuso. Pero quería decirte que… he visto tu vídeo y es fantástico. Me encanta cómo has vestido mi música.

Judit lo miró con auténtica sorpresa.

—¿En serio? Pero ¿cómo has podido encontrarlo? No pensé que tuvieras móvil. En tu situación…

—¿Lo dices por lo de tocar en la calle?

—Sí. Pensé que alguien que tiene que pedir para vivir, no tendría móvil.

—Todo el mundo tiene móvil hoy en día, hasta los vagabundos.

Judit se sintió un poco tonta por haber hablado tan a la ligera de la situación de Lau. No debía de ser agradable para él.

—He estado pensando en lo que me propusiste —dijo el músico—. Lo de colaborar.

—Ah… ¿Y qué has pensado?

—Que sí. Que quiero hacerlo.

Judit no estaba muy segura de lo que significaban aquellas palabras. Había olvidado los términos exactos de su propuesta.

—Podemos firmar un contrato. Puedo pagarte de la forma que te parezca conveniente.

—Yo había entendido que me ofrecías otra cosa.

—¿Qué?

Lau la miró directamente a los ojos.

—Una colaboración artística completa. De igual a igual. Trabajando codo con codo. Incluso me ofreciste tu casa.

Judit notó el rubor de sus mejillas.

—De eso sí me acuerdo —dijo.

—¿La oferta sigue en pie?

Lau sonreía, pero en sus ojos había una expresión que a Judit le pareció de súplica. Necesitaba ayuda, y se la estaba pidiendo a ella. Quizá fuese una locura, pero no iba a negársela.

—La oferta sigue en pie —contestó seria—. Si quieres, puedes venir.

OTOÑO DE 2022

Lau

Capítulo 10

AQUELLA noche, acurrucado de lado bajo el edredón de su nueva cama, Lau pensó que nunca había dormido tan cerca del río. Amaba el Sena; la luz plateada de sus aguas no se parecía a ninguna otra luz del mundo. Por eso se había refugiado cerca cuando decidió romper con todo. Entendía a los que lo elegían como tumba líquida cuando el peso de la vida se les volvía insoportable. Él no había llegado tan lejos, pero los entendía.

Desde su ruptura con la dirección del programa de excelencia del Maurice Ravel, el tiempo parecía haberse acelerado. A veces creía que llevaba un par de horas tocando en el parque y, al observar el tono anaranjado del cielo, se daba cuenta de lo tarde que era. Casi nunca almorzaba; se olvidaba también de comer. Tenía demasiadas cosas dentro, demasiadas cosas en las que pensar como para acordarse de escuchar a su organismo.

No era un inconsciente; sabía que había renunciado a una de las oportunidades más maravillosas que pueden surgirle a un músico en su carrera profesional. Conocía lo suficiente la dureza de la profesión como para engañarse al respecto. Con dos padres violinistas de fama internacional, había experimentado en su propia piel las exigencias extremas del virtuosismo. Ni un solo sábado en el parque junto a ellos cuando era pequeño. Eso quedaba en manos de las niñeras o de su abuela Nora. Ni una sola visita al colegio, ni siquiera el día de la función de Navidad. Nunca habían tenido tiempo para enseñarle a montar en bicicleta o contarle un cuento antes de dormir. Y no los culpaba. Desde pequeño, había aprendido a admirar su entrega casi religiosa al instrumento. Su único deseo era formar parte de aquello tan valioso para las personas que más amaba. Le habían regalado su primer violín cuando tenía tres años, y casi el mismo día empezó a comprender el

significado de la palabra «sacrificio».

Ellos no habían entendido su espantada, y no los culpaba. Aquel programa podría haberlo catapultado a una plaza de solista en una orquesta de primer nivel, podría haberlo convertido en el Yo-yo Ma de su generación. Después de tantos años de esfuerzo, habría sido el impulso decisivo para hacer realidad sus sueños. Solo que aquellos sueños no eran suyos en realidad, nunca lo habían sido. Él no quería ser el mejor. Solo quería hacer música. Que le dejasen hacer la música que le sonaba dentro, pararse a escucharla, a sentirla, a escribirla. Y eso no podías hacerlo si tenías que repetir una pieza ocho horas al día hasta interpretarla a la perfección. No era compatible.

Se preguntó dónde estarían ellos ahora. La gira asiática incluía un montón de nombres de ciudades difíciles de pronunciar. Como siempre, no se fijarían en si la comida era mejor o peor que en otros sitios, ni en la decoración del hotel, ni en el olor a fritura y a especias de los mercados callejeros. Los atravesarían sin prestar atención, charlando animadamente sobre aquel calderón que al oboe se le había alargado un poco de más, sobre la falta de experiencia de los nuevos en la sección de viento, sobre la magia de la pieza de Saint Saens que habían empezado a ensayar… De tanto escuchar su propia música, habían perdido la capacidad de oír la maravillosa cacofonía del mundo.

Tardó mucho en dormirse; extrañaba la nueva habitación, aquel silencio desconocido, diferente al de las noches en casa de su abuela. A la mañana siguiente se despertó bastante tarde. Olía a café.

Su habitación tenía un baño propio. El agua de la ducha estaba muy caliente y le golpeaba con fuerza. Cerró los ojos y tarareó una de sus propias piezas. Le parecía estar observándose en una pantalla, como si fuese un personaje de una película. Un vagabundo, como creía Judit. Un nómada. Un loco.

Se puso la misma ropa del día anterior y bajó a la cocina. Judit estaba fregando una taza. Llevaba unos vaqueros y una camiseta blanca de manga larga. Siempre le sorprendía su

fragilidad, la delicada armonía de sus facciones.

—Buenos días —le dijo ella sonriendo—. ¿Has dormido bien?

—Muy bien —mintió.

Una mentira más. Le sorprendía que le saliesen con tanta facilidad. No tenía práctica, era algo nuevo para él. Se preguntó si alguna vez llegaría a acostumbrarse.

—A lo mejor tendríamos que salir de compras. Necesitarás cosas. —Judit le sonrió con timidez—. Puedo preguntarle a Erik por un buen sitio de ropa de chico… Aunque no, mejor no. Me haría demasiadas preguntas.

—¿Quién es Erik? —preguntó Lau.

—Es la única persona que conozco aquí en París. Bueno, conozco a mucha gente, voy continuamente a fiestas y Erik me presenta a todo tipo de personas… pero, cuando se acaba la fiesta, esas personas desaparecen. Como mucho, me las vuelvo a encontrar en otra fiesta… Y eso es todo. Aquí, todo el mundo pasa de mí.

—¿Aquí? ¿Y en otros sitios no?

Ella se echó a reír.

—No, en otros sitios no. Quiero decir, en España. En España y en Latinoamérica soy bastante famosa.

—Eres *youtuber*, ¿no?

—Últimamente, más bien *tiktoker* y *streamer*. Aunque estos vídeos que estoy haciendo aquí en París están funcionando muy bien en YouTube. ¿Quieres un café? He bajado a comprar *croissants*.

—Sí, gracias. Los *croissants* de París son los mejores del mundo.

Judit estaba echando café en grano en una cafetera. Le daba la espalda, pero se volvió a mirarlo.

—¿Cómo sabes que son los mejores del mundo? —preguntó —. ¿Has probado los *croissants* de otros sitios?

Lau se mordió el labio inferior.

—Supongo que no —contestó alegremente—. ¡Me has pillado!

El rugido del molinillo de la cafetera los obligó a callarse. Siguieron otros sonidos igual de molestos: la cafetera

calentando el agua, haciéndola pasar sobre el café, vertiendo dos chorros marrones en la taza de cristal…

Judit le tendió la taza. Después, puso los *croissants* en un plato y los dejó junto al café. Se sentó frente a él.

—Tendremos que pensar en un método de trabajo —dijo—. Pero no hay prisa. Lo principal es que te acostumbres a esto… que te sientas a gusto.

«Debe de pensar que nunca he vivido en un piso con agua corriente y cafetera», pensó Lau, divertido.

Judit había arrancado la punta de un *croissant* y estaba degustando un pedacito con los ojos cerrados. «Esto es justo lo que me gusta de ella», pensó Lau. «Lo que me gustó desde el principio. Cierra los ojos y disfruta. Igual que hacía en el parque con la música».

Judit abrió los ojos y sus miradas se encontraron. Se sonrieron.

—¿Por qué decidiste venir a París? —preguntó Lau—. ¿Has firmado un contrato aquí o algo?

—No. No sé, fue un impulso. Tuve una mala racha. Mi novio… mi exnovio atropelló a una chica y se dio a la fuga. Me acusaron de ser su cómplice, y, después, de no apoyarle. Fue todo muy desagradable.

—Y decidiste huir.

—Sí… supongo que fue eso. Yo me dije a mí misma que necesitaba un cambio, pero sí, fue más bien una huida. Una noche, estaba sola en un hotel en medio de todo el jaleo del atropello y me puse a ver una película antigua. No sé si la conocerás: *Sabrina*…

—¡De Billy Wilder! Claro que la conozco, es una de mis películas favoritas.

—¿En serio? Yo he visto muy pocas películas de esa época. Se me hace raro el blanco y negro, no estoy acostumbrada. Pero la película me encantó y… bueno, aquí me tienes.

El tono de *jazz* que Lau tenía asignado a su abuela en el móvil resonó desde su habitación. Lau hizo un gesto pidiendo disculpas y corrió escaleras arriba a cogerlo. Antes de descolgar, tuvo buen cuidado de cerrar su puerta.

—Abuela —dijo en voz baja—. ¿Leíste mi wasap?

—Sí. Pero un wasap no es suficiente. No puedes irte de casa y dejar un wasap. Lau, ¿no te das cuenta de la situación en la que me pones? No sé ni qué hacer. Debería llamar a tus padres.

Cuando se enfadaba, Nora recurría a la potencia de voz de sus mejores años de soprano. Intimidaba.

—No, por favor. No te pongas así —pidió Lau casi en un susurro—. Estoy con una chica.

—¿Qué chica? ¿Chantal?

—No, no es Chantal. La he conocido hace poco.

—Lau… ¿y estás en su casa? ¿Te parece buena idea?

—Estamos trabajando juntos en un proyecto. Necesitamos estar juntos.

—Entonces ¿es trabajo? No te has liado con ella… ¿Es música?

—Es artista.

—Eso me suena a bailarina de cabaré o algo peor.

—Abuela, por favor, no seas rancia. No te pega.

—Es que estoy preocupada. No puedes actuar así, Lau. Nos tienes a todos en vilo.

—Vale. Escucha, esta tarde me paso a por mis cosas y hablamos tranquilos. ¿Te parece?

—Iba a salir con las de la Garnier, pero las llamaré para quedar otro día. ¿Te quedas a cenar?

—Puede. Tengo que colgar. Un beso.

Lau bajó de nuevo a la cocina con su mejor sonrisa.

—Era la mujer con la que me alojaba. He quedado en pasarme esta tarde a recoger mis cosas. Tengo ropa, aunque no mucha, así que no necesito nada.

—Bueno, como quieras. Entonces, no vamos de compras…

—No. Tengo una idea mucho mejor. Ponen *Historias de Filadelfia* en el cine Christine. ¿La has visto?

—No. Pero me suena…

—Si te gustó *Sabrina*, *Historias de Filadelfia* te enamorará. Y nos dará ideas para el trabajo. La primera sesión es a las dos… Podemos sacar las entradas y hacer tiempo tomando algo por ahí.

Capítulo 11

LAU había visto *Historias de Filadelfia* innumerables veces. Era la película favorita de su abuela, y, en su cumpleaños, habían establecido el ritual de verla después de la cena. Incluso se sabía algunos pasajes de memoria. Su preferido era aquel en el que Tracy, la sofisticada protagonista interpretada por Katherine Hepburn, regresa de una fiesta achispada por el champán y, cansada de que todo el mundo le dé consejos, le suelta al personaje de Macauley Connor, interpretado por James Stewart, una frase maravillosa y definitiva: «La edad para empezar a juzgar a los demás es… nunca».

En la oscuridad, sentado en una de aquellas butacas de terciopelo rojo del Christine que tan bien conocía, Lau sintió una paz que casi había olvidado. Más que ver la película, se dedicó a espiar en la penumbra las reacciones de Judit. Cuando se reía, se reía de todo corazón. Cuando algo la sorprendía, arqueaba las cejas con una media sonrisa interrogante bailándole en los labios. La conversación de Tracy con su exmarido, interpretado por Cary Grant, le hizo arrugar la frente con tristeza. Era su primera vez en el Christine, su primera experiencia de la película de Cukor… La envidiaba.

Después del cine se sentaron en la terraza de una *brasserie* a comerse unas *raclettes* con ensalada. Aunque hacía frío, los braseros exteriores permitían disfrutar de la comida bastante a gusto. Judit no dejaba de darle vueltas a la película.

—No entiendo por qué se meten todos con Tracy. Parece que le echan en cara su perfeccionismo, que no sea más espontánea… Pero, también que no se sacrifique. Que no transija con ciertas cosas. Me parece bastante injusto.

—Era otra época —opinó Lau—. Hoy no contaríamos esa historia, ni de esa manera. Pero sigue siendo elegante, ingeniosa… y, sobre todo, los personajes están vivos.

Lau tomó un sorbo de su café americano mientras Judit, recostándose en el respaldo, lo observaba con curiosidad.

—¿Cómo sabías lo de la película? ¿Vas mucho al cine?

—Siempre que puedo.

Judit volvió a inclinarse sobre el plato y se tomó otro bocado de su *raclette*. Parecía pensativa.

—Debes de pensar que soy idiota —dijo por fin—. No eres ningún vagabundo. Ningún sintecho.

Lau sonrió. Le aliviaba que hubiese sacado el tema.

—Es verdad. No lo soy.

Judit se cubrió la cara con las manos, avergonzada.

—Dios mío. Y yo intentando comprarte ropa como en *Pretty Woman*, pero al revés.

Lau soltó una carcajada.

—Bueno… Me ha gustado ser *Pretty Woman* por un día.

Judit se descubrió la cara y dejó caer las manos sobre su regazo. Se había ruborizado.

—Deberías habérmelo dicho.

Lau se encogió de hombros.

—No sé. Sabía que enseguida te darías cuenta. Ha sido gracioso. De todas formas, en lo esencial no cambia nada. Quiero decir… No soy un sintecho, pero es verdad que estoy solo, y que no tengo adónde ir, y que todas mis ganancias en este momento son las que he conseguido tocando en las últimas semanas en el parque.

—¿Tus padres viven?

—Sí, pero no están aquí. Mira, no tengo derecho a pedírtelo, pero, si pudiera ser… Si pudieras no hacerme preguntas… Te prometo que no te crearé problemas. Te doy mi palabra de honor.

—Vale, de acuerdo.

Siguieron comiendo un rato en silencio. Un camarero había empezado a disponer las mesas de alrededor para las cenas. Los platos entrechocaban, los cubiertos aterrizaban sobre los manteles de cuadros con un tintineo metálico.

—Puedo ayudarte a buscar un apartamento si quieres —dijo Judit—. Sería lo más normal, ¿no?

—¿Quieres echarme?

Judit miró al cielo y luego lo miró a él.

—No es eso. Pero, si no eres un sintecho, me parece un poco raro que te quedes en mi casa. Quiero decir… podemos colaborar igual…

—Puedo pagarte el alquiler, si quieres.

—No es eso. Me has dicho que prácticamente no tienes dinero.

—Pero podría conseguirlo.

—Oye, ya te he dicho que no es eso. Me estoy empezando a agobiar.

Lau asintió.

—Perdona. Soy idiota. Recogeré mis cosas y me marcharé.

—No tienes nada que recoger… aparte del violonchelo —dijo Judit sonriendo.

—Bueno, eso. Recogeré el violonchelo.

Judit pidió la cuenta y una camarera se acercó con el datáfono. No reanudaron la conversación hasta que ella se marchó.

—Acabo de salir de una mala relación —dijo Judit—. No quiero líos sentimentales.

—Vale. Mensaje recibido. Yo tampoco los quiero. ¿Crees que te quiero meter en líos?

Se levantaron y Judit cogió su bolso. Echaron a andar hacia Saint Michel.

—Sé que todo esto lo he empezado yo. Aunque no te conozco, me pareció que me podía fiar de ti… bueno, por tu música. Alguien que hace esa música no puede ser malo. Es una idea bastante infantil, supongo.

—Vaya. Siento que pienses eso, que te has equivocado conmigo. Yo no he hecho nada para que cambies de idea, espero.

—Hombre, a ver… No has sido muy sincero conmigo. Pero no es que no me fíe de ti. Es que a veces no sé cómo hay que hacer las cosas.

—Te entiendo. Yo tampoco.

Caminaron un rato en silencio. En algunas zonas, la acera se estrechaba tanto, que tenían que ir uno detrás del otro. Apenas pasaban coches.

Cuando salieron a un bulevar más amplio, caminaron en paralelo sin decirse nada. Habían llegado al corazón del barrio latino, siempre lleno de turistas.

—Mira, no quiero que te sientas mal por mí —dijo Lau—. Podemos seguir colaborando igual. Recojo el instrumento y vemos cómo quedamos.

—No hace falta. Vamos a ir día a día, ¿te parece? Tú no tienes que dar explicaciones a nadie, ¿verdad? Ni yo tampoco. Podemos hacer lo que queramos. Yo te necesito para mis vídeos. Y tú quieres colaborar conmigo. Así que vamos a centrarnos en eso y a olvidarnos de todo lo demás.

Capítulo 12

LA abuela de Lau vivía en una calle estrecha del Marais, muy cerca de la *place* des Vosges. Un tapiz de hiedra de Virginia cubría la fachada del patio interior. Cuando Lau llegó ya había anochecido, y los focos artísticamente incrustados entre los guijarros blancos del jardín japonés iluminaban los tonos cobrizos de la hiedra, cuyas hojas se agitaban suavemente.

El frescor del patio contrastaba con el calor sofocante de la casa, que albergaba en sus pequeños salones un batiburrillo de objetos de todo el mundo que Nora había ido reuniendo en sus giras operísticas: caracolas del Pacífico, máscaras africanas, pequeños muebles taraceados de la india, una balalaika y una colección de muñecas antiguas…

Nora esperaba a su nieto tomándose un té de cúrcuma en su inmaculada cocina. Se levantó a abrazarlo cuando entró.

—Huele bien —dijo Lau señalando la taza—. ¿Hay para mí?

—Claro, ahora mismo te lo preparo. —Nora puso la tetera de hierro al fuego y le tendió una bandeja de *macarons* de colores. Toma, los he comprado esta tarde en Carette.

Lau cogió un dulce de color morado, se metió la mitad en la boca y se sentó a paladear los sabores mezclados de la almendra y la mora con los ojos cerrados, como habría hecho Judit. Al abrirlos de nuevo se encontró con la mirada preocupada de su abuela.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué ha pasado?

—Nada. He empezado un proyecto con una chica que hace vídeos. Vídeos de YouTube.

—Creía que tú te reías de esas cosas.

—No me río. Hay de todo, abuela. En YouTube también se pueden hacer cosas interesantes.

—O sea, que es a lo que te vas a dedicar ahora. Vas a ser *youtuber*.

—¡No! Abuela, yo ni siquiera voy a salir en los vídeos. Solo va a salir mi música.

El pitido de la tetera hizo que Nora se levantara. Vertió el agua sobre la taza, que ya tenía preparado un filtro con una mezcla de rooibos y cúrcuma. Regresó a la mesa, puso la taza llena delante de Lau y se sentó a terminar la suya.

—Entonces, es un proyecto musical —resumió.

—Sí, puede decirse que sí.

—Bueno. Me alegra saber que la música sigue siendo importante para ti.

Lau chasqueó la lengua. Le agotaba tener que repetir una y otra vez las mismas explicaciones.

—Nunca he dicho que quisiera dejar la música. Solo quería dejar el programa del Ravel.

—Y tocar en la calle. Ya, Lau, ya lo sabemos. Intento no perderme, solo eso.

Bebieron cada uno de su taza. La lluvia había comenzado a golpetear el cristal.

—Es una chica que no sabe nada de música —empezó a explicar Lau atropellándose un poco al hablar—. No sabe nada de arte, no ha vivido en ese mundo. ¡Hasta hoy, no había visto *Historias de Filadelfia!*

—La están poniendo en el Christine esta semana…

—Sí. Hemos ido juntos. Le ha encantado.

La abuela miró hacia el techo y meneó la cabeza, sonriendo.

—Me dices eso para que me caiga bien. No cuela.

—Te caerá bien cuando la conozcas. Me ofreció un techo. Creía que era un vagabundo.

Aquello sí hizo reír a Nora. Echó hacia atrás la cabeza y estalló en carcajadas. Parecía más joven al reírse, a pesar de las arrugas que se le formaban alrededor de los ojos. Cuando se calmó, miró a Lau con una chispa burlona en los ojos húmedos.

—La habrás sacado de su error.

—Sí. Bueno, a medias.

Nora se puso seria de nuevo.

—¿Cómo que a medias? ¿Qué le has dicho?

—Que me siento solo y perdido. Eso es verdad.

Lau captó la punzada de tristeza en el rostro de su abuela.

Alargó la mano para posarla sobre una de las suyas.

—No te pongas triste. Estoy mejor. Estoy animado con este proyecto.

—Es que me da tanta pena… Un talento como el tuyo…

—Abuela… ¡No me he muerto! ¡Sigo aquí!

—Ya, ya lo sé. Todos hemos sido muy brutos contigo. Te hemos presionado. Tus padres están destrozados. No saben cómo arreglarlo. Ayer hablé con mamá. Está pensando en venirse antes de que termine la gira.

—¿Por mí? Dile que no lo haga —pidió Lau alarmado.

—Díselo tú. ¿Por qué no le coges el teléfono?

Se hizo un breve silencio.

—Le contesto a los wasaps.

—Lau, están preocupados. Te quieren. Puede que no hayan estado siempre cuando los necesitabas, pero lo han hecho lo mejor que sabían. No se merecen que los castigues así.

—Yo no los castigo. No quiero que se sientan mal.

—A mí me parece que eso no es verdad. Una parte de ti quiere que se sientan culpables.

Lau mordisqueó un *macaron* de chocolate mientras sopesaba la cuestión.

—No sé. Si lo hago, es inconsciente.

—Pues no lo hagas. Es mezquino —dijo Nora—. Y tampoco se lo hagas a Chantal.

—¿Crees que he sido mezquino con Chantal? ¡Fue ella la que rompió!

—Le dijiste que te dejase en paz, que desapareciese de tu vida.

—¡Porque yo no quiero vivir así! No quiero ir a sus desfiles, ni a sus restaurantes, ni a las fiestas de sus amigos. París no es eso para mí. Me gusta sentirme un extraño aquí, es lo que me gusta.

—Mira, yo creo que ella lo ha entendido. Estuvimos hablando. Le estuve explicando lo que significa para ti la música, igual que para tus padres, o para mí. Es como una religión, un espacio sagrado en tu vida que no se puede sacrificar por cualquier tontería. Es normal que quieras proteger ese espacio. Todos hemos captado el mensaje, y ella

también.

—Pero ¿cuándo has hablado con ella? ¿Te llamó?

—Me la encontré en Carette el otro día. Ya ves qué casualidad.

Sí, pensó Lau, una casualidad bastante sospechosa. Chantal sabía que su abuela se abastecía de dulces en aquella pastelería de la *place* des Vosges. Él mismo le había contado que no dejaba un solo día de visitarla.

—Es una chica encantadora. Demasiado guapa para mi gusto, y demasiado alta. Las modelos siempre me han hecho sentir pequeñita. Pero te quiere, se nota.

—Déjalo, abuela. No es verdad que me quiera. Lo que pasa es que no le gusta perder.

—Pero tú estabas loco por ella…

—Estaba. En pasado.

Lau se puso en pie. No quería seguir con aquella conversación. Se fue hacia su habitación, y Nora lo siguió por el pasillo.

—Te he metido todo lo que me dijiste en la maleta pequeña. Por lo menos, me dejarás una dirección…

—No hace falta. Tienes mi teléfono.

Cogió la maleta. Nora se quedó bloqueando la puerta. Su rostro apenado entristeció a Lau. La rodeó con sus brazos y la estrechó contra su pecho. Siempre le sorprendía lo frágil que era. Parecía imposible que aquel cuerpo tan delicado pudiese producir en el pasado los cristalinos agudos que la habían hecho famosa.

—Hablaré con mamá y contestaré siempre que me llames —prometió.

—Eso espero. Y come. Has adelgazado mucho. No me extraña que esa chica te tomase por un vagabundo.

Mientras bajaba en el viejo ascensor de madera, Lau oyó como Nora cerraba la puerta de su casa. Unos segundos después, le llegaron los ecos de la obertura de *Tristán e Isolda*. Ella seguía escuchando sus viejos discos de vinilo. No había querido acostumbrarse a la pobreza del sonido digital.

Capítulo 13

APOYADO en la barandilla de la terraza, Lau contemplaba la cinta sedosa del Sena y los árboles cobrizos al otro lado, en el jardín de las Tullerías. La taza que tenía en la mano aún contenía algo del té que se había preparado para desayunar. Se sentía mejor que en mucho tiempo. Se sentía en casa.

Había oído regresar a Judit a eso de las tres de la mañana. Las fiestas de los sábados solían ser más largas y aburridas de lo normal, lo sabía por experiencia. Estaría cansada todavía, pero no podía esperar más. El concierto de Saint Eustache comenzaba a las once. Si querían llegar, tenía que despertarla.

Regresó al interior del apartamento, dejó la taza en la cocina y fue a llamar suavemente a la habitación de Judit. No obtuvo respuesta.

Abrió despacio la puerta y se oyó un leve crujido. Judit estaba arrebujada en posición fetal sobre la enorme cama con la mano izquierda sobre la almohada. Debajo de la mano había algo pardo y rojo… ¿qué era? Lau se acercó un poco. Era una hoja de arce tejida a *crochet* en una gradación de colores otoñales. Quizá un recuerdo familiar…

Aunque estaba quieto sin hacer ruido, Judit debió de notar su presencia, porque se giró en la cama y se incorporó con ojos soñolientos.

—¿Qué haces ahí? —preguntó, más desconcertada que asustada.

—Perdona. Venía a despertarte. Hoy hay concierto en Saint Eustache. El *Réquiem* de Fauré. No nos lo podemos perder.

—¿Ah, no? Vale, me ducho enseguida.

Sacó las piernas de debajo del edredón y buscó las zapatillas con los pies.

—¿Te preparo tostadas y café o prefieres desayunar por el camino?

—Tostadas y café está bien. Pero espera cinco minutos o se me enfriarán.

Con Judit todo era sencillo, pensó Lau mientras regresaba a la cocina a preparar el desayuno. Justo la paz que él necesitaba. Un lugar donde mirar el río, un piano, su chelo, silencio y una presencia comprensiva y amable que respetaba su espacio. Era como haber abierto un grifo de ideas musicales en su interior, o, mejor, como si el agua estancada de una presa al fin hubiese encontrado una grieta por donde fluir. Un par de compases se dibujaban en su cabeza, se abrían como un botón de amapola y desplegaban la desaliñada corola roja de varias líneas melódicas posibles, y entonces podía elegir entre conservar aquella versión salvaje y desordenada de su idea o transformar la amapola en rosa cincelando sus pétalos…

Pensaba en todo esto mientras Judit, ya duchada y vestida, desayunaba la tostada con mermelada de naranja que le había preparado.

—¿Qué vamos a escuchar? —preguntó Judit—. ¿Es violonchelo?

—No. Es el *Réquiem* de Fauré. Música para despedirse de la vida.

—No suena muy alegre.

—A mí me parece alegre, o, por lo menos, reconfortante.

Llegaron a la iglesia de Saint Eustache cinco minutos antes de que comenzase el concierto. Se situaron bastante atrás. Lau quería salir en cuanto terminara para no tener que saludar a ningún conocido. La gente hablaba en voz baja, se oían toses y los crujidos del programa de mano.

—Normalmente, las misas fúnebres suenan bastante apocalípticas, pero la de Fauré no —le explicó a Judit en un susurro—. Él no veía la muerte como algo tétrico, sino como algo luminoso, esperanzador.

—¿Era muy religioso?

—A su manera, supongo. El caso es que trató la secuencia tradicional de este tipo de misas con mucha libertad. Eliminó la pieza más tenebrosa, el *Dies Irae*. E incluyo una parte dedicada al Paraíso, algo que no es típico de un réquiem, sino del oficio de Difuntos. Creo que van a interpretar el arreglo

original, con menos instrumentos que en las interpretaciones más conocidas… Mira, ya salen.

Los aplausos del público reverberaron en las bóvedas góticas de Saint Eustache. Se produjeron las últimas comprobaciones de la afinación y después, tras un breve silencio cargado de expectación, estalló la música. El ataque profundo de las cuerdas y, por encima, la transparencia elevada de las voces. Hasta que las cuerdas se hundían en los graves y las voces, cada vez más cristalinas y dulces, entonaban una melodía que parecía una pregunta. Después entraban los vientos, los chelos se volvían poéticos, nacían los violines, las voces masculinas dialogaban con ellos, tomaban el relevo las voces femeninas entrelazándose de nuevo con los chelos, y por fin todos clamaban a la vez, todo el coro junto, todos los instrumentos…

Lau dejó que la música inundase hasta el último resquicio de su ser. Estaba en un mar de música y las olas le golpeaban y no había nada más. En algún momento tuvo que emerger a tomar aire. Volvió a percibir la penumbra perfumada de incienso de la iglesia, las nervaduras de las bóvedas, las figuras de los espectadores envueltas en sus abrigos (a casi todos los veía de espaldas) y, a su lado, la respiración suave y agitada de Judit. La miró de reojo. Tenía los ojos muy abiertos, pero se dio cuenta de que no estaba viendo realmente lo que tenía delante, sino lo que la música hacía nacer en su imaginación.

Así permaneció los siguientes minutos, yendo y viniendo entre la concentración absoluta y una escucha distraída cada vez que observaba a Judit. Cuando llegó el *Pie Jesu*, las lágrimas empezaron a resbalar por el rostro de la chica, y Lau sintió que eran sus propias lágrimas.

Durante el camino de regreso a casa, no hablaron. Fue ella quien tomó la iniciativa de darle la mano. Y así fue como hicieron todo el trayecto, con las manos entrelazas como si fueran novios. Tal vez lo eran…

Esperaron a estar en el ascensor para darse su primer beso. No intentaron ir despacio. Habían llorado juntos con la música, no tenían dudas.

Fue tan distinto, tan distinto a Chantal… El cuerpo de Judit se pegaba al suyo, sus dedos le recorrían el arco de los brazos

erizándole la piel, mientras él la aferraba por la cintura y la levantaba, y se la llevaba en volandas a su pequeño cuarto, no a la cama enorme de ella con su hoja de otoño de *crochet* en la almohada, sino a su cuarto prestado, más oscuro y pequeño, la depositaba con suavidad en la cama y se entregaba por completo a su deseo, a su manera natural y delicada de hacer el amor.

Capítulo 14

JUDIT tenía otra fiesta aquella tarde, una inauguración en una galería de arte de Saint Germain. Le preguntó a Lau si quería acompañarla. Él la besó en los labios y le contestó que prefería quedarse componiendo.

Antes de que el úber pasase a recogerla, Lau la oyó hablar con su madre sentada en la terraza. Contestaba a lo que le preguntaban con monosílabos o con frases breves. No daba mucha información. Cuando su padre se puso al teléfono, un par de veces la oyó reír. Pero después de colgar, tenía una expresión más bien triste.

—¿Pasa algo? —le preguntó Lau.

—No, están bien. Todo está como siempre.

Judit llevaba puesta ya la ropa de la fiesta: una preciosa falda dorada que destacaba la estrechez de su cintura y un jersey negro.

—¿Te llevas bien con ellos? —preguntó Lau.

Judit se encogió de hombros sonriendo.

—Normal, no tenemos problemas. Me han apoyado bastante.

—¿Bastante? No suena a que les entusiasmase.

—A ver, ellos habrían preferido que estudiase algo de prestigio, como mi hermana. Está estudiando Medicina en Valencia. Siempre ha tenido mucha fuerza de voluntad. No es un paseo para ella, pero está sacando la carrera curso a curso.

—¿A ti no te gustaba estudiar?

—No se me daba mal, pero era un poco vaga. Y enseguida empecé con esto… Mi padre siempre dice que he sido muy lista eligiendo el camino fácil. A él no le gusta nada su trabajo. Es corredor de seguros… Y mi madre es maestra. Bueno, tengo que irme. No me esperes levantado, Erik me dijo que acabaríamos tarde.

Lau la acompañó a la puerta y, después de cerrarla, se fue directo al piano. Tenía mucho que hacer. Había traído un cuaderno de música de casa de su abuela y necesitaba probar unas cuantas ideas. La amapola de melodías deslavazadas podría o no convertirse en rosa. Se sentía centrado y alegre, sabía que la pieza ya había empezado a germinar en su cerebro, que solo tenía que dejarla crecer.

Las siguientes horas se le pasaron volando. Probaba una idea con el piano o con el chelo, le daba un par de vueltas ensayando distintas opciones y, cuando estaba más o menos seguro, dibujaba las notas, los silencios, las barras de compás. Escribir en pentagrama le gustaba mucho. Era como guardar una flor silvestre en papel de acuarela doblado y prensarla dentro de un libro.

No miró el reloj cuando oyó la llave de Judit en la puerta. No quería desconcentrarse. Ella entró casi de puntillas, le lanzó un beso y ni siquiera le preguntó qué estaba haciendo. Lo sabía.

Se quedó hasta bien entrada la madrugada terminando la pieza. Era el primer movimiento de una sonata para piano y chelo, algo muy estructurado al estilo tradicional, pero con su sonido, el que llevaba meses intentando atrapar dentro de su cabeza. Oyó ruido de platos en la cocina, pasos, la cadena del váter, pero nada de eso le desconcentró. Había grabado algunos *loops* con el móvil y trabajó sobre ellos. A esas horas ya no podía probar nada nuevo, habría despertado a los vecinos y a Judit.

Cuando se acostó, ya estaba amaneciendo. Pocas veces se había sentido tan agotado… y tan feliz.

Eran más de las dos de la tarde cuando se despertó. En el apartamento no se oía el menor ruido. A lo mejor Judit había salido. Lau se quedó un rato holgazaneando entre las sábanas sin pensar en nada concreto. Se adormiló un rato más. Fue regresando poco a poco a la conciencia y se sintió vagamente culpable. No podía quedarse allí tumbado todo el día…

En un gesto maquinal, cogió el móvil y abrió wasap. Tenía un mensaje de Chantal. Era de la noche anterior.

Qué pequeño es París. Esta tarde he conocido a Judit.

Es encantadora.
¡La he invitado a comer esta semana!

En la cocina, Judit se había puesto un delantal negro y estaba cortando tomates y pimientos. Había agua hirviendo en el fuego y un paquete de tallarines sobre la encimera. Se volvió al oír a Lau y le dedicó una sonrisa llena de luz.

—Aunque no te lo creas, me encanta cocinar, y no lo hago demasiado mal. Cosas sencillas, la pasta se me da bien. Bueno, ¿qué tal? ¿Has descansado?

Lau sonrió brevemente y huyó hacia la cristalera de la terraza.

—Sí, muy bien, gracias —contestó con la vista fija en el cielo plomizo—. He compuesto un movimiento que… yo creo que me gusta. Podría ser el principio de algo.

Judit se le acercó por detrás y lo rodeó con sus brazos. Lau se puso rígido, y ella lo notó.

—Perdona, no quería asustarte —se disculpó.

Regresó a la tabla de las verduras y siguió cortando. Las manos le temblaban un poco, Lau se dio cuenta.

—Es solo que, cuando estoy componiendo, tengo los nervios a flor de piel —se justificó.

—No pasa nada —contestó Judit sin volverse. Pero Lau sabía que la había herido. Lo notaba en su cabeza inclinada sobre la encimera, en la espalda ligeramente encorvada.

—¿Qué tal la fiesta? ¿Estuvo bien?

Judit se encogió de hombros.

—Normal. Pero conocí a una chica muy maja. Es modelo, ha desfilado para Chanel varias temporadas. Estuvimos hablando mucho rato. Es la primera vez desde que estoy aquí que alguien se interesa por hablar conmigo en una fiesta… aparte de Erik.

Lau no le preguntó cómo se llamaba la modelo en cuestión. Lo sabía de sobra.

—¿Sabía algo de ti? —preguntó—. Quiero decir… de tu trabajo, de tus vídeos…

—Pues sí. —Judit se volvió a mirarlo un instante. Estaba sonriendo de nuevo—. Me quedé a cuadros. Había visto el vídeo de los tejados, el que lleva tu música. Me dijo que era

Arte con mayúsculas. Se notaba que estaba exagerando a propósito, pero se lo agradecí. Me paso el día en esas inauguraciones, en esos sitios llenos de artistas a los que me lleva Erik, y todos hablan de su obra, hablan convencidos de que lo que hacen es muy importante, es el centro del universo, y no te digo que no lo sea, pero ahí estoy yo y no digo nada, nadie me pregunta nada. Erik intenta alguna vez hablar de lo que hago, y le escuchan, alguien dice algo educado, o directamente hacen una broma y se ríen y pasan a otra cosa. Una *influencer*… por favor… Solo les falta taparse la nariz para no contaminarse con la peste que desprendo. Así que, bueno, para una vez que alguien se toma la molestia de intentar que me sienta bien, no me voy a quejar.

Mientras hablaba, Judit había puesto una sartén al fuego con un chorrito de aceite. El salón se llenó de olores penetrantes cuando arrojó en ella la cebolla y los pimientos cortados.

—Me alegro de que lo pasaras bien.

—No sé. Me parece que esa chica, Chantal, quiere adoptarme o algo así. Es una cosa que me pasa mucho. Me salen madres por todas partes. Gente que me da consejos, que me dice cómo hablar o cómo hacer los vídeos, cómo vestirme, cómo tratar a los medios… Menos mal que Marian, mi mánager, no es así. No lo soportaría.

—Entonces no es tan agradable, esa Chantal.

—No es eso. Es agradable, pero creo que quiere enseñarme a vestir bien o algo parecido. Me ha invitado a comer en su apartamento, ¿qué te parece? El martes. Y luego quiere que vayamos juntas de compras.

Lau cerró un momento los ojos. No sabía qué hacer. Podía escribir a Chantal y exigirle que parase, que no utilizase a Judit para acercarse a él. Ni siquiera entendía cómo los había relacionado. Pero, en el fondo, sabía que no se decidiría a hacer nada. No podía arriesgarse a escribir a Chantal, a que la pesadilla empezase de nuevo.

Abrió los ojos de nuevo, intentó recomponerse.

—¿Te ayudo? —preguntó—. ¿Qué puedo hacer?

Ella acababa de echar los tallarines en el agua hirviendo de

la olla.

—Pon la mesa —dijo—. Esto tarda siete minutos. Los platos están ahí, a la derecha…

Mientras él colocaba los platos sobre el mantel rojo, Judit puso las servilletas y los cubiertos. Se movían el uno junto al otro, pero evitaron rozarse. Y Lau se preguntó si, en aquel momento, Judit se estaría sintiendo tan perdida como él.

Capítulo 15

DEBERÍA haberle contado a Judit lo de Chantal aquel mismo día. Tendría que haberle dicho que habían salido juntos más de medio año, que al principio no podía mirarla de frente de lo mucho que le turbaba su belleza, que desde el primer momento supo que se harían sufrir, que ella quería convertirlo en alguien que él no quería ser, que las discusiones eran absurdamente violentas y dolorosas, que le habían ido minando la fe en sí mismo, la energía, y que al final había huido como alguien que se fuga de un campo de prisioneros donde sabe que su vida corre peligro…

Pero, si lo contaba, si arrojaba todo aquel dolor entre Judit y él, perdería el impulso que lo mantenía trabajando con entusiasmo durante horas y horas en sus nuevas composiciones. Y Lau sabía que eso era algo frágil y precioso, algo que tenía que proteger. Además, se estaba adelantando a los acontecimientos. En realidad, no había pasado nada. Chantal se había enterado de que estaba con alguien y tenía curiosidad. A pesar de sus escenas melodramáticas y sus punzantes acusaciones, Chantal no era ninguna loca. No haría nada incorrecto, no ridiculizaría a Judit… no la veía capaz de eso.

Mucho después, cuando tuvo que irse del apartamento de Judit, él mismo se sorprendía al volver la vista atrás por lo mal que había juzgado la situación. Y lo peor era que sus errores de juicio no eran, en el fondo, más que egoísmo disfrazado. Por primera vez en meses, se sentía bien, ilusionado, casi feliz. Estaba componiendo, y necesitaba alargar aquel momento creativo tanto como fuera posible.

Al menos, se impuso un límite. Si no mezclaba lo profesional con lo sentimental, no tenía por qué sentirse culpable con Judit. Ella le había ofrecido su apartamento

porque quería música para sus vídeos. Pues bien, se la daría. Era el trato inicial y cumpliría su parte. Lo demás había sido un arrebato: se habían dejado llevar. Ella le gustaba muchísimo, le gustaba su forma de hablar, de escuchar, de emocionarse con la música o con una vieja película, sus movimientos y sus expresiones… Pero no estaba preparado todavía para empezar una relación. ¿Cómo iba a estarlo? Se había pasado más de dos meses tocando en la calle, aislado de todo su mundo anterior, a excepción de su abuela Nora. «Necesitas terapia», le había dicho mil veces su madre por teléfono. Y era cierto. Estaba roto por dentro, necesitaba ayuda. Pero no podía cargar con eso a Judit, ella no iba a convertirse en su terapeuta. Quizá en algún momento, cuando mejorase, cuando todo se fuese aclarando… Se veía con ella, no le costaba nada imaginarse su vida juntos. Pero era mejor no precipitar las cosas, no confundirlas. De momento, lo único que podía ofrecerle era su trabajo de composición, el mejor que había hecho jamás. Si alguien sabía lo que valía aquello, era el propio Lau. Y se lo estaba regalando a Judit. Le estaba dando lo mejor de sí mismo… No tenía por qué sentirse culpable.

No le hizo falta esforzarse mucho para restablecer entre ellos los límites que se habían desdibujado. Un par de besos no devueltos, una caricia sonriente que él, sin aspereza, rehuyó, una mirada interrogante que supo sostener sin perder la calma… Judit captó el mensaje enseguida. Dejó de intentarlo. No lo interrogó ni le recriminó nada, pero Lau le notaba en la cara la confusión, la humillación, y le dolía verla así.

Siguieron haciendo algunas salidas juntos. Un par de veces más fueron al cine Christine a ver viejas películas de los años treinta. A Judit le encantó *El bazar de las sorpresas*. Salió del cine con una sonrisa soñadora, como si sus propias preocupaciones hubiesen dejado de existir, y Lau, al verla así, la habría abrazado de buena gana, la habría apretado contra su pecho y le habría dado un beso apasionado y teatral como los de aquellos antiguos largometrajes, pero se contuvo.

También fueron a ver el museo de Odilon Rédon. Judit se sintió cautivada por una pintura de Buda bajo un árbol dorado,

y por las naturalezas muertas, con aquellas flores silvestres que parecían soñadas. Otro día visitaron el Museo Jacquemart-André y se imaginaron viviendo en aquellas estancias suntuosas, rodeados de exquisitas pinturas renacentistas por todas partes, y se preguntaron cómo sería el gran vestíbulo central por la noche, cuando los invitados subían al salón de baile, cómo sería la luz de las miles de velas prendidas en las lámparas proyectando sus fantasmagóricos reflejos en todas las paredes.

Cuando Judit salía a una de sus fiestas o de sus actividades promocionales, él se olvidaba de todo y se concentraba en su música. Se había llevado al apartamento el portátil y un equipo de grabación muy básico. El sonido era crudo, casi como un directo grabado por aficionados, pero eso tenía su encanto también. En cuanto terminaba una pieza, se la dejaba oír a Judit. La miraba mientras ella escuchaba con los auriculares puestos, espiaba sus cambios de expresión, cómo la música suavizaba su mirada, aflojaba la tensión en sus labios hasta arrancarle una sonrisa. O lágrimas, porque se emocionaba con facilidad… A partir de ese momento, le regalaba la pieza para que hiciese con ella lo que le diese la gana. Ella seguía grabando puertas, ventanas, tejados. Los montaba con su música y sus textos. Cada vez que colgaba un vídeo nuevo, se armaba un gran revuelo. Por lo visto, tenía legiones de seguidores pendientes de su original visión de París. Sus patrocinadores estaban muy contentos, y también su mánager.

—Me gustaría que los vieras —le dijo ella una tarde con timidez—. Ya que tu música forma parte de ellos, estaría bien que me dieras tu opinión. Dijimos que íbamos a trabajar juntos…

—Y lo estamos haciendo. Yo compongo para ti. Pero prefiero no ver los vídeos, me condicionarían.

—A lo mejor eso sería bueno, ¿no? —dijo Judit—. Que te condicionaran, que los tuvieras en cuenta al componer.

—Pero esa no es la dinámica de esta colaboración. Es justo al revés —explicó Lau—. Desde el principio, tú te has inspirado en mi música para hacer tus vídeos. Yo compongo con libertad y tú, sobre eso, montas lo que sea. Nos está funcionando, ¿no?

Así que mejor no cambiar.

—Pero se me hace raro que no quieras verlos. ¿No sientes curiosidad? —preguntó Judit mirándolo con una sonrisa que tenía poco de alegre.

—Ya los veré al final. Ahora, interferirían en mi proceso de composición —se justificó Lau.

En el fondo, no tenía ninguna prisa por ver aquellos vídeos. Amaba tanto aquella música que le estaba saliendo, que temía encontrársela «banalizada» en un vídeo de YouTube. El primero le había gustado, aunque seguramente no habría resistido un segundo visionado más crítico. Al menos, gracias a él sabía que ella no arrastraría su música por el fango. Lo que había grabado era ingenioso y elegante. Pero, por mucho talento natural que tuviese Judit, no era más que una *youtuber* de un pueblo perdido de la Mancha. No tenía ninguna formación artística, ni siquiera había leído buena literatura.

Algunas noches, cuando ella estaba fuera en sus fiestas, Lau llamaba a Nora.

—¿Estás contento, hijo? —le preguntaba su abuela—. Suenas contento.

—Porque estoy bien. Estoy componiendo.

—Parece que esa chica te está haciendo bien —le dijo en otra llamada—. ¿Por qué no la traes algún día a casa? Os puedo invitar a comer…

—No, abuela. Es solo una relación de trabajo. A lo mejor más adelante te la presento, pero ahora no. Nos desconcentraría.

—¿Y Chantal? ¿Has vuelto a saber algo?

—No. No sé nada.

Y era verdad, no estaba mintiendo. Chantal no había vuelto a escribirle, y Judit no hablaba nunca sobre su supuesta nueva amiga. A lo mejor la cosa se había ido desinflando y ya ni siquiera estaban en contacto. Chantal era muy impulsiva, pero se cansaba pronto de sus caprichos. Seguramente solo quería cotillear un poco acerca de su nueva vida. Una vez satisfecha su curiosidad, se habría aburrido. Al menos, ¡eso quería pensar!

Capítulo 16

UN jueves, después de trabajar seis horas seguidas en la última pieza, que había titulado *Arces*, Lau salió a la terraza en busca de Judit.

La encontró bebiéndose un té mientras sus dedos volaban sobre el teclado del móvil. Estaba contestando a los comentarios de sus fans. Era parte de su trabajo.

Le sonrió al verlo y le señaló la butaca de al lado. Aunque eran solo las cuatro de la tarde, hacía frío. Judit le tendió un extremo de la colorida manta de *granny squares* que la tapaba. Era lo bastante grande como para cubrirlos a los dos.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó Lau—. Es muy bonita.

—La he hecho yo. Me gusta hacer ganchillo… Bueno, *crochet*, como se dice ahora.

Lau la miró divertido.

—A veces me pareces una chica antigua, de otra época.

Judit no se tomó muy bien el comentario.

—El *crochet* está de moda —se justificó—. Hay *influs* superconocidas, se hacen CALs, *crochet along*, ¿sabes? Miles de mujeres tejiendo la misma manta en todo el mundo al mismo tiempo y conectadas en los grupos de Facebook o de Instagram…

—¿Solo mujeres?

—No sé, supongo que habrá hombres también. La mayoría son mujeres, pero no creo que echen a nadie. Si quieres participar en uno, puedo enseñarte. Con los dedos de violonchelista que tú tienes, lo pillarías al vuelo.

—No, gracias, no me gustan las competiciones.

Judit torció el gesto.

—No es ninguna competición. Cada uno hace lo que puede y ya está, no hay premios, no hay competencia. ¿Por qué tienes

que ser tan seco algunas veces?

Lau desplegó una sonrisa que sabía que la desarmaría.

—Lo siento. Soy un idiota. La verdad es que yo venía a invitarte a salir.

La expresión de Judit se relajó.

—¿Y eso?

—Todavía no has visto la ópera Garnier. No has visto el fresco de Chagall. Si te apetece, me gustaría enseñártelo.

—Me visto y estoy lista en un minuto.

Tomaron el metro, algo que rara vez hacían, para llegar con tiempo de disfrutar de la visita antes de que cerraran.

—No levantes los ojos hasta que yo te lo diga —pidió Lau mientras avanzaban por el pasillo central del patio de butacas después de pagar las entradas—. No estás mirando, ¿verdad? Vamos a pararnos aquí. Ahora. Ahora puedes mirar.

Judit inclinó la cabeza hacia atrás para contemplar el fresco. Todo su rostro se convirtió en una sonrisa. Eso era lo que Lau había ido a ver, en realidad: la cara que ponía Judit contemplando el Chagall. Él mismo miró hacia arriba intentando ver con los ojos de ella aquella bóveda de colores puros y embriagadores, aquellas figuras que flotaban en actitudes que parecían sacadas de los sueños. Se sintió turbado y feliz, flotando sin preocupaciones en medio de los rojos y los azules, los profundos amarillos, los verdes, los blancos de la pintura.

—En bachillerato, un profesor de Literatura que tuvimos nos leyó un día unos poemas de un libro que se titulaba *De una niña de provincias que se vino a vivir en un Chagall*. Se me quedó grabado el título. Eran poemas extraños, no significaban nada claro, pero te hacían sentir cosas. Me gustaron mucho.

—Buscaré el libro. Con ese título, no será difícil encontrarlo.

—¿Y qué había antes de que Chagall pintase esto? Porque el edificio es mucho más antiguo…

—Claro. Había otro fresco de un pintor muy academicista… No me acuerdo del nombre. Y sigue ahí, no creas que se lo cargaron. Está perfectamente protegido debajo del de Chagall.

—Fue muy atrevido pintar algo así en un edificio tan clásico como este…

—Desde luego. —Lau conocía bien la historia—. Chagall se entusiasmó tanto cuando se lo propusieron que no quiso cobrar nada. Lo hizo completamente gratis.

—¿Y a la gente le gustó? ¿No criticaron el cambio?

—Bueno, habría gente en contra, me imagino, pero la noche de la inauguración todo fueron aplausos. Lo sé porque mi abuela estaba aquí.

Se arrepintió nada más pronunciar esas palabras. Judit lo estaba mirando con curiosidad.

—¿Tu abuela? Nunca me has hablado de ella.

—Ya. Era soprano. Cantó muchas veces aquí, cuando esto todavía era un teatro de la ópera, antes de que inauguraran el de la Bastilla. Ella contaba muchas veces lo de aquella noche. Empezaron con un ballet de Berlioz. La araña de cristal de roca del techo estaba apagada, la gente, concentrada en el escenario. Luego tocaron la sinfonía *Júpiter* de Mozart. Cuando estaban sonando los últimos compases, la araña se encendió, y toda la gente miró hacia arriba. No te puedes imaginar el entusiasmo. Mi abuela siempre decía que parecían todos niños contemplando por primera vez un espectáculo de fuegos artificiales. Después interpretaron el ballet *Dafnis et Chloé*, con vestuario del propio Chagall.

—Debió de ser increíble ver algo así —murmuró Judit.

Lau asintió y señaló una de las imágenes de la bóveda, una mujer con un caballo. No quería seguir hablando de su abuela. Había hablado de ella en pasado, como si hubiese muerto. Se sentía fatal consigo mismo… y con Judit. Comentaron las distintas escenas y se rieron con algunas. Chagall era un soñador maravilloso, pero también se notaba que tenía sentido del humor.

Cuando salieron del edificio ya era totalmente de noche.

—Me apetece un helado —dijo Judit, casi en tono de disculpa—. Ya sé que hace frío, pero, si encontráramos un sitio…

—¿Estás de broma? En París puedes encontrar lo que quieras en cualquier época del año.

Fueron a uno de los locales de Raimó y se sentaron en una mesita de dos junto a la ventana. Lau pidió una copa de

chocolate belga con nata y almendras tostadas, y Judit se arriesgó con la última de la carta, que se llamaba Cítricos sublimes. Su cara mientras saboreaba la mezcla de helado de naranja, pomelo, limón y caramelo con la espumosa nata Chantilly era igual de entusiasta que un rato antes en la Garnier, contemplando el Chagall. A cada momento cerraba los ojos para saborear mejor aquella explosión dulce y ácida.

Una de las veces, al abrir los ojos, se encontró con la mirada pensativa de Lau. Las mejillas de Judit se cubrieron de rubor.

—No deberías mirarme así —dijo.

—¿Por qué no? —preguntó Lau sin bajar los ojos.

Se sentía desinhibido de pronto, como si hubiese bebido, aunque era solo la ebriedad del momento, de haber visto el Chagall con ella, de estar tomándose un helado con ella.

—Porque tú no quieres que pase nada y me lo has dejado bien claro. Todo es profesional. ¿No es eso?

—No, no solo es profesional. También somos amigos.

Lau ensanchó su sonrisa. No sabía muy bien qué estaba haciendo. Judit tenía razón, se había esforzado mucho en marcar distancias. Y ella le estaba mirando de un modo… Parecía perpleja, pero quizá, a la vez, un poco esperanzada.

No podía seguir por ese camino. Lo último que quería era jugar con sus sentimientos. Dejó de sonreír, intentó recomponerse.

—¿Qué tal tus vídeos? ¿Están funcionando?

Judit pareció agradecer el cambio de rumbo de la conversación.

—Pues es increíble, pero sí. Ni yo entiendo por qué. Es verdad que tenía una buena base de seguidores, pero lo que estoy haciendo ahora tiene muy poco que ver con lo de antes… No sé, el caso es que están funcionando. Los patrocinadores están encantados, y también Marian, mi mánager.

Durante unos segundos, cada uno disfrutó de su helado en silencio.

—Sobre eso, quería hacerte una propuesta —dijo Judit por fin, con los ojos fijos en los naranjas y amarillos de su helado —. Quiero que aparezcas, que te lleves el mérito que te corresponde. Que aparezcas en los créditos, que la gente

empiece a hablar de ti.

Lau sintió cómo se le contraían los músculos de la mandíbula. Dejó la cuchara sobre el plato blanco.

—Ese no era el trato. Así que no. Ni lo sueñes.

Judit lo miró herida.

—¡Pero si es por ti, Lau! No tiene sentido que no quieras ser reconocido por tu música. Eres el compositor. Tienes que aparecer. Te parecerá una tontería, pero mis vídeos te pueden abrir puertas. Yo qué sé, desde música para anuncios a bandas sonoras de videojuegos… encargos de todo tipo. Grabar un disco… ¿No te gustaría?

—No sé. No ahora. De todas formas, eso lo decidiré yo cuando me parezca el momento. No tengo por qué ir a remolque de tus vídeos.

—No es ir a remolque. Tú eres parte de esos vídeos. Eres una parte muy importante de su éxito. Es un trabajo conjunto…

—A ver, Judit, lo estás interpretando todo mal. Yo no soy parte de esos vídeos. Te he cedido mi música para los vídeos porque tú has sido muy amable conmigo, me has dado un lugar y una tranquilidad para componer, me has hecho recuperar las ganas de crear, la confianza en mi sonido. Y esa música se abrirá paso por sí sola cuando llegue el momento, no necesita ningún vídeo para lanzarla. Es más, no quiero que se vea como parte de «tus vídeos». El mundo de la música culta no tiene nada que ver con tu mundo de *influencers* y *youtubers*. ¿Entiendes? Por eso te dejo que utilices mis piezas. No tiene ninguna importancia para mí que las uses, no va a interferir con el futuro de esa música, porque lo que tú haces y lo que yo hago pertenece a mundos distintos.

Judit se había puesto muy pálida mientras lo escuchaba. Cuando él terminó, regresó con los ojos bajos a su copa de helado. En su rostro no quedaba ni rastro de entusiasmo.

—Espero que no te lo tomes a mal —dijo Lau, exaltado todavía—. Yo te estoy muy agradecido. Pero hay decisiones que tienen que ser mías y nada más que mías.

Judit continuó saboreando su helado en silencio. Tenía los rasgos tensos, el ceño contraído. A Lau le llevó unos segundos

comprender que estaba esforzándose por contener las lágrimas.

—Oye, lo siento —dijo, poniéndole una mano en el antebrazo—. Si te ha parecido mal…

Judit retiró la mano con brusquedad.

—Debes de pensar que soy muy tonta —dijo suavemente—. Muy obtusa.

—No pienso eso. ¡Para nada pienso eso! Creo que eres muy inteligente.

Judit levantó los ojos hacia él.

—Una *influencer* tonta. Lo que yo hago ni siquiera cuenta. No pertenecemos al mismo mundo.

—Judit, por favor. Haces que suene horrible. No me has entendido…

Ella se puso en pie.

—Lo he entendido muy bien —dijo—. Voy a pagar la cuenta. Creo que llamaré a Chantal. Me apetece estar un rato con alguien que no me haga sentir una basura.

—¿En serio? ¿Chantal? ¡Qué gran idea!

Lau soltó una carcajada forzada, llena de cólera mal reprimida. Seguía sentado.

Judit lo miró desde arriba, lo miró como si lo estuviese viendo por primera vez. Fueron solo unos segundos… Después, abrió el bolso, sacó dos billetes de veinte euros y los arrojó sobre la bandeja de la cuenta.

—Nadie está a tu altura, ¿verdad? Y yo, menos que nadie —dijo con una sonrisa dolida—. No lo he entendido hasta ahora. Creía que tu problema era la inseguridad, pero no es eso. Es el orgullo.

Se fue sorteando las mesas contiguas. Lau la observó mientras abría la puerta de cristal y se internaba en la noche hospitalaria de la ciudad.

—Como si no fueran lo mismo las dos cosas —murmuró.

Hundió su cucharilla en los restos de helado de Judit. Intentó saborear despacio la fría papilla de cítricos con nata. No había nada en aquella mezcla que le entusiasmara.

Capítulo 17

EN lugar de regresar directamente al apartamento del muelle de Orsay, Lau dio un largo rodeo por la *île* de la Cité y por la *île* Saint Louis. Le gustaba especialmente la tranquilidad de esta última, sus muelles silenciosos con sus farolas simétricas que se reflejaban en el Sena. Pensó que nunca había ido allí con Judit. A lo mejor, ya nunca podría hacerlo.

Se sentía un estúpido por lo mal que había manejado la situación. Había herido sus sentimientos, que era lo último que quería. Judit se tomaba muy en serio sus vídeos. Debería haberse mostrado más empático. No había hecho nada más que hablar con sinceridad, pero tendría que haberse callado algunas cosas. No tenía por qué restregarle en la cara su desprecio por los *youtubers*. Con lo mucho que Judit le había ayudado…

Al entrar al apartamento se quedó un momento escuchando en la oscuridad. Tenía la esperanza de que ella ya hubiera regresado, de que estuviera en su cuarto. Aunque, si hubiera sido así, no habría sabido muy bien qué hacer. No iba a correr a consolarla abrazándola, besándola… Eso habría abierto de nuevo aquella puerta que tanto le había costado cerrar. Y Judit no se merecía que jugase con sus sentimientos.

No tenía hambre y no se sentía con ánimos para componer, así que se fue a su dormitorio y se quedó un buen rato tendido sobre la cama mirando al techo. En un momento dado le vinieron a la cabeza sus padres. Estaban en la India esos días. Allí debía de ser varias horas más tarde. Seguramente ya era de madrugada…

Aun así, cogió el móvil, buscó el teléfono de su madre y marcó.

Cinco tonos después, cuando ya estaba a punto de colgar, oyó la voz alterada de su madre al otro lado.

—¡Lau! ¿Estás bien?

—Sí, mamá, todo bien. Tranquila…

—¿La abuela? ¿Qué ha pasado?

—Nada. La abuela está bien. Perdona, no me he dado cuenta de que allí era tan tarde.

Una mentira más. Su madre suspiró, aliviada.

—Bueno, no pasa nada. ¿Estás bien entonces? Nunca me lo coges…

—Es que he estado muy ocupado. He estado componiendo.

Eso, al menos, era verdad. Oyó una voz que mascullaba algo por detrás de su madre.

—Es papá. Se ha despertado.

—¿Dónde estáis?

—En Delhi. Mañana tenemos un concierto en el Cervantes.

—Siento haberos despertado por una tontería. Estoy bien. Solo quería deciros eso, que estoy bien y componiendo.

—Me alegro mucho, hijo. ¿Necesitas algo? ¿Te recargo la tarjeta?

—No hace falta, todavía queda la mitad del dinero. ¿Estáis bien vosotros?

—Sí. Cansados, pero bien. A partir del lunes nos tomaremos unos días. Iremos a Agra y a Jaipur. ¿Quieres que te pase a papá y lo saludas?

—No hace falta, dale un beso de mi parte. Bueno, que no os quiero desvelar. Os quiero.

—Y nosotros, hijo.

Colgó y volvió a mirar al techo. Se quedó así, sin pensar en nada concreto, hasta adormilarse.

En algún momento lo despertó un ruido. Se había quedado helado. Se apartó lo justo para abrir el edredón y deslizarse debajo. Judit estaba en la cocina. La oyó abrir el grifo, llenar un vaso. Consultó el móvil. Eran las dos de la madrugada. Los pasos de Judit le sonaron más rápidos de lo normal, diferentes. Estuvo a punto de ponerse las zapatillas y salir a hablar con ella. Solo un momento. Preguntarle qué tal lo había pasado, si estaba bien. Oír su voz.

Sin embargo, no salió. Pocos minutos después se apagó la luz que se filtraba por debajo de su puerta. Judit se había ido a

su habitación. Lo mejor sería que la dejase en paz e intentase dormirse.

El problema era que se le había ido el sueño. Empezó a dar vueltas, cambiaba de postura cada pocos minutos sin encontrar ninguna cómoda. El corazón le latía más deprisa de lo normal. En aquella oscuridad, todo le pareció de pronto extraño, hostil. ¿Qué hacía él allí, en el apartamento alquilado de una *youtuber* que se había enamorado de él sin remedio? Porque Judit estaba enamorada, lo sabía, lo supo desde aquella noche en la que se acostaron. Lo sabía, pero hasta entonces no había querido pensar en ello. Porque pensarlo equivalía a admitir que se estaba aprovechando de la situación. ¿Y todo para qué? Para seguir componiendo, para no perder el ritmo creativo… y para estar con ella. Eso también. Porque, a lo mejor, también él se había enamorado un poco, sin quererlo…

Le despertó una alerta de su móvil. Tenía un mensaje de wasap. Un mensaje de Chantal.

Abrió la app. No había nada escrito, solo un enlace a un vídeo.

Pinchó. Tejados, su música, la voz de Judit. Se quedó hipnotizado mirando. Tenía un ritmo propio. Era muy poético.

Y luego, de pronto, un plano de la terraza que se abría y lo mostraba a él al fondo inclinado sobre el piano. Un zoom sobre su imagen mientras seguía sonando la música. Se lo veía de perfil, pero con total claridad. Allí estaba, en un vídeo de YouTube, expuesto a la mirada y a la opinión de todos… Justo lo que no quería que pasase. Lo que le había pedido a Judit que no pasase. Pero a ella no le había importado.

❧ ❧ ❧

—¡Cómo has podido!

Lau acababa de abrir la puerta del cuarto de Judit y le estaba mostrando la pantalla de su móvil con el rostro rojo de ira. Ella se incorporó en la cama, todavía con restos de sueño en la mirada, pero muy despierta.

—Lo único que te pedí —vociferaba Lau—. Lo único que te pedí que no hicieras, y vas y lo haces. Te regalo mi música, te la doy gratis para que esos estúpidos vídeos tuyos se hagan

virales, pero no tenías bastante… ¡Eres… no sé ni qué llamarte! Das asco. Das pena.

Temblando de pies a cabeza, pero con una extraña determinación en el semblante, Judit fue hacia él y le arrebató el móvil de las manos. Durante unos instantes miró la pantalla aturdida.

—No entiendo —dijo—. ¿De qué conoces a Chantal? ¿Por qué te ha mandado el vídeo?

—¡Eso deberías preguntárselo a ella!

Dándole la espalda, Judit se sentó en el pequeño escritorio que tenía bajo la ventana y encendió el portátil. Abrió YouTube y durante un buen rato leyó en silencio los comentarios del vídeo que había colgado por la noche. Todavía no eran muchos, para lo habitual en su canal. Unas cuantas decenas.

Cuando terminó de leerlos, retiró la publicación. Sabía exactamente qué pasos dar, y no le llevó mucho tiempo. Lau la observaba ahogándose en su rabia, sin saber qué hacer ni qué decir.

Una vez que terminó la operación, Judit apagó el ordenador y lo cerró con delicadeza.

—Parece que te conoce mucha gente —dijo tranquila.

Alzó los ojos interrogantes hacia Lau.

—¿Qué pasa, ahora eres tú la que está enfadada? ¡Encima! —gritó él.

Se avergonzaba de aquella voz estridente, agresiva, pero estaba demasiado furioso para controlarse.

—¿Chantal es tu novia? Lo he leído en un comentario. ¿Qué clase de juego os traéis?

—No tienes derecho a interrogarme. Yo no soy responsable de lo que ha hecho Chantal. Cortamos hace más de dos meses. No sé por qué se ha empeñado en ser tu amiga y en manipularte. Porque me imagino que la idea de colgar el vídeo sería suya.

—No. Fue mía. Estábamos juntas cuando lo colgué, pero fue idea mía. Me había pasado con los *dry* martinis. No estoy acostumbrada a beber.

Judit parecía haber terminado con las explicaciones. Lo

miraba con una seriedad helada, esperando. Aunque Lau no entendía qué esperaba. ¿Una disculpa?

—Nunca te podré perdonar esto —le dijo, moderando un poco el tono de voz.

—Ya lo he retirado. Ese vídeo ha desaparecido. No tienes que preocuparte —replicó ella serena—. Ahora me voy a duchar y a vestir, porque hoy tengo reunión con uno de mis patrocinadores. Comeré fuera. Cuando venga, quiero que todas tus cosas hayan desaparecido. ¿Me entiendes, Lau? Quiero que te vayas de aquí y te lo lleves todo. No quiero verte nunca más.

—¿Me estás echando? —Lau rio burlón, incrédulo—. ¿Me destrozas la vida y luego me echas a la calle?

—No te he destrozado la vida, no seas idiota. Retiraré tu música de todas mis publicaciones. Será como si nunca me hubieras conocido. Deja las llaves aquí en la cocina, y no vuelvas a cruzarte conmigo. Por lo que he leído en los comentarios, no te faltarán sitios adónde ir.

INVIERNO DE 2022

Judit y Lau

Capítulo 18

LAS dos maletas aguardaban en medio del salón vacío a que Judit terminase su último recorrido del apartamento para comprobar que todo quedaba en orden. Una de ellas era nueva y contenía la ropa que se había comprado en Resee.

En la cocina, Erik acababa de cerrar la llave del agua. Llevaba vaqueros y una sudadera blanca, lo que le hacía parecer más joven, pero no menos elegante.

Judit lo vio consultar su reloj digital.

—Tendríamos que ir bajando. ¿Alguna última voluntad? Perdona, eso no ha sido de muy buen gusto…

—Solo quiero salir un momento a la terraza, a despedirme.

—¿Prefieres estar sola? ¿Te acompaño?

—Sí, mejor.

Al pasar junto al piano, Judit acarició brevemente la tapa cerrada. A Erik no le pasó desapercibido su gesto.

Salieron juntos al aire gélido de la mañana. El cielo estaba muy oscuro, y los pronósticos meteorológicos anunciaban nieve.

—Qué lástima no poder quedarme una semana más —dijo Judit—. París nevada debe de ser todo un espectáculo.

Tenía los ojos fijos en el Sena. Sus aguas reflejaban el gris plomizo de las nubes y parecían más oscuras de lo habitual.

—¿Por qué no puedes quedarte? Quédate, eres *freelance*, puedes hacer lo que quieras.

—No. Marian ya ha hablado con los propietarios para devolver las llaves. Y, además, quiero irme. Ya no me queda nada que hacer aquí.

—Eso es una gigantesca mentira y una gran tontería.

Judit miró a Erik. Se sonrieron.

—Tú eres la única persona de aquí a la que me da pena dejar. Vamos a seguir en contacto, ¿verdad?

—Por supuesto. Y no des por acabada tu aventura parisina. Lo que tienes que hacer es estudiar francés en serio y volver. Todavía te quedan muchos tejados que fotografiar.

—Bueno, claro que volveré… algún día.

Miraron en silencio hacia la ciudad embotada en las rutinas de un miércoles cualquiera de noviembre. El rumor del tráfico sonaba lejos.

—Hay una cosa que no te he contado —dijo Erik.

Judit siguió mirando hacia el río, hacia los árboles ya desnudos del jardín de las Tullerías.

—Aquel día, cuando me pediste quedarte en mi casa y yo vine a recoger algunas de tus cosas y a comprobar que Lau se había ido… pues… no se había ido.

Esta vez, Judit si se giró para buscar los ojos del francés.

—¿Tú también me mentiste?

—Estabas tan destrozada… No quería añadir confusión y pensé que era mejor simplificar mi relato. En realidad no mentí, porque al final se largó. No le permití quedarse.

—Le había pedido que desapareciera. ¿Cómo tuvo la poca vergüenza de quedarse?

Su voz sonaba destemplada, herida. Erik le puso una mano en el brazo.

—Yo creo que ese chico está muy perdido, Judit. Cuando yo llegué, tenía los ojos hinchados de lo que había llorado.

—Ya. Supongo que se daba mucha pena a sí mismo. Este apartamento le gustaba mucho, decía que le inspiraba para componer. Por eso no quería irse.

—Yo creo que quien le inspiraba… eras tú. Lo ha dejado bien claro. Legalmente, te ha donado todas las piezas que compuso aquí para que hagas con ellas lo que quieras. Eso no lo hace cualquiera.

—No quiero su regalo, os lo he dicho a todos. A Marian se lo he repetido mil veces. No lo quiero.

—Pues a mí me parece una lástima que hayas quitado su música de los vídeos. No digo que estén mal, tus guiones y las fotos son lo bastante potentes como para sostenerse solos. Pero esa música…

—Me dijo que mis vídeos eran estúpidos. —A Judit se le

quebró la voz—. A lo mejor lo son, pero para mí son importantes. Son lo mejor de mí. Son el camino que he encontrado para sobreponerme a muchas cosas. Así que no quiero a Lau en mis vídeos. No quiero la música de alguien que no cree en ellos.

Se frotó las mangas del jersey con las manos, helada.

—El úber estará abajo —dijo—. Adiós, río. Adiós, tejados. A vosotros siempre os recordaré.

Se puso el abrigo mientras Erik salía a llamar al ascensor. Cada uno se hacía cargo de una maleta. Judit echó una última ojeada a su luminoso salón, al piano que brillaba en el centro como una isla negra. Cerró la puerta tras ella y echó la llave.

Mientras bajaban, Erik dijo:

—Algún día recordarás todo esto como un momento mágico de tu vida.

Judit sonrió mirándose distraída en el espejo del ascensor.

—Ahora solo es bochornoso y triste.

Una vez abajo, entregaron la llave a *madame* Bernard, que la cogió con gesto indiferente. Parecía querer dejar bien claro que a ella no le afectaba en lo más mínimo la partida de Judit.

Al abrir el portón del patio, se encontraron con el úber esperando. Erik soltó un grito cuando, al abrir la puerta trasera, vio dentro a Chantal.

Se armó un pequeño revuelo. El conductor estaba confuso, Chantal le había dicho que debía llevar al aeropuerto a tres personas, pero Judit no quería subirse al coche con ella. Por fin, Chantal se bajó.

Llevaba un chándal negro y su espléndida melena rubia recogida en una coleta. Sin maquillaje, parecía casi una niña, excepto por las ojeras. Estaba claro que esa noche no había dormido mucho.

—Por favor, Judit. Solo quiero pedirte perdón, y, como me has bloqueado…

El chófer se había bajado a meter el equipaje en el maletero y las espiaba de reojo.

—No puedes asaltarme así. Ya me has hecho bastante daño —dijo Judit.

Sin aguardar a oír la respuesta, se metió en el coche y cerró

de un portazo. Chantal abrió y se coló detrás. Erik le hizo un gesto al conductor para que volviera a su puesto y él ocupó el asiento delantero.

—Chicas, no tenemos tiempo para discutir aquí —anunció, volviéndose—. Mejor que lo hagáis por el camino. Vamos con el tiempo justo para facturar.

El coche se puso en marcha mientras Judit protestaba.

—Esto es una encerrona. ¿Os habíais puesto de acuerdo? Erik, después de lo que me ha hecho… ¿En serio os habéis compinchado?

—No seas absurda, Judit. Me he llevado más susto yo que tú —replicó Erik—. Chantal me envió un wasap preguntando cuándo te ibas y se lo dije. Chantal, no tenía la menor idea de que fueras a aparecer.

—Pero estoy aquí. Judit, solo quiero que me escuches.

—Como si tuviera otra opción.

Circulaban por un bulevar ancho con mucho tráfico. En pocos minutos abandonarían el centro de París. Incluso las ciudades más grandes tienen un casco antiguo relativamente pequeño.

—Lo que hice estuvo mal. Estuvo fatal. Al principio fue, más que nada, incredulidad. Cuando me dijeron que habían visto a Lau con una chica, pensé que era una broma.

—¿Dónde nos vieron? —preguntó Judit, sin poder refrenar su curiosidad.

—En el concierto de Saint Eustache. Tú te has movido en muchas fiestas, una amiga modelo te reconoció. Pero yo no me lo creía. No me imaginaba a Lau con nadie. Sabía que había dejado el programa del Maurice Ravel, que no iba a los ensayos del conservatorio, ni a ningún sitio. A mí no me contestaba los mensajes. Hasta llegué a pensar que había vuelto a Barcelona. Sus padres tienen una casa allí, ¿sabes? Pero luego se me ocurrió hacerme la encontradiza con su abuela Nora. Va todos los días a una pastelería, Carriére… bueno, pues hablé con ella. Y me enteré de que Lau seguía en París. Pero me estoy yendo por las ramas.

—Completamente —dijo Erik desde el asiento de delante—. Estamos saliendo de París y todavía no te has disculpado.

—Ya. Bueno, eso, que lo siento. Lo siento muchísimo. —Chantal parecía realmente abatida—. Estaba invitada a esa fiesta. Sabía que tú eras tú, o sea, la nueva novia de Lau o lo que fuese. Había visto tu vídeo. Me pudo la curiosidad. Pero te juro que enseguida se convirtió en otra cosa. Me pareciste increíble. Tu talento me pareció increíble, tu ingenio… Quería ser amiga tuya. Y quería protegerte de Lau, que no sufrieras como he sufrido yo.

—Ya… ¿Eso te lo repites a ti misma por las noches? —dijo Erik sin volverse.

—Estoy diciendo la verdad —insistió Chantal—. Lau me veía como un obstáculo a su proceso creativo, nunca como a una compañera. Nunca se interesó de verdad por mi trabajo, por lo que yo hacía. Le encantaba tener a alguien cerca que lo admiraba, que engordaba su ego. Pero, para él, yo no era interesante. No era nadie. Lo mismo que tú, Judit.

—Ya. No sé, seguramente tienes razón. Pero a veces parecía… yo pensaba que sí quería trabajar conmigo —murmuró Judit después de un silencio.

Luego miró a Chantal.

—Supongo que, en el fondo, debería estarte agradecida —añadió—. Gracias a la discusión que tuvimos por ti, él me dijo a la cara lo que realmente pensaba de mi trabajo. Y sí, supongo que es verdad lo que dices. Para él no es nada. Lo considera una basura.

—Me sentí muy orgullosa de ti cuando dijiste que colgarías ese vídeo, que le harías comprender que la música solo tiene sentido cuando llega a los demás…

—No fue muy buena idea —dijo Judit—. Pero ya no tiene remedio. Y, además, tuvo esa parte positiva. Me abrió los ojos.

La circunvalación pasaba en ese momento junto a una gigantesca urbanización de bloques todos iguales de la periferia de París. Aquello era tan distinto de las calles estrechas y glamurosas del centro que parecía pertenecer a otro planeta.

Judit cerró los ojos e intentó no pensar. Oía el tráfico rugiendo a su alrededor. El conductor había puesto una emisora de música, aunque con el volumen muy bajito.

—Judit. Quiero de verdad que me perdones —insistió Chantal en voz baja—. Voy en serio. Yo adoro tu trabajo. Fíjate si lo adoro que he encontrado un proyecto de ensueño a tu medida. Tu agente está hablando con la mía y con los productores. Pero quería contártelo yo en persona. Puedes decir que no si no te gusta, y lo entenderé… Pero es un sueño, Judit. Un documental que se grabará en Los Ángeles. Sobre mí y otras modelos. Sobre cómo la industria de la moda nos exprime como objetos de usar y tirar. Glamour y crítica, estética impecable para contar una realidad muy dura. La directora es Susan Whitefall. Yo pedí a mi agente que te propusiera, y el equipo de producción ha estado viendo tus vídeos, estudiando tus guiones y otras cosas tuyas… Les gustas, Judit. Les gustas muchísimo. Los tienes a tus pies. Si aceptas, empezaríamos en Los Ángeles a mediados de enero.

Siguieron rodando en silencio por la autopista atestada que conducía al aeropuerto Charles de Gaulle. Chantal parecía haber agotado sus argumentos y su energía. Erik también se mantenía en silencio.

Estaban entrando en el *parking* del aeropuerto cuando Judit se volvió con decisión hacia Chantal.

—Parece interesante —dijo.

A la francesa se le iluminaron los ojos.

—Espera… Entonces ¿es un sí?

Judit se encogió de hombros sin sonreír.

—No es un sí —dijo—. Es un… ¿por qué no?

Capítulo 19

La mañana de Navidad olía a sopa de *galets* con pilotas cociéndose a fuego lento, como todos los años desde que Lau podía recordar. A pesar de los viajes continuos de sus padres, siempre se las arreglaban para tener esos días libres y pasarlos en Barcelona con la abuela Nora y los abuelos paternos. Comían todos en la casa familiar, una preciosa construcción del siglo XIX con jardín en la parte alta de Sarriá.

Medio adormilado en su cama de cuando era niño, Lau escuchaba en su mente los primeros compases de una pieza nueva, la línea melódica del violonchelo sobre los acordes impresionistas del piano, y veía el Sena de plomo y plata fluyendo con ellos, pero le hacía tanto daño que se tapó los oídos como si la música viniese de fuera, como si lo estuviese atacando y él no supiese cómo defenderse.

Quería silencio, o cualquier otro sonido que no le recordase lo sucedido en París: un viejo disco de villancicos en catalán, las voces rasposas de la radio que su abuela escuchaba a veces… Lo que fuera.

Sobre todo, quería que aquella conversación monstruosa con Judit no hubiera sucedido. Quería seguir con ella, verla moverse de un lado a otro por el apartamento del muelle de Orsay, escuchar la llave en la cerradura cuando regresaba de una de sus fiestas, salir con Judit a la terraza y charlar tranquilos mirando el río. Todo lo que había destruido en un infantil ataque de furia. Aunque Lau sabía que era más que eso.

En las últimas semanas, había visto tantas veces los vídeos del canal de Judit que había perdido la cuenta. Ya no tenían música, su música. Curiosamente, pocos parecían echarla de menos. Los que conocían las versiones antiguas habían preguntado los motivos de aquel cambio. Judit había

respondido que se debía a una cuestión de derechos de autor. Había algunos comentarios lamentándolo, pero la mayoría expresaban una preferencia clara por la última versión. Los vídeos eran lo bastante buenos como para sostenerse por sí solos.

Era curioso lo ciego que había estado. Porque había visto ya uno de aquellos montajes antes de su discusión con Judit. Lo había visto sin verlo, a través del filtro de sus prejuicios. Y le había parecido bien, por supuesto, algo delicado, con buen gusto, muy alejado de su idea de los vídeos chabacanos o cursis que se hacían virales en YouTube. Pero no había visto la mirada tan especial que latía en él, el humor ingenioso y delicado del guion, la poesía del contraste entre lo que decía la voz y las imágenes. No había entendido que aquello era arte. Había que ser muy obtuso para no darse cuenta… y él lo había sido.

Lau sabía que había dicho cosas irreparables. Cuando tu vida gira alrededor de tu arte, que ataquen tus obras es como si te golpeasen a ti, o peor. Lo sabía por experiencia propia. Había sido justo eso lo que le había llevado a replanteárselo todo. Estaba cansado de que sus compañeros, sus profesores y sus padres lo viesen siempre como un buen intérprete, pero nunca como un compositor. Todos habían ignorado su necesidad de crear música, de dejar de practicar todo el día las obras de otros para volcarse en las suyas. Y nadie, nadie había querido escuchar de verdad. Solo Judit lo había hecho. Había oído algo que a los demás se les escapaba. Le había parecido tan valioso que se había arriesgado a llevarlo a su casa, a compartir su vida con la de él. Todo, para que pudiese componer. Había hecho sus sueños realidad.

Incluso le había dado lo que él ni siquiera se atrevía a soñar: un público. Pero había sido demasiado esnob para reconocer que necesitaba también aquella parte, que necesitaba que la gente le escuchase, que se emocionase con sus piezas. Había reaccionado como un niño caprichoso, como un idiota sin remedio. Ahora, Judit lo tenía bloqueado en todas sus redes, y no se le ocurría ninguna manera de reparar el daño que le había hecho.

Todos los días le escribía un wasap. Por si acaso había cambiado de opinión y le había retirado el bloqueo. Y era la mañana de Navidad… Un día perfecto para perdonar. A lo mejor, esta vez, el mensaje llegaba. Por lo menos, tenía que intentarlo.

Escribió una frase tras otra, borró varias veces, volvió a escribir y volvió a borrar. Por lo menos pasó una hora cambiando y reescribiendo cada frase. Como si cada palabra fuese una oportunidad para cambiar el pasado, para que todo volviese a ser lo que había sido…

La última versión no era, seguramente, la mejor de todas las que había redactado. Pero en algún momento tenía que arriesgarse y darle al icono de «enviar».

> He sido el más tonto de los tontos. Eres una artista maravillosa, y yo no supe verlo. Me paso el día viendo tus vídeos. Son increíbles. No necesitan mi música, pero, aun así, quiero que sepas que es tuya, si la quieres utilizar. Y también quiero que sepas que te quiero. Que te echo de menos. Que sueño con aquella vez, cuando te llevé en volandas a mi habitación. Pero no solo con esa vez. Con los desayunos en la terraza, con las lágrimas en tus ojos escuchando a Fauré en Saint Eustache, con tu sonrisa en el cine Christine… Perdóname, por favor. Te quiero. Dame una oportunidad más. La última.

Después de releerlo por última vez, pulsó el avión de papel. Esperó. Un solo tic junto al mensaje. Nunca llegó a aparecer el segundo.

Capítulo 20

La noche del 29 de diciembre nevó en París, pero al amanecer la nieve se transformó en una insistente llovizna que, en pocas horas, barrió todos los rastros blancos de los tejados. Aun así, a Lau le dio tiempo a hacer algunas fotos desde la buhardilla de la casa de su abuela, en el Marais.

Estaba solo en el antiguo inmueble, porque Nora iba a permanecer en Barcelona hasta después de Reyes. Sus padres no se habían tomado muy bien la espantada. Después de cinco meses sin verlo y de los esfuerzos que habían tenido que hacer para liberar de compromisos aquellos días, no entendían por qué Lau debía volver precipitadamente a París, donde ya no asistía a clases ni participaba en ningún programa musical. Y la verdad era que él tampoco sabía cómo explicárselo. Algo les había contado sobre Judit, sobre el tiempo que había pasado con ella y el desastre de su separación, pero ellos no la conocían, no podían imaginarse la conexión que había llegado a existir entre los dos, y que él solo había comprendido de verdad una vez que la perdió.

No quería parecer un loco desesperado, así que se obligó a esperar a las ocho de la mañana para salir a coger el metro en dirección al muelle de Orsay. Los rostros de los viajeros cubiertos por mascarillas le parecieron vacíos de expresión. Evitaban mirarse y hablarse, como si estuvieran todos convencidos de que una burbuja transparente los protegía y los volvía invisibles a los ojos de los demás. Las mañanas en el metro siempre le habían resultado muy tristes.

Se bajó en la estación Rue du Bac, subió a la claridad lluviosa del día y caminó con la capucha puesta hasta el edificio donde se encontraba el apartamento de Judit. Por suerte, *madame* Bernard estaba ordenando el correo comercial en su pequeña oficina que daba al patio. Lau dio dos golpecitos

a la puerta de cristal.

—¿Qué desea? —le preguntó ella en francés.

—Soy Lau, no sé si me recuerda. El amigo de Judit, la inquilina del ático…

—La española famosa. ¿Qué quiere?

Madame Bernard lo miraba con desconfianza.

—Pues… Si puede avisarla de que estoy aquí… Me gustaría verla.

—Esto no es un hotel —replicó la mujer con sequedad—. ¿Qué te has creído?

—Perdón. Entonces, si no le parece mal, subo yo y llamo…

—No subas. La chica se marchó hace semanas. No va a volver. Una buena inquilina, a pesar de los horarios que se traía. Siempre de fiesta en fiesta… Pero el apartamento lo ha dejado impecable, y, al final, eso es lo que importa.

Lau escuchó solo a medias las últimas palabras. Tenía la sensación de haberse equivocado de ciudad, de día, de universo. ¿Cómo podía seguir existiendo aquel apartamento con su piano y su terraza al río sin Judit? Era absurdo.

Se despidió de *madame* Bernard y deambuló por la ciudad sin rumbo fijo. La tercera vez que pasó por la cafetería que había frente al edificio de Judit, entró a tomarse un *croissant* con un café. Recordó la cara de ella mientras masticaba delicadamente, aquella expresión de disfrute sereno, de estar viviendo plenamente el momento. Él también cerró los ojos para saborear su desayuno, como si eso pudiera ayudarlo a entenderla desde dentro, a conectar con ella.

Pero solo era un *croissant*, y ni siquiera estaba demasiado bueno aquel día. Pagó la cuenta, se levantó y siguió caminando por la ciudad. Había dejado de llover y decidió darse un paseo por la orilla del Sena. Cruzó la pasarela Senghor, y allí fue donde se acordó de Erik. Él no podía haber desaparecido, y seguro que sabía dónde podía encontrar a Judit.

Ansioso por llegar cuanto antes al hotel Crillon, detuvo un taxi y le pidió que lo llevase hasta la *place* de la Concorde. Había bastante tráfico, y el taxista no paró de quejarse de la lluvia, de las fiestas de fin de año y de las personas sin conciencia ecológica que invadían el centro con sus coches.

Fue un alivio despedirse de él al término de la carrera.

En el vestíbulo del hotel Crillon, un abeto natural gigante resplandecía con sus miles de bombillas encendidas, que se reflejaban en las superficies curvas de las bolas doradas y plateadas. Aquello no era muy ecológico tampoco, pero un hotel como el Crillon no podía permitirse privar del máximo esplendor navideño a sus exigentes huéspedes (casi todos, familias cataríes o de los Emiratos para quienes la navidad era una curiosidad exótica).

El recepcionista con el que habló no parecía muy dispuesto a molestar a Erik por su causa. Lo miró de arriba abajo escuchando en silencio sus embarulladas explicaciones como quien observa a un niño ejecutando piruetas absurdas. Lo dejó terminar y luego, sin decir palabra, volvió a sus anacrónicos cuadernos de registro para apuntar algo.

—Bueno, ¿lo va a avisar? —preguntó Lau al ver que el hombre dejaba de prestarle atención.

El tipo lo miró con fastidio, levantó el auricular de un teléfono fijo de estilo antiguo y pronunció el nombre de Erik en tono inexpresivo. Sin aguardar respuesta, colgó y volvió a su cuaderno. Lau miró hacia el vestíbulo que se estrechaba en dirección a los distintos restaurantes y cafeterías del establecimiento. Por una de las puertas vio aparecer a Erik. Este lo reconoció también desde lejos, y se acercó con pasos medidos y elegantes.

—Buenos días —saludó—. ¿En qué puedo ayudarte?

Como si se tratara de un desconocido. Como si no le hubiese visto llorar a moco tendido el día que Judit lo echó del apartamento.

—He vuelto de Barcelona para buscar a Judit. Le debo una disculpa… Bueno, una no; muchas. Y he ido a su apartamento, pero me han dicho que ya no vive allí.

Erik lo observaba con un gesto serio.

—Yo no puedo ayudarte —dijo, poniéndole una mano en la espalda para guiarlo con suavidad hacia la salida—. Creo que deberías llamarla. Si quiere verte, ella misma te lo dirá.

—Es que me ha bloqueado. No puedo llamarla ni enviarle mensajes.

Se había detenido junto al árbol de Navidad, obligando a Erik a hacer lo mismo.

—Si te ha bloqueado, yo no puedo hacer nada. Es ella quien debe decidir si quiere verte o no. Le hiciste mucho daño, Lau. Menospreciaste su obra. Le mentiste. Te aprovechaste de su ingenuidad para quedarte en su apartamento.

—No es así. Yo no necesitaba su apartamento. Quería estar con ella.

—Me da igual. Mentiste para estar con ella. Eso no mejora mucho las cosas.

—Lo sé. Por eso quiero disculparme. Empezar de cero. Le he regalado toda mi música. Quiero que sepa que esto es muy importante para mí. Lo más importante —añadió con voz apagada.

Erik reanudó la marcha hacia la puerta. Lo esperó en el exterior del edificio, mirando distraído el obelisco en el centro de la plaza hasta que Lau lo alcanzó.

—Eres un buen músico —dijo Erik, mirándolo—. Tus piezas me maravillaron desde la primera vez que Judit me las hizo escuchar. Pero te has comportado de un modo inmaduro y egoísta. Judit no se merece eso. Si le tienes algo de aprecio, lo mejor que puedes hacer por ella es desaparecer para siempre.

Lau se llevó las manos a las sienes. Un agudo pinchazo de dolor en toda la cabeza le nubló la vista por un momento. Aquellas eran, probablemente, las palabras más duras que le habían dirigido en su vida… y lo peor era que no tenía ningún argumento para defenderse.

Sin despedirse de Erik, bajó las escaleras y caminó a buen paso hacia la izquierda. Solo quería alejarse de lo que acababa de oír, engañarse y decirse a sí mismo que Erik había querido decir otra cosa. O, mejor, no pensar en nada. Dirigió sus pasos hacia la *place* Vendôme. Se le ocurrió la extravagancia de entrar en el Ritz para tomarse un té en el Salón de Proust. Solo había estado allí una vez, con Chantal. Era uno de los lugares a los que le habría gustado llevar a Judit, pero, al final, no había habido ocasión.

Al pensar en Chantal, le invadió una nueva esperanza. No era muy probable que Judit siguiese siendo su amiga después

de averiguar que le había estado ocultando su relación con Lau, pero, aun así, no iba a perder nada por hablar con ella. Unos meses antes, habría hecho cualquier cosa por evitar una conversación con Chantal. Ahora, sin embargo, sentía que nada de lo que le dijese su antigua novia podía afectarle ni hacer más profundas sus heridas.

Pidió un Earl Grey con *scones* ingleses y marcó el número de Chantal. Al tercer tono, ella descolgó.

—Hola, Lau.

No había sorpresa en su voz. Tampoco alegría.

—Hola, Chantal. Feliz Navidad.

—Feliz año, más bien. Bueno, la verdad es que no será muy difícil mejorar este. Gracias, Lau, yo también te deseo feliz año. Un detalle por tu parte, llamar.

—La verdad es que te llamaba para preguntarte por Judit.

Un silencio. Y luego, una risa cristalina.

—Ay, Lau. Cómo eres. Ni siquiera intentas disimular. No cambiarás nunca.

—Sí cambiaré. Ya he cambiado. Es lo que le quiero decir a Judit. Entre los dos le hicimos mucho daño, lo sabes, ¿no?

—Bueno, tú le hiciste bastante más daño que yo. Está muy dolida.

—¿Cómo lo sabes? ¿Sigues en contacto con ella?

—Bueno, digamos que… estamos en proceso de reconciliación. Y tenemos planes juntas.

Lau respiró hondo. Los ojos se le humedecieron.

—Chantal, sé que he sido horrible con todos, y contigo especialmente. Pero, por favor, necesito hablar con Judit. Necesito que me perdone. Y no puedo hablar con ella, me tiene bloqueado.

—No sé. Puedo decirle algo si quieres. Aunque, mira, Lau, yo de ti lo dejaría correr. Judit es más lista y madura que nosotros dos juntos. Se ha dado cuenta de que no le haces bien y, sienta lo que sienta por ti, no va a permitir que vuelvas a humillarla. No va a volver contigo… si es que alguna vez estuvisteis juntos.

Lau miró las paredes rojas del salón, el retrato ovalado de Proust, la lujosa porcelana en las mesas. Intentaba apaciguar su

desconsuelo.

—Lo entiendo. Pero, aun así, necesito que hablemos. No voy a perseguirla, no te preocupes. Pero hay algunas cosas que no le dije y que sé que ella necesita oír.

Al otro lado, Chantal permaneció un rato callada. Se oyó el ladrido de un perro pequeño.

—No sé si me arrepentiré de esto, pero voy a darte el teléfono de su mánager, Marian. Que ella decida o no si es buena idea que hables con Judit ahora. Está pasando las vacaciones con sus padres en Elche de la Sierra. Después, en enero, se marchará a Los Ángeles. Ha firmado un contrato para escribir el guion de un documental.

Capítulo 21

—¡HA nevado!

Con los ojos todavía turbios de sueño, Judit dejó que su hermana mayor la llevase de la mano hasta la ventana. Estaba todo blanco, la sierra, los tejados, las dos torres de la iglesia de Santa Quiteria y los campos hasta donde alcanzaba la vista. Marta, arrebujada en una vieja bata de franela, le pasó un brazo por los hombros a su hermana, que no había tenido tiempo de ponerse nada encima del pijama. Las dos contemplaban la luz de la nieve y sonreían. Aquella escena las devolvía a la infancia, a otras navidades, cuando todavía no había muerto ninguno de sus abuelos, cuando hacía más frío.

—¿Cuánto hace que no pasabas la Nochevieja en casa? —preguntó Marta.

—Solo la he pasado fuera tres años. Dos en Madrid y uno en Barcelona.

—Y este año por poco la pasas en París…

—No. Habría venido a pasarla con vosotros. Eso lo tenía claro.

La casa olía a los guisos de la noche. La abuela María se había empeñado en hacer sus tradicionales peras al vino, y el olor dulzón y espeso de las especias llenaba toda la casa. En el horno estaban dorándose los hojaldres de salmón con pera que su madre había introducido como novedad de ese año en el menú. En el salón había mucha claridad, como si la blancura del pueblo nevado se hubiese colado dentro. Por ser el día que era, Carlos, el padre, había prendido unos troncos de roble en la chimenea, y las dos hermanas se tiraron sobre el sofá a escuchar el chisporroteo del fuego.

En la mesilla anticuada de mármol que tenían delante, el móvil de Judit vibró. Marta sacó medio cuerpo del sofá para mirar.

—Es tu mánager otra vez. ¿No se lo vas a coger?

Judit puso una mueca de fastidio, pero alargó la mano, cogió el móvil y descolgó.

—Hola, Marian.

—Ya sé lo que me vas a decir. Que estás de vacaciones y no quieres saber nada de trabajo, y lo respeto. Pero esto no es trabajo y pensé que a lo mejor querías saberlo.

—Respira, por favor. Y buenos días a ti también.

—Perdona, hija, que me embalo. Buenos días, sí. ¿Qué tal las navidades en tu pueblín?

—Muy bien. ¿Y en Madrid?

—Agotadoras como siempre. Bueno, ¿quieres que te cuente o no? No me contestes, te lo cuento. Me ha llamado Lau. Sabe que estás en el pueblo. ¡Quiere ir a verte!

—Espera… ¿Te ha escrito?

—No. Me ha llamado. Hemos hablado casi una hora. Está muy arrepentido por todas las tonterías que dijo. Solo quiere verte, que habléis. Y, como no le coges el teléfono…

—Lo tengo bloqueado. Y eso es porque no quiero saber nada de él. Marian, de verdad… ¿no le dijiste que me dejase en paz? No quiero volver a pasar por lo que pasé.

—Judit, mujer… A mí me pareció que estaba muy arrepentido. Y muy enamorado. Me lo dijo.

A Judit se le encendieron las mejillas de indignación.

—Qué buena idea, contarle sus sentimientos a mi mánager en lugar de a mí. No se puede ser más torpe.

—Es que, como no le cogías el teléfono… A mí me pareció un chico muy majo, muy normal, de verdad. No quiere que te sientas agobiada ni nada. Solo quiere hablar.

—¿Va a venir aquí? No quiero que venga. Que no se le ocurra…

—Justo me llamó para preguntarme qué me parecía a mí. Tenía tu dirección, pero no sabía qué hacer. No quería darte un susto.

—Menos mal. ¿Y qué le dijiste?

—Que exploraría el terreno.

—Vale. Llámale y dile que no venga. Que lo perdono, si es eso lo que quiere, pero que no quiero verlo.

—Judit, no te pongas nerviosa. Se lo digo, tú tranquila. No sé, yo pensé… Él cree que tú también sientes algo.

Judit meneó la cabeza, incrédula. Sonreía y, a la vez, tenía lágrimas en los ojos.

—Solo a Lau se le podía ocurrir tener esa conversación contigo, en lugar de conmigo. Dile que no vuelva a intentarlo. Que lo perdono y todo eso, y que él también me perdone por todo lo que pasó.

—Bueno. Pues eso le diré. Pasa un buen fin de año, guapa. Yo voy a estrenar un vestido de lamé dorado que parece sacado de los años setenta. Una fantasía. Me da pena que no vayas a estar…

—Pero nos vemos el día seis en el aeropuerto, ¿no?

—Sí, claro. Y no me voy contigo a Los Ángeles porque no me dejan. A ver si en febrero me puedo hacer una escapadita. Bueno, reina, cuídate. Recuerdos a tu familia.

Judit colgó y, acto seguido, activó la opción de no molestar. Sabía que su hermana la estaba observando. Se acurrucó de nuevo en su rincón del sofá y le sostuvo la mirada.

—Lau. El chico de la música —dijo Marta.

—Sí. El chico de la música.

Se quedaron las dos calladas. Judit miraba el fuego.

—Al principio lo tomé por un músico callejero. Por un vagabundo, prácticamente. Y él me seguía la corriente. Debió de pasárselo muy bien con eso.

—Pero no es un vagabundo.

—¿Lau? No, no es ningún vagabundo. Su abuela Nora, aunque nació en Barcelona, tiene una casa preciosa en París. Está jubilada, pero fue una soprano bastante famosa. Y sus padres… los dos son músicos de alto nivel. Violinistas. Viajan por todo el mundo con sus giras.

Judit cogió una revista de labores que su abuela había dejado en la mesa de mármol y la hojeó. Había varias páginas dedicadas al ganchillo. Estuvo mirando con detenimiento un patrón para hacer un hada con la técnica del *amigurumi*. No parecía difícil.

—Lau me gustaba —dijo, todavía con los ojos en la revista —. Su música es… No sé, piensas que una música así solo

puede salir de alguien maravilloso.

—Es la música del principio, ¿no? La que quitaste de los vídeos.

—Sí. Es un músico increíble. ¿Crees que esta muñeca sería muy difícil? —Judit le pasó la revista a Marta, que leyó a su vez las instrucciones del patrón.

—Tú sabes más de esto que yo, pero no lo parece. La única complicación está en las figuras de las alas. Pero podrías hacerla sin ese detalle.

—Tengo que mirar si tengo los colores. A lo mejor me falta alguno. Me parece que solo me queda media madeja de color carne.

—¿Qué te hizo desengañarte de Lau? Fue porque te ocultó lo de su familia…

—No. Eso no estuvo bien, pero no fue por eso. Mira, Lau es especial, es un artista, muy sensible, necesita su espacio y sus condiciones para componer. Yo eso lo entiendo. El problema es que él no entiende que otros tengamos las mismas necesidades. No es ya que me dijese cosas despectivas de mis vídeos, yo puedo entender que un momento de enfado se dicen cosas de las que luego te arrepientes… El problema es que él realmente piensa que mis vídeos son estúpidos. No es capaz de ver lo bueno que hay en ellos. Y, mira, Marta, son buenos. Nosotros no somos una familia de artistas, y yo no he estudiado Bellas Artes, ni guion de cine, y no he ido desde pequeña a todos los conciertos y exposiciones y obras de teatro como él… pero eso no me incapacita para ser artista. A mi manera.

»Es lo que soy. Si me ha servido para algo lo de irme a París, ha sido para eso; para entender que yo no estoy en este mundo de los vídeos por casualidad. Que, más allá de la fama y todo eso, hay muchas cosas que yo quiero expresar, que puedo crear.

»Y a lo mejor para Lau no tiene ningún valor, ni para muchas otras personas. Pero, para mí, lo tiene, y no voy a dejar que nadie me estropee eso.

Marta la escuchó atenta hasta el final. Cuando Judit terminó de hablar, la abrazó rodeándola por el cuello, con el calor y la brusquedad de cuando eran niñas. Forcejearon, se empujaron y

se rieron.

—Te has vuelto muy sabia, hermana —dijo Marta cuando por fin se desenredaron—. Yo que pensaba que iba a ser la única cabeza pensante de la familia…

—Ya. Es lo que opinabais todos —rio Judit.

—Tengo que decirte una cosa. Yo también he sido horrible contigo. Hasta que vi esos vídeos de los tejados, no te entendí. No sabía quién eras. No sabía que tenías todo ese ingenio y esa poesía dentro.

—Bueno, pues, entonces, esos vídeos han servido de algo.

—Aunque me gustaban más con la música de Lau.

Judit resopló.

—Ya me imaginaba que me pondrías alguna pega.

Marta no hizo caso de la observación.

—¿Crees que algún día lo perdonarás? ¿Que volveréis a ser amigos? —preguntó.

Judit se quedó pensando un momento con los ojos perdidos en el paisaje blanco de la ventana.

—No sé. Me hizo daño, Marta. Cuando el daño se pase, cuando se me olvide… a lo mejor. Pero ahora mismo creo que nunca se me va a pasar.

Capítulo 22

TODO el mundo odia los controles del aeropuerto. La estrategia de Judit para no dejarse llevar por el mal humor mientras los pasaba consistía en centrarse solo en lo que tenía que hacer, en cada gesto, en cada acción, sin pensar en nada más. De modo que, cuando le llegó el turno, se quitó las botas y las depositó con cuidado en una bandeja azul, se puso las fundas sobre los calcetines, sintió el frío del suelo bajo los pies, se quitó el reloj y lo arrojó en la bandeja, sacó de la mochila una bolsa transparente con un frasco pequeño de líquido para lentillas y la pasta de dientes, sacó la *tablet*, el ordenador, los cargadores, el móvil, los auriculares, distribuyó todo en otras dos bandejas, se quitó la chaqueta…

Estaba doblándola para ponerla encima de la mochila en la última bandeja cuando oyó la música. El corazón le dio un vuelco. Era un violonchelo. Era el violonchelo de Lau.

—Anda, ¿y eso? —le preguntó la mujer que vigilaba el escáner de equipaje a la que controlaba el arco por donde pasaban los pasajeros.

—Pues suena bien —respondió la otra.

Judit colocó en fila sus cuatro bandejas y empujó la de más atrás para moverlas todas hacia el comienzo de la cinta transportadora.

Conocía aquella pieza. Era una de las que Lau había compuesto en su casa. No sonaba muy lejos.

La primera bandeja entró en el escáner. La segunda, que contenía el bolso, también.

—Pase por aquí —dijo la vigilante del arco.

Judit pasó y algo hizo que el arco pitara.

—El cinturón —dijo la mujer—. Quítese el cinturón.

La última bandeja ya estaba pasando por el escáner. Judit volvió atrás y se quitó el cinturón mientras la adelantaban

otros pasajeros.

La música se detuvo bruscamente. Voces. Se oyó un altercado.

—Poco ha durado —dijo la vigilante del arco—. ¡Qué pena!

Con el cinturón en la mano y descalza, Judit se dio media vuelta y regresó hacia el control de pasaportes.

—¿Adónde va? —le dijo un policía—. No puede salir por aquí.

—Es una urgencia. Perdón. Se me ha olvidado una cosa.

—¡Eh, que se deja sus cosas! ¡Chica, vuelve aquí! ¡Chica!

Las mujeres de los escáneres le gritaban. Judit corrió descalza hacia la zona donde se oía el tumulto. Una de las voces que sobresalían era la de Lau.

Lo vio al cabo de un momento, rodeado de policías y de mirones. Algunos de los espectadores habían salido en su defensa.

—Si no está haciendo nada malo.

—Para algo agradable que hay aquí… déjenlo marcharse.

—No quiero marcharme. ¡Quiero seguir tocando!

Lau forcejeaba con un policía que lo tenía agarrado, mientras otro, con bastante torpeza, intentaba hacer encajar el chelo en su funda.

Judit se abrió paso entre los mirones y se fue directa a Lau.

—¿Qué estás haciendo? —le gritó—. Para.

—¿Conoces a este chico? —preguntó uno de los policías—. Dice que no lleva documentación encima.

—Es mi novio —improvisó Judit, para simplificar—. ¿Lo van a detener?

Los policías se miraron.

—O sea, que esto es cosa del amor —dijo el más anciano, sonriendo.

—Muy romántico, pero no puedes ir haciendo estas cosas por ahí, chico —dijo el que lo sujetaba, soltándolo.

Lau se bajó las mangas del jersey. Tenía las mejillas encendidas como amapolas.

—Lo siento mucho. No quería causar un desorden. Solo quería que ella me oyera…

—Pues ya te ha oído —dijo el anciano, que parecía el jefe—.

Ahora recoge y no armes más escándalo. No quiero volver a oír ese instrumento.

—Lo siento. Muchas gracias.

Los curiosos no acababan de disgregarse. Uno de los policías les ordenó que se fueran. Alguien debió de reconocer a Judit, porque dispararon algunas fotos.

—Me he dejado todo en el control de equipajes —le dijo Judit a la única mujer del grupo de agentes—. ¿Puedo volver a por ello?

—Claro, mujer. No te vas quedar sin tus cosas. Ven, anda, yo te acompaño.

Por primera vez, Judit miró a Lau a los ojos.

—No te muevas de aquí y no hagas nada raro —le dijo—. Vuelvo enseguida.

La policía resultó ser de gran ayuda para apaciguar a las vigilantes del escáner, que estaban furiosísimas con Judit. Les contó el momento tan romántico que acababan de vivir, y los ánimos se aplacaron al instante.

—Vaya historia, parece una novela —dijo una de las vigilantes devolviéndole sus bandejas apiladas.

—Que un chico haga eso por ti… Debe de estar muy enamorado —dijo la mujer del arco.

Les sonrió, balbuceó. Dijo que sí, que probablemente sí. Le preguntaron si ella sentía lo mismo. Aseguró que sí, que también.

Cuando terminó de atarse los cordones de las botas, la policía la acompañó de nuevo adonde esperaba Lau con aire avergonzado e inofensivo.

—Muchas gracias por todo —dijo Judit.

La mujer no tenía prisa por marcharse.

—Tú eres esa *youtuber* tan famosa, ¿verdad? Mi hija te sigue desde hace mucho. Le gustaban mucho tus tutoriales de Minecraft. Ahora te sigue menos, pero estaba enganchadísima. ¿Me firmas un autógrafo?

Se sacó del bolsillo del uniforme un formulario todo arrugado y roto. Por detrás, Judit escribió una dedicatoria, firmó y dibujó unos cuantos corazones.

—Mil gracias —dijo la policía—. ¡Se va a poner como loca

cuando se lo dé!

La mujer se marchó contentísima.

Se habían quedado solos por fin. Se miraron sin saber muy bien qué hacer.

—¿Un café? Hay un Starbucks ahí detrás —dijo Judit.

—Muy bien. Deja que te lleve algo…

—No. Puedo sola. Tú bastante tienes con el chelo.

Encontraron un sitio libre y un poco alejado de las otras mesas. Lau se ofreció a pedir en la barra. Regresó pocos minutos después con un capuchino para él y un *matchá latte* para Judit. Le puso la bebida delante y se sentó frente a ella.

—No sé cómo darte las gracias por lo que has hecho —dijo—. Eres la mejor.

Alargó la mano para acariciar la suya, pero Judit la retiró.

—Has dicho que eras mi novia —añadió Lau sonriendo—. Y eso es para mí como un sueño. Ayer por la noche, cuando cogí el AVE para estar en Madrid a primera hora, pensaba que no iba a salir bien. Estaba desesperado. Ni en sueños me habría imaginado que me faltaban pocas horas para estar así, contigo… Mi novia…

—Lau. No soy tu novia. He dicho eso para ayudarte. Pensé que ayudaría.

La sonrisa de Lau se fue desdibujando.

—Perdona. Tienes razón. Es que estoy nervioso. Tienes razón, lo has dicho para ayudarme. Pero, lo que has hecho por mí… Me hace pensar que… Si no sintieras nada, no habrías…

—¿No habría perdido un vuelo de cuatro mil dólares?

Lau se echó hacia atrás en el asiento y la miró perplejo.

—¿Cuatro mil dólares? ¿Ibas en *priority*?

Judit se encogió de hombros.

—No lo pago yo, es uno de los patrocinadores. Pero sí, Lau, era mi billete de avión a Los Ángeles. Y sí, lo he perdido por ti. No me mires como si eso fuera maravilloso. Es horrible. Has montado tu espectáculo para manipularme, para que pasase justo esto que está pasando. Sabías que no quería verte, que quería pasar página. Te he bloqueado en mi móvil, en todas mis redes. ¿Qué crees que habría hecho la policía si les hubiera dicho la verdad? «No es mi novio, es un tipo que me mintió

para meterse en mi casa y que ahora no acepta que quiera alejarme de él y me está acosando.»

Lau se tapó la cara con las manos.

—Me habrían detenido —murmuró.

Se quedaron callados los dos. Judit bebió un poco de su *matchá*. Estaba excesivamente caliente y muy dulzón. Le dieron ganas de escupirlo, pero no lo hizo.

Lau se había descubierto el rostro y la miraba.

—¿Es así como me ves? ¿Como un acosador?

Judit sostuvo su mirada, pensativa.

—No, Lau. Te veo como un artista maravilloso, pero tan inmaduro que eres incapaz de ponerte ni por un segundo en el lugar de los demás. Ni siquiera has pensado en que, para mí, perder ese avión es un problema serio.

—Bueno, siempre puedes coger otro vuelo. Y creo que lo nuestro, si sentamos unas nuevas bases, si los dos queremos… puede merecer la pena. Puede merecer la pena lo bastante para compensarte por lo del vuelo.

—Si lo que querías era sentar unas nuevas bases, no has empezado muy bien —dijo Judit—. No sé qué quieres, Lau. ¿Qué quieres? ¿Por qué has tenido que montar este número? ¿Quieres impedirme que vaya a Los Ángeles?

Lau no contestó de inmediato.

—Creo que es lo que esperaba, sí —contestó por fin—. Pero no es lo que quiero ahora. Tienes razón. No he pensado en ti. No he pensado en lo que suponía para ti.

—Cuando se quiere a alguien, lo lógico es pensar en esa persona. En lo que quiere, en lo que siente.

—Tienes razón —repitió Lau—. Es que me parece que no sé querer a nadie. No se me da bien. Ni siquiera sé quererme a mí mismo.

Miró a Judit con expresión desamparada. Pero ella no reaccionó como esperaba. En lugar de suavizar su voz y consolarle, se puso de pie y se colgó la mochila a la espalda.

—Mira, Lau, no voy a entrar en ese juego —dijo—. Estoy en Madrid y mis maletas vuelan hacia Los Ángeles. Ahora mismo, tengo bastantes problemas que resolver. Y los voy a resolver. Y, cuando los resuelva, volaré a Los Ángeles. Si no sabes

quererte a ti mismo, aprende. Si no sabes quererme a mí, aprende también. Sobre todo, no me vengas con victimismos. Yo te quiero, Lau, pero no voy a seguirte el juego. Cuando crezcas, vuelve. Si no tardas mucho, puede que te esté esperando. Ojalá crezcas. Sería lo mejor.

VERANO DE 2023
Epílogo

PARÍS olía a verano: una mezcla de polvo, alcantarillas, carburante, sudor, flores marchitas y frutas demasiado maduras, aunque dentro de la ópera Garnier los perfumes caros de las mujeres hacían olvidar aquella amalgama de aromas. En los preliminares del concierto, todo eran susurros, crujidos de seda y algunas toses discretas. Las luces fueron bajando hasta apagarse. Lau sintió aquella punzada agradable en la boca del estómago, la expectación impaciente antes del comienzo de la música.

El público acogió con aplausos la entrada de la orquesta. Sus padres fueron de los últimos en tomar asiento en la primera fila de violines.

—¡Qué guapa está mi hija! Como siempre —susurró Nora.

Lau buscó su mano y se la apretó en la oscuridad. Miró de reojo a Judit. Estaba sonriendo.

De nuevo resonaron aplausos con la entrada del director. Se hizo por fin el silencio, se afinaron los instrumentos. Sonaron campanas. La voz de un actor desgranó en francés las frases introductorias sobre el joven cuya juventud manaría para siempre de su pecho como de una fuente. Era el preludio de *El martirio de San Sebastián* de Debussy, una de las obras favoritas de Lau desde que era pequeño.

La voz se apagó y sonaron los primeros compases del preludio. Primero las cuerdas, dulcemente melancólicas. A continuación, la entrada de las flautas y el arpa, creando una atmósfera mágica y misteriosa. Y por último las voces... Era tan emocionante como oírlo por primera vez. Siempre era así.

En algunos momentos, los ojos de Lau resbalaban hacia su izquierda, hacia el perfil serio y atento de Judit. No le distraía mirarla. Judit y la música representaban para él la profundidad

enigmática del mundo: toda esa parte de la realidad que no dependía de él, que no podía controlar ni poseer, que a veces le dolía, y que amaba.

Había intentado que ambas se plegasen a sus caprichos y sus miedos. Y casi las había perdido. Judit le había hecho comprender que nunca iba a poder domesticar la sensación de incertidumbre que acompaña al amor. Y Lau se había esforzado para cambiar. Había ido aprendiendo a acallar su ego, a observar, a escuchar lo que ella y la música le decían, y no lo que él interpretaba que debían decir. Había descubierto muchas cosas acerca de sí mismo que antes ni siquiera sospechaba.

En el descanso, miraron hacia arriba y dijeron muchas cosas divertidas y absurdas sobre las pinturas de Chagall. Estaban borrachos de música. Se sentían ligeros. La abuela Nora se puso a cantar un fragmento del principio de la obra. Su voz seguía siendo asombrosamente cristalina. Aunque cantaba bajito, mucha gente se volvió a mirarlos, algunos sonriendo con asombro, otros frunciendo el ceño.

Cuando terminó el concierto, fueron a saludar a sus padres entre bastidores. Compartían camerino con buena parte de la sección de cuerda. Las bombillitas que rodeaban los espejos de los tocadores se repetían en los espejos de enfrente, en un juego interminable de reflejos. Todo el mundo iba de acá para allá intentando no tropezar con los cestos de flores que se acumulaban por todas partes. Reinaba esa euforia relajada que suele seguir a la tensión de una noche de estreno.

—Qué bien ha salido todo. Estoy muy contenta —dijo Nora besando a su hija.

—Y yo también —contestó ella con una sonrisa inmensa—. Sobre todo, por teneros aquí.

—¿Te ha gustado, Judit? —preguntó el padre de Lau poniéndole una mano en el hombro.

—Gustado es poco. Es tan emocionante… No puedo explicarlo con palabras.

—Lo explicará con tejados. Esta chica todo lo explica con tejados —dijo Nora medio en broma medio en serio—. Hará un vídeo sobre *El martirio de San Sebastián* con tejados y campanas

y a lo mejor con algún gato, ¿no, Judit? Porque entre tantos tejados, digo yo que no vendría mal que, de vez en cuando, saliese un gato…

—Abuela…

Nora se colgó con los dos brazos del hombro de Lau.

—No seas tonto, Lau. Si sabes que adoro los vídeos de Judit. Soy su fan número uno.

Judit sonreía también. Se la veía contenta y tranquila. Casi como si estuviera con su familia.

Algunos compañeros de la orquesta se acercaron a saludar. Conocían a Lau desde que era un niño.

—Estás guapísimo, Lau —le dijo Paula, una violinista catalana también—. Cómo me gusta verte aquí. Con lo que les has hecho pasar a tus padres… No me miréis así, que es la verdad. Yo soy muy sincera. Les hiciste pasar lo que no está escrito. Tocando por los parques. Un prodigio como tú… Y has vuelto al conservatorio, ¿no?

—Sí. A estudiar dirección. Aunque no he dejado el chelo.

Se acercó Dennis, un contrabajo altísimo que había nacido en Wisconsin, pero que llevaba años viviendo entre París y Barcelona.

—Lau, estás muy alto. ¿Y esta es la famosa Judit?

—No sé si soy famosa. Pero sí, soy Judit, la novia de Lau. Encantada…

Siguieron hablando, pero Lau no oyó mucho más de la conversación. Sonreía sin escuchar y jugaba como un niño a localizar el reflejo de Judit en todos los espejos.

Edición en formato digital: 2023

© Del texto: Ana Alonso, 2023
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN ebook: 978-84-143-3402-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.